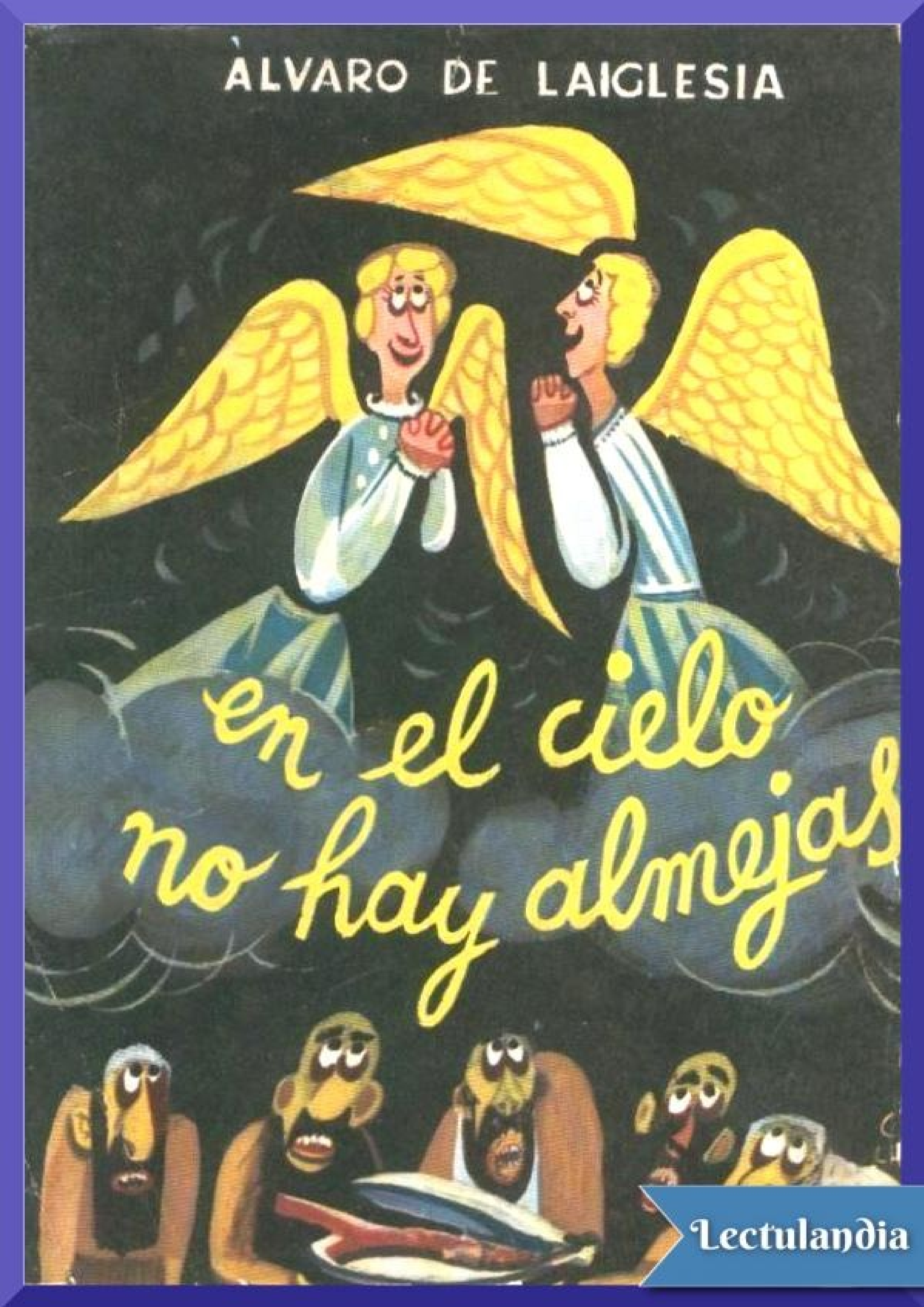

ALVARO DE LAIGLESIA
en el cielo
no hay almejas
Lectulandia

Álvaro de Laiglesia ofrece en En el cielo no hay almejas un conjunto de relatos cortos en los que muestra las infinitas posibilidades que tiene el humor. Por este libro desfilan todo tipo de personajes: montañas que dan a luz riachuelos, viudas caritativas, parejas de recién casados que en si noche de bodas descubren que no están solos...

Un conjunto de historias que entretienen y enseñan al mismo tiempo.

Álvaro de Laiglesia

En el cielo no hay almejas

ePub r1.0
Titivillus 17.05.2021

Título original: *En el cielo no hay almejas*
Álvaro de Laiglesia, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

En el cielo no hay almejas

NO. Álvaro de Laiglesia tiene razón. No hay almejas. En el cielo sólo hay almas grandes. Almas en aumentativo; almazas y almotas Quizá haya también, como mínimo, almas de tamaño normal. Pero es seguro que no habrá almitas ruines e insignificantes. Ni almillas deleznables. Ni mucho menos aquellas a las que pueda aplicarse el despectivo nombre de almejas. Porque para hacer el servicio militar en los ejércitos angélicos, hay que dar la talla espiritual. Y sólo los espíritus fuertes nobles y rectos, son admitidos en las filas celestiales. Los espiritejos debiluchos, hipócritas y rastreros se van al demonio.

Esta puede ser una versión del sugestivo título que hoy nos ofrece nuestro fenómeno del humor contemporáneo. Pero es posible que el lector descubra muchas versiones más. Porque el ingenio de Álvaro de Laiglesia es un diamante tallado en mil facetas, que lanza destellos multicolores en todas direcciones. Y a cada instante sorprende nuestros ojos con un nuevo chispazo, que hace olvidar el anterior y esperar con impaciencia el siguiente.

En el cielo no hay almejas es un delicioso conjunto de relatos breves, género en el que este humorista es maestro desde hace tiempo. A juicio del editor, este volumen supera en finura y agudeza a los anteriores. Lo cual es lógico, porque el talento del buen escritor se depura y gana profundidad a medida que avanza en su carrera. Y Álvaro de Laiglesia, pese a su carrera vertiginosa, jalonada de éxitos constantes, sigue teniendo la preocupación de mejorar sin pausa en su avance hacia la madurez. En cada nueva obra suya se observa un aumento de intensidad en la luz de su humor y un manejo más perfecto de su también luminoso lenguaje particular. Lo cual, dada la juventud de Álvaro y el ritmo incesante de su producción, hace suponer que escalará la cumbre más elevada del humorismo contemporáneo, Once libros en el séptimo lustro de su vida es un equipaje importante para llegar muy lejos. Así lo creen también sus lectores, cada día más numerosos. E incluso sus detractores, cada vez más escasos. Ser el escritor más leído de España es una gran responsabilidad, y por eso Álvaro de Laiglesia no defrauda nunca.

Si no hubiese mujeres deshonestas que dan que hablar, ¿de qué hablarían las mujeres honestas que no saben hablar de nada?

EL AUTOR.

El nacimiento del río

ERA, SIN DUDA, la montaña más bonita de toda la cordillera. Era también la más joven, pues se había formado en un plegamiento geológico posterior. Sus numerosas hermanas, que cogidas de las faldas constituían aquella cadena montañosa, alcanzaban sin excepción estaturas muy superiores. Pero como la belleza no depende del tamaño, pues se da más fácilmente en la pequeñez que en la grandiosidad, «La Chatilla» acaparaba todos los piropos de los montes circundantes.

Porque la montaña que protagoniza este bello relato, con permiso de ustedes, se llamaba «La Chatilla». Puede que su nombre fuera otro menos frívolo, seguido de varios apellidos honorables, pero yo sólo conozco este apodo cariñoso con el cual aparece en las geografías escolares de mi juventud.

Y el apodo se ajusta a su aspecto como un guante, pues «La Chatilla» es redondita por la falda y achatada por la cima, contrastando su aire juvenil de moza aldeana con la agreste severidad de las montañas próximas, que son su parentela.

Realzan este contraste las dos hermanas mayores, entre las cuales vive vigilada lo mismo que un reo conducido por una pareja de guardias. Ellas son altas, secas y estériles como solteronas inglesas. La mayor de estas hermanas mide cerca de mil metros, y los cazadores de la región aseguran que está loca porque tiene la cumbre llena de cabras. La otra, en cambio, no es tan alta, pero tiene un perfil anguloso y descarnado, de dureza pétrea, que la hace resultar igualmente desagradable.

Emparedada por esta escolta de adefesios, destacan aún más los encantos de esta benjamina serrana. Sus laderas, vestidas de hierba jugosa y tierna, son las preferidas por la caza mayor de un coto cercano. Es fácil ver en ellas familias completas de ciervos, merendando a mordiscos el verdor salpicado de flores. Y aunque también «La Chatilla» tiene un adorno de rocas en la cima, no son puntiagudas y negras como las de sus hermanas, sino redondeadas y blancas como cantos rodados.

Hace unos meses, sin embargo, un serio fenómeno comenzó a operarse en la alegría de «La Chatilla». Algo le ocurría en su interior. Los primeros síntomas fueron malestares y jaquecas inexplicables que enturbiaron su optimismo habitual.

Ella, que siempre había disfrutado dejando corretear a los cervatillos por su plisada falda verde, empezó a tolerarlos con disgusto porque su alboroto le producía dolores de cabeza.

—¿Por qué no vais a jugar al valle, demonio? —llegó a decirles, dejando resbalar una piedra desde su cima para ahuyentarlos.

—Algo le pasa a «La Chatilla» —se comentaba en toda la cordillera con precaución—. Nunca tuvo tan mal carácter.

—Serán las cosas de la edad —opinaban las montañas más viejas—. Como es tan joven... Hasta que no cumpla el tercer milenio, tiene que padecer los trastornos propios del crecimiento.

Pero no era eso lo que le ocurría a la montañita.

La verdad se supo unos cuantos días después, y produjo verdadera sensación en cien kilómetros a la redonda. Y la verdad era ésta:

—«La Chatilla» está esperando un río.

—¿Es posible? —se asombraron algunas lenguas murmuradoras—. Pero si parecía una montaña tan formal...

—Es que ahora, en estos tiempos, hasta las cordilleras están perdiendo la vergüenza.

Porque aquellas lenguas murmuradoras eran muy ignorantes, y no sabían que los ríos se gestan en las entrañas virginales de las montañas por generación espontánea, sin ninguna intervención varonil.

La gota de agua inicial, que al multiplicarse se trasforma en riachuelo primero y en río después, llega al claustro materno por caminos misteriosos e insospechados.

Esta gota forma parte de un abundante chaparrón caído del cielo en el instante propicio para la gestación fluvial. Y esta clase de chaparrones que fecundan las montañas, creando el sistema hidrográfico de un país, se produce siempre durante la primavera o el verano. Las lluvias otoñales e invernales son frías y estériles.

Aunque nadie sabe concretamente la mecánica que origina este proceso de creación, yo sospecho que la gota que contiene el germen fecundante se filtra a través de una recóndita fisura, y penetra en una profunda cavidad de las entrañas montañeras.

Allí, en esa matriz natural de la madre tierra, se desarrolla por espacio de varios meses, hasta que se transforma en un chorrito retozón que sale a la luz del día y corre alegremente por la ladera.

Cuando «La Chatilla» supo que estaba esperando un río, se puso muy contenta. Tener un río, para una montaña, es un acontecimiento tan

emocionante como para una mujer tener un hijo. Esas moles gigantescas de rocas y tierra, aunque parezca mentira, tienen también sentimientos maternales que las hacen vibrar con infinita ternura.

Y «La Chatilla» se pasaba las horas pensando amorosamente en su futuro río.

—Tendrá las aguas azules —decía a todos los que iban a felicitarla por el próximo acontecimiento—. Y será el más hermoso de toda esta cuenca hidrográfica. Yo me cuidaré de alimentarle bien con toda el agua de la sierra, para que crezca robusto y llegue muy lejos.

—Debes ir buscando alguna recomendación —le aconsejaron sus hermanas—, para colocarle de afluente en algún río importante.

—Nada de eso —rechazó «La Chatilla», llena de orgullo—. Mi río será tan importante como el que más, y tendrá sus propios afluentes. Mientras sea pequeño, no le dejaré que se separe de mi falda, pero educaré su sentido de la orientación para que cuando sea mayor llegue al mar él solito.

Sus hermanas no quisieron contradecirla y se callaron, porque es muy lógico que una montaña que no sea desnaturalizada desee todo lo mejor para el río que nacerá de su seno.

Pero ellas sabían que llegar al mar, para un riachuelo del interior, es tan difícil como para un niño provinciano llegar a ser ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.

—Mi río —continuaba soñando «La Chatilla»— llegará a recorrer los mapas con su gruesa vena azul. Y en él verterán su caudal las venillas de muchos afluentes. Y los campesinos le vitorearán cuando pase por las aldeas, porque convertirá en fértil regadío extensas zonas de árido secano.

—¿Y cómo piensas llamarle? —preguntó un lebrato que se había subido de un salto a su falda.

—Pues «Chatillo» como yo —dijo la montaña sin vacilar.

—No es un nombre serio para un río importante —opinó un ciervo viejo, que sabía mucho de las costumbres humanas porque había vivido muchos años en el parque zoológico de la capital.

—¿Por qué no?

—Los grandes ríos que aparecen con mayúsculas en la geografía, ostentan títulos severos y nobles: Vístula, Sena, Volga, Danubio, Ebro... ¿Te imaginas que junto a esta aristocracia fluvial puede figurar el diminutivo casi despectivo de un río «Chatillo»?

—Tienes razón —reconoció la montaña, preocupada—. Debo pensar un nombre menos frívolo y más sonoro. ¿Qué te parece «Río Rocafuerte»?

—Suena a queso —rechazó el ciervo meneando la cuerna.

—¿Y «Río Serrano»? —propuso la futura madre.

—Huele a jamón.

—Ayudadme a pensar —rogó «La Chatilla» a todas sus amistades de la cordillera.

Y todas sus amistades, desde la frágil flor al robusto árbol, desde la transparente e irisada libélula al compacto y peludo jabalí, acudieron a ella proponiéndole hermosos nombres para el que iba a ser su descendiente, puesto que descendería por su ladera.

—¿Por qué no le llamas «Río Cantarín»? —sugirió un ruiseñor que tenía pecho de soprano y voz afeminada.

—Es demasiado cursi.

—Yo le llamaría «Pis» —bromeó una comadreja muy ordinaria—. Como al nacer no será mayor que una meada...

Fue un monte, el más alto de toda la cadena montañosa, quien dio la solución:

—Llámale como a un río que tuve yo cuando era joven. El pobrecillo murió de sequía a los dos kilómetros de nacer. Vino al mundo muy raquítico, casi sin agua en su vena. Aún conservo en mi pecho la tumba alargada de su cauce. Le llamé «Río Espejo» porque sus aguas, aunque escasas, eran muy claras. Y, en ellas, todas las mañanas se miraba el sol para peinarse sus rayos cuando salía por encima de mi cabeza.

A «La Chatilla» le entusiasmó este nombre y decidió ponérselo a su río.

—También él será claro como un espejo, y el sol lo utilizará para su aseo matinal.

Varios meses después, terminado el período de gestación reglamentario —cuya duración desconozco porque los geólogos no han sabido precisarlo todavía—, «La Chatilla» entró en trance de parto. Sus dolores comenzaron a una hora intempestiva de la noche, como suele ocurrir siempre en estos casos.

La montaña notó una punzada tremenda en su vientre pétreo, y toda ella se agitó con pequeños movimientos sísmicos.

—¡Hay que llamar a la comadrona! —dijo alarmada una coneja muy experta en parir, pues había parido hasta la fecha ciento veinte crías.

—No seas animal —le paró las patas un jabato, que era tan animal como ella—. ¿Crees que una comadrona corriente puede asistir a una parturienta de este tamaño? Para bregar con esta madre haría falta una comadrona colosal, de seiscientos metros de estatura.

—Pues alguien tendrá que cortar el cordón umbilical al recién nacido —insistió la coneja.

—Pero ¿tendrá de eso? —dudó un cervato, ruboroso.

—En el caso de que tenga un cordón umbilical, cogeremos la sierra mayor del aserradero mecánico para cortárselo. Porque será gordo como un tronco.

«La Chatilla», mientras tanto, continuaba sufriendo desgarradoras convulsiones geológicas.

Y su cumbre, con el dolor, se cubrió de gotas de rocío.

—¿Ya ha roto aguas? —se informaban las bestias de los contornos, pues el síntoma de romper aguas es el más sintomático cuando se trata del nacimiento de un río.

—Aún no, pero debe de estar a punto —decían las montañas circundantes, más expertas que «La Chatilla» en estas lides, por ser más viejas.

Así, entre retortijones cada vez más frecuentes, fueron pasando las horas.

Detrás de la noche, que iba de luto riguroso porque se le había muerto el sol la tarde anterior, llegó la madrugada medio vestida con una *deshabillé* de nieblas transparentes como gasas.

La pobre montaña continuaba sufriendo, y, a juzgar por los temblores de sus zarzas, su padecimiento debía de ser intensísimo. Porque la verdad es que las montañas son bastante brutas, y no han aprendido todavía la técnica del parto sin dolor.

Pasaron así varias horas, en las que el paisaje estuvo inquieto y expectante. Un águila, conmovida ante el padecimiento de «La Chatilla», pasó varias veces junto a su cumbre sudorosa para refrescarla con los grandes abanicos de sus alas.

—¡Animo, hermanita! —decían las dos montañas mayores para alentar a la joven parturienta.

Al fin, cuando el balón del sol salió por el horizonte impulsado por un formidable «chut» que le haría elevarse hasta el cielo, se produjo el acontecimiento.

Una convulsión más fuerte que todas las anteriores abrió una fisura en la ladera sur de «La Chatilla».

Un amplio desgarrón en el césped que cubría aquella zona, dejó al descubierto dos rocas blancas y redondas.

Y entre ellas, unos segundos después, brotaron unas gotas de agua que humedecieron la hierba. A estas gotas se sumaron otras, hasta formar un chorrito muy pequeño que comenzó a descender torpemente por la ladera.

El río acababa de nacer.

Y la noticia voló jubilosamente a todos los rincones del paisaje, llevada por el viento y los pájaros.

—¿Ha sido río o ría? —preguntó una vaca a un estornino.

—Río —informó el estornino—. Y muy hermoso. Con decirte que midió cuatro litros al nacer...

El recién nacido, mientras tanto, daba sus primeros pasos entre los pliegues de la falda maternal. Aún era muy débil y su marcha era titubeante. Tropezaba en las piedras, incluso en los tallos de las plantas, y tenía que detenerse vacilando hasta que lograba vadear el obstáculo.

A veces caía en leves depresiones e insignificantes agujeros que jalonaban la ruta de su descenso; y allí se quedaba, hasta rellenar la oquedad con sus aguas formando un remanso. Luego, al colmarse el recipiente natural, proseguía su camino con el líquido que iba rebosando del remanso.

—¡Miradle! —decía amorosamente la montaña que le dio a luz—. Hace sólo unas horas que nació, y ya anda solito como un riachuelito.

—Es muy caudaloso —elogiaban los visitantes que habían acudido a felicitar a «La Chatilla» por su descendiente.

—Llegará muy lejos —pronosticó un burro que tenía fama de sabio.

—Si su madre lo alimenta bien, desde luego —dijo otro animal que era menos burro, porque siempre había sido un caballo.

—Eso es —apoyó otro bicho, bastante cuadrúpedo—. Los ríos, para criarse gordos, necesitan agua. Mucha agua.

Pero gracias a Dios, «La Chatilla» resultó ser un ama de cría espléndida. De su seno maternal brotaba el agua en abundancia, reponiendo las mermas que sufría su hijo a medida que iba creciendo y alejándose de ella.

—Está muy adelantado para su edad —decía todo el mundo a su mamá.

—A este paso —se comentaba—, no tardará en ingresar en alguna empresa hidroeléctrica.

—¡De ninguna manera! —intervenía su madre, furiosa—. ¿Creen ustedes que voy a consentir que interrumpan la carrera de mi hijo aprisionando su caudal en un embalse?

—Pues es una buena colocación.

—Desde luego. No muy bien pagada, como todas las del Estado, pero segurita.

—Yo no me conformo con eso —rebatía la mamá—. Ya sé que muchos ríos, en estos años de escasez y dificultades económicas, se han dedicado a fabricar kilovatios para vivir con más desahogo. Los tiempos son duros, y

aceptaron el sacrificio de mutilar la belleza natural de sus lechos con horrendos aparatos ortopédicos ideados por la ingeniería.

»Sus aguas limpias, que corrían libremente por el campo, fueron obligadas a estancarse en grandes charcas artificiales donde se llenaron de bichos y podredumbre.

»Aprisionados en aquellas cárceles de cemento y hierro, sus cursos quedaron sometidos a la voluntad del hombre. Y sólo él, abriendo unas esclusas vergonzosamente angostas, ponía en libertad la cantidad de agua que juzgaba conveniente.

»¿Cómo puedo desear para el río de mis entrañas semejante tiranía? ¡No, y mil veces no! Yo quiero que mi hijo sea libre, y que recorra cantando alegremente los valles y las vegas que más le apetezcan. Deseo que su corriente, alocada y juvenil, descanse al atravesar frescas llanuras con bosques que den sombra a sus orillas. Y que se precipite después, si le apetece, en ruidosa catarata.-

»Quiero, en fin, que disfrute plenamente de la vida. Hasta que, convertido con el paso de los kilómetros en un río importante y respetado, muera en el mar.

Así hablaba la joven montaña que parió al nuevo río, bautizado con sus propias aguas, pocos días después, con el nombre de «Espejo». Nombre que por cierto le cuadraba perfectamente, pues sus aguas eran tan claras y brillantes que parecían azogadas.

«Espejito», como le llamaban cariñosamente las amistades de su familia, fue abriéndose paso poco a poco en la vida. Hoy unos metros, mañana unos cuantos más...

Pasada su infancia, que transcurrió en el regazo maternal, se lanzó valientemente a encontrar un camino con porvenir en la llanura circundante.

Al principio tropezó con serias dificultades, porque aún no poseía caudal bastante para avanzar sin ayuda de la pendiente que le proporcionaba su mamá; y al llegar a la pradera sobre la cual se erguía la montaña, se detuvo unas horas indeciso.

—¿Qué dirección debo seguir? —se preguntó—. ¿Hacia dónde oriento mi ruta para ir trazando un cauce definitivo?

A su derecha se alzaba un muro sólido, de gruesas piedras superpuestas, construido por un campesino para marcar el límite de sus tierras. A su izquierda, una hondonada profunda capaz de absorber durante varios meses todo el volumen de sus aguas sin conseguir rellenarla.

En vista de lo cual, optó por eludir ambos obstáculos y continuar su ruta en línea recta. Por allí lo único que se oponía a su avance era un bosquecillo de arbustos raquíticos y matorrales entecos, que estaba ansioso de humedad y recibió el riego inesperado con alborozo.

Lejos de obstaculizar el paso al nuevo río, aquella pobre vegetación le dio toda clase de facilidades para que cruzara entre ella y así pudo chupar ávidamente con sus raíces un poco de su líquido.

—Pase por aquí —suplicaban los arbustos serviles, barriendo el suelo con sus ramas para allanar el camino a la corriente—. La tierra de este sitio es blanda, y podrá usted hacerse un lecho muy cómodo.

Y el río Espejo pasó, satisfecho de poder aplacar la sed que padecían aquellas desgraciadas plantas. Y sus aguas fueron absorbidas como si cada terrón fuera un cacho de esponja.

—Mi río tiene muy buen corazón —contaba «La Chatilla», enternecida, a sus hermanas las montañas solteronas—. No ha cumplido aún los dos kilómetros, y ya disfruta haciendo la obra de misericordia más propia de las vías fluviales: dar de beber al sediento.

—Pues aconséjale que no despilfarre su agua en limosnas —recomendaron las hermanas, egoístas—, porque a lo mejor se queda seco y no llega a ninguna parte.

—Yo le daré todo el caudal que necesite para progresar —dijo la madre con entusiasmo—, y para ser generoso con los necesitados.

Después del bosquecillo, el joven río se precipitó por un declive que le condujo a las afueras de una aldea.

Y los vecinos, que tenían la piel apergaminada porque eran de secano, se arrodillaron al verle pasar, dando gracias a Dios por el milagro.

Porque los infelices, hartos de dirigir instancias al gobierno solicitando una traída de aguas, habían dirigido los ojos al cielo pidiendo una llegada de lluvias.

Y creyeron que aquel tumultuoso borbotón que les llegaba tan milagrosa y oportunamente, era el fruto de sus rezos fervorosos.

Fueron las horas más húmedas vividas por la aldea desde su fundación, pues a las aguas del río que bañaban las tierras circundantes, se unieron las lágrimas de agradecimiento que humedecían los rostros implorantes.

—¡Hay que sacar al Santo! —gritaron algunas voces, conmovidas.

—¡Sí, sí! ¡Saquemos al Santo!

Poco después, los aldeanos sacaron en procesión a un santito con la cara ennegrecida por el humo de las velas que encendían en su altar, ataviado con

un descolorido ropón frailuno.

La imagen bailoteaba sobre la plataforma, a la cual la amarraron por las pantorrillas con un alambre. Tan bruscos eran los vaivenes de las andas sostenidas por cuatro mozos, que en uno de ellos se soltaron las amarras de la talla. Y el Santo, con toda su santidad, se zambulló de cabeza en la corriente.

—¡Hay que pescar a San Policarpo! —gritó toda la aldea, horrorizada.

Y cada cual trajo a toda prisa de su casa el utensilio que juzgó más a propósito para capturar al patrono de la aldea, que se iba brincando por la corriente como un salmón de quince kilos.

Por suerte, la devotísima talla era de madera, y flotó hasta que pudo ser pescada por un habilidoso concejal del Ayuntamiento con una red para pescar cangrejos.

Después de este percance, el descendiente de «La Chatilla» se encontró metido en un terreno tan accidentado, que sólo se podía salir de él mediante un salto audaz por un barranco pedregoso.

Y el río Espejo, que tenía el ímpetu y la ambición de la juventud, brincó sin vacilar formando una hermosa cascada de veintitantos metros.

Poco a poco, en las semanas y meses siguientes, fueron pasando kilómetros. Y allá arriba, en el corazón de la cordillera, la joven montaña madre del río recibía visitas que se interesaban por su vástago.

—¿Cómo va ese riachuelo? —decía una vaca de origen suizo, que aprovechaba cualquier descuido de su vaquero para alejarse de sus pastos y mordisquear la jugosa falda de «La Chatilla».

—Está ya hecho un río con toda la barba —decía su mamá con orgullo—, y le hacen proposiciones todos los días para que ingrese en una Confederación Hidrográfica. Pero él es muy independiente y ha decidido hacerse su cuenca propia.

—Para eso habrá tenido que incrementar su capital acuático.

—Naturalmente —explicaba la montaña sin apearse del tono orgulloso—. Ha engrosado su caudal admitiendo las aportaciones de varios afluentes, y posee ahora un volumen arrollador con el que avanza victoriosamente hacia el mar.

Y desde entonces, sabedores de la importancia que iba adquiriendo la nueva vena hidráulica, los visitantes de la montaña preguntaban con respeto:

—¿Qué noticias tiene usted de su señor río?

—Que la semana pasada cruzó por las afueras de una importante capital provinciana. Y sus aguas han llegado a alcanzar tal abundancia, que el Ayuntamiento de la ciudad ha decidido construirle dos hermosos puentes.

—Estará usted satisfecha, caramba.

—¡Figúrese! Los puentes que cruzan los ríos son como las bandas que cruzan el pecho de los hombres que llegan a ser ilustres.

—Desde luego. Un puente es a un río lo que una condecoración a un personaje.

Y al fin, una mañana, el río Espejo llegó al mar.

La noticia se difundió con rapidez por toda la comarca, y las montañas de la cordillera lamentaron no ser volcanes para celebrar el acontecimiento disparando al aire salvas estruendosas de fuego y humo.

Aquel día, «La Chatilla» recibió un montón de felicitaciones. Muchos animales de los contornos acudieron a ella y la escalaron para darle la enhorabuena.

Sus laderas se cubrieron de visitantes, semejando desde lejos una abigarrada romería zoológica en honor del Santo Patrono de la Caza. Perros y conejos, vacas y ciervos, admiraban la cuna de la que salió un día a correr mundo el que iba a convertirse con el tiempo en un río importante y respetabilísimo.

—¡Quién nos iba a decir que aquel chorrito retozón, que correteaba por estas peñas haciendo diabluras, llegaría a ser famoso! —comentaban las bestias meneando sus testuces.

—Ya, ya —decían otras bestias más bestias que las anteriores, pues carecían de imaginación para discurrir una frase completa.

La madre, reventando de justa vanidad, decía:

—¡Y tan famoso! Con decirles que ya ha estado aquí un pintor haciéndole un retrato...

—¿Es posible? —se maravillaron las bestias, con las fauces abiertas por el asombro.

—Sí —explicaba «La Chatilla»—. Es un pintor especialista en retratar ríos, que envió el Instituto Geográfico.

—¡Nada menos!

—Vino con un caballete, como los pintores de paisajes. Puso en él un mapa, y fue dibujando con un trazo azul el perfil de mi hijo. Cuando lo tenga terminado, su retrato aparecerá en todos los mapas que se publiquen en el mundo.

* * *

Y así fue como nació, creció y desembocó el río Espejo, gestado en el vientre de una montañita joven y guapa, de la que se enamoró un chaparrón

primaveral.

«La Chatilla» sigue siendo para su vástago fluvial una madre estupenda, que no cesa de amamantarle con el agua cristalina que extrae de su seno. Porque a los ríos, por muy adultos que sean, no se les puede destetar jamás. El destete secaría sus cauces, ocasionándoles la muerte.

—¡Adiós, mamá! —dice a «La Chatilla» cada litro de agua que brota de su manantial inagotable.

—¡Adiós, pequeño! —le despide ella amorosamente—. ¡Cuando llegues al mar, dale recuerdos de mi parte!

Y ve alejarse al fruto de sus entrañas por el tobogán del cauce. Hacia el mar. Hacia ese mar que ella no conocerá nunca porque todo el mundo sabe que las montañas, como están tan gordas, son muy perezosas y viajan poquísimo.

Hacia ese mar, en fin, azul y hermoso, del que sólo tiene las vagas noticias que le cuentan algunos salmones, que llegan hasta ella remontando la corriente con sus audaces brincos de saltimbanquis acuáticos.

—¡Adiós, mamá!

—¡Adiós, hijito!... ¡Adiós, litrito!... ¡Buen viaje!... ¡Y huye de los ingenieros! Porque en cuanto te descuides, querrán encerrarte en la cárcel de un embalse...

Doña Emilia y su sombrero

SER VIUDA no tiene ningún mérito.

Casi todas las mujeres que han conseguido el título, honorable y respetado, se limitaron a casarse y esperar. Sólo algunas no tuvieron paciencia suficiente, y acortaron el plazo de espera con iniciativas propias más o menos bruscas.

Pero la mayoría de estas impacientes pagó cara su precipitación, pues a cambio de perder un frágil marido obtuvo una sólida cadena perpetua.

Porque la viudedad, para que se considere válida, debe ser tan espontánea que resista sin tropiezos la prueba de una autopsia. Lo cual demuestra que para lograr este distinguido estado civil, conviene aplicar aquel famoso proverbio árabe con las ligeras modificaciones que indico:

«Siéntate a la puerta de tu casa, y verás salir el cadáver de tu marido.»

Esta sabia táctica, lenta pero segura, fue la que siguió la pobre doña Emilia para enviudar de su insufrible don Rafael.

El óbito del cónyuge pelmazo había ocurrido muchos años atrás; y si a este tiempo añadimos los tres lustros que duró su feliz matrimonio, una pequeña suma nos hará llegar a la conclusión de que doña Emilia andaba cerca de la cincuentena. Pero no cerca del lado de acá por no haber llegado a ella, sino del lado de allá por haberla rebasado.

No era necesario tampoco molestarse en hacer este cálculo, pues bastaba con verla para adivinar su edad con un error de muy pocos meses.

A doña Emilia ya se le había empezado a agarbanzar el rostro, fenómeno que se inicia fatalmente en todas las viudas cuando cumplen el medio siglo. El agarbanzamiento, como su nombre indica, es una contracción paulatina de las facciones, que se van arrugando y reduciendo hasta adquirir una curiosa semejanza con esa no menos curiosa legumbre seca llamada garbanzo.

Aparte de esta transformación facial, el tipo físico de doña Emilia se ajustaba perfectamente al que solemos resumir bajo el título de «poquita cosa».

Era menuda, delgaducha y vivaracha, con miembros livianos carentes de músculos que se movían gracias al cordaje de sus nervios siempre tensos. Este fuerte sistema nervioso le permitía desplazarse con agilidad impropia de sus años, y rellenar el vacío de su viudez con pequeñas y numerosas actividades:

La limpieza del minúsculo pisito en el que vivía completamente sola; la nutrición de su minúsculo estomaguito para el que guisaba ella misma los alimentos necesarios...

Además de estas tareas domésticas, la viuda desarrollaba obras caritativas fuera de su casa.

Ya se sabe que predicar la caridad, además de contribuir a la obtención de una plaza en el cielo, ayuda mucho a matar el aburrimiento de las pensionistas ociosas.

Tejer gorritos de dormir para los niños pobres que ni siquiera tienen cuna donde dormir, no será muy práctico para los niños pobres, pero resulta muy entretenido para las tejedoras.

Doña Emilia, por desgracia, no podía permitirse el lujo de realizar esta clase de labores. La escasa pensión que percibía —el cadáver de su marido fue valorado en dos perras gordas por el tasador estatal—, le proporcionaba lo justo para vivir. Y no le era posible destinar ni un solo céntimo a adquirir lanas para la confección de bonitos gorros destinados a la pobretería.

—Puesto que mi escasez de medios económicos me impide vestir al desnudo —decía la viuda, ansiosa de practicar una obra de misericordia—, daré de beber al sediento, que es lo más barato.

Tomada esta sensata y abnegada decisión, doña Emilia llenaba de agua un botijo y se iba con él a los suburbios. Casi todas las tardes se la podía ver recorriendo las callejas más míseras, cargada con su botijo, en busca de material humano en el que practicar su misericordiosa tarea:

—¡Hay agua! —pregonaba a gritos—. ¡Agüita fresca!...

Nadie hacía caso de su pregón. Pero ella no se preocupaba, porque sabía que a casi todos los pobres les queda una brizna de orgullo que los impulsa a mostrarse despectivos con las señoras que visitan los suburbios para socorrerlos.

Sabía también que a más de una le habían encasquetado groseramente el utilísimo gorrito de dormir que pretendió regalarles, rematando la felonía con algunas palabras soeces.

Y doña Emilia, sin arredrarse ante el desprecio ni ante el peligro, continuaba su generosa labor de aplacar la sed al sediento.

—¡Hay agua!... ¡Agüita fresca para los infelices que se mueren de sed!...

Y en cuanto veía a un infeliz suburbiano que sudaba un poco o tenía aspecto de sediento, se acercaba sigilosamente a él y le metía por sorpresa el pitorro del botijo en la boca, obligándole a tragar un buen chorro del preciado líquido.

El infeliz, perplejo, tardaba en reaccionar; y cuando al fin reaccionaba, su bienhechora estaba ya muy lejos de sus puños y de su lengua.

—Todas las organizaciones benéficas —razonaba doña Emilia— se ocupan únicamente en dar de comer al hambriento. ¡Terrible injusticia! ¿Acaso morir de sed no es tan espantoso como morir de hambre?

Y convencida por este razonamiento irrefutable, continuaba realizando la obra humanitaria de aplacar la sed a todos los desgraciados que, a su juicio, padecían esta horrible tortura por no poder adquirir un vaso de agua.

Sumando sus actividades domésticas y caritativas, el horario de doña Emilia quedaba totalmente cubierto.

Era muy querida en la casa porque, a pesar de su modestia, jamás escatimó una tacita de aceite a la vecina imprevisora. Y devolvía inmediatamente la ropa puesta a secar en los pisos superiores que el viento, al colarse en torbellino por el patio, arrojaba en sus cuerdas de tender.

Todos los inquilinos la saludaban afablemente al cruzarse con ella en la escalera. Hasta el portero, cuando la veía cruzar ante su encristalado tenderete, esbozaba una mueca con vagas pretensiones de sonrisa. Y muy simpática tiene que ser una inquilina para que su portero se digne contraer sus anquilosados músculos en el esfuerzo de sonreír.

La viuda vivía sin inquietudes su vida modesta y laboriosa.

Hasta que surgió una grave inquietud en forma de carta.

Era la primera que recibía aquel año y la abrió con cierta emoción. El sobre contenía una cartulina, y la cartulina una invitación para la boda de Matilde López Ganso.

Doña Emilia andaba escasa de parientes, y Matildita era su única sobrina. El apellido de la muchacha, en realidad, no era compuesto; pero ella, para que resultase menos ramplón, agregaba al insípido López paterno el sabroso Ganso materno.

La ceremonia se anunciaba para el quince de mayo, y en un ángulo de la invitación la novia había escrito de su puño y letra:

«No faltes, tía. Me darías un gran disgusto si no asistieras al prólogo de mi felicidad.»

Porque Matildita era cariñosa, pero cursi. Se casaba con Camilo Tormo, muchacho ocioso de familia rica, conocido en las playas de moda bajo el apodo de «Pinchapeces», por su afición a la pesca submarina.

La chica hacía un auténtico bodorrio, porque ni los López ni los Ganso tenían fortuna. Los Tormo, en cambio, propietarios de los almacenes «La ropita del nene», contaban los duros por sacos.

A la viuda le hizo gran ilusión asistir a aquel enlace, que iba a ser de muchas campanillas y de muchísimas croquetas. Su vida social se reducía al esporádico contacto con unas cuantas amigas de su generación, mediante un espaciado intercambio de visitas, en el que sólo obtenía alguna taza de tisana y un bizcocho endurecido por un largo cautiverio en la despensa.

En el *lunch* que anunciaba el tarjetón, los alimentos serían frescos y los invitados distinguidos.

Lo primero que hizo doña Emilia, como es lógico, fue ocuparse en el regalo nupcial. Carecía de dinero para adquirirlo, pero aún conservaba en un armario bastantes objetos horrendos que le regalaron a ella cuando se casó con su difunto.

Y como lo que vale en esta clase de obsequios no es el buen gusto del objeto regalado, sino la buena intención del sujeto regalante, quedó estupendamente enviando a su sobrina un centro de mesa de loza policromada; aparatoso cacharro cuya sola presencia en un comedor era capaz de quitarle el apetito al propio Heliogábalo.

Pero era antiguo, eso sí, aunque no llegara a ser una antigüedad y se quedase en simple antigualla.

Cumplido este requisito, la viuda comenzó a dedicarse activamente a la *toilette* que luciría en tan solemne ceremonia.

Su guardarropa no era extenso ni brillante. Se reducía a unos cuantos trajes que antaño fueron de colores variados, teñidos de negro a raíz del luto. Ninguno de ellos estaba en muy buen estado, porque el tiempo tiene mandíbulas mucho más poderosas que la polilla y se come hasta las cotas de malla.

Pero como faltaban casi dos semanas para el quince de mayo, tuvo tiempo de reconstruir un vestido flamante cortando a los viejos el trozo más sano y uniendo el rompecabezas con hábiles cosicajos:

Una manga de éste, la otra de aquél, el corpiño de ese otro...

Y como todas las piezas eran negras, en el conjunto no se advertían las diferencias de los tejidos empleados.

Pero aún faltaba el detalle más importante: el sombrero.

Las bodas, nadie sabe por qué, se han convertido en delirantes exhibiciones de sombreros femeninos.

La mujer que va a una boda sin sombrero, se siente más avergonzada aún que si fuera descalza. Es en las bodas precisamente donde las señoras más sensatas pierden la sensatez, y exhiben sobre sus cerebros las mayores insensateces.

Los psiquiatras no han investigado todavía esta cuestión, pero les aconsejo que lo hagan.

El sombrero para boda es una zona cerebral de la mujer digna de estudio. ¿A qué oculto móvil o complejo obedece este desequilibrio craneano, que induce a llevar tantas cosas en equilibrio sobre el cráneo? ¿Acaso enloquecen las portadoras de tales adornos, contagiadas de la locura que cometen los novios al casarse?

Tampoco doña Emilia era capaz de contestar a estas preguntas, pero comprendió que no podría participar dignamente en la solemnidad eclesiástico-estomacal si no se agenciaba un cubrecabezas vistoso.

Porque ella sólo poseía un sombrerito negro y chato, especie de sartén puesta al revés, que estaba bien para dar de beber al sediento, pero no para que le diesen de comer en un casamiento.

El problema era grave, porque los precios que alcanzan esos chismes absurdos en las sombrererías son astronómicos. Con el importe de uno de aquellos fieltros en forma de cucurucho, adornado con dos cintajos y cuatro floripondios, vivía la viuda más de un mes.

Sin embargo, no quiso renunciar al opíparo festejo, y decidió resolver la cuestión por sus propios medios. Dejando aparte una fuerte dosis de buena voluntad, sus propios medios eran muy precarios. Revolvió los cajones de su pisito hasta el último rincón, encontrando todo lo que había perdido durante toda su vida, pero nada de lo que buscaba en aquel momento.

¿Qué hacer?

¿A quién recurrir?

Sus viejas amigas, pensionistas como ella o esposas de maridos jubilados que ocuparon cargos burocráticos de retribución mezquina, no disponían tampoco de ningún sombrero llamativo que pudieran prestarle.

Mucho caviló la pobre viuda buscando una solución, hasta que de pronto la encontró en su propio comedor a la hora de almorzar.

La tenía delante de sus narices, en el cacharro que adornaba el centro del aparador. Este cacharro, de cristal barato, estaba ocupado por un gran ramo de flores artificiales. Las había de muchas clases, con frondoso acompañamiento de esparraguera y helecho burdamente imitado: rosas teñidas de un rosa demasiado rosa para ser auténtico; claveles demasiado reventones para parecer naturales; margaritas con corola de felpa amarilla, cuyos pétalos encerrados tenían demasiada rigidez y simetría para pasar por silvestres...

El conjunto era una lamentable parodia demostrativa de que la Naturaleza, algunas veces, es capaz de hacer ciertas cosillas con más naturalidad que el

hombre.

Pero aquellas flores de trapo servían divinamente para crear un llamativo modelo primaveral.

Tomando como base su único sombrerito en forma de sartén, doña Emilia fue cosiendo encima, uno por uno, los falsos floripondios. Tuvo que cortar con unos alicates sus tallos de alambre, reducir los pétalos de alguna rosa excesivamente gorda, y podar a conciencia las ramas de esparraguera y helecho que ponían una nota de verdor en aquel jardincillo portátil.

Este trabajo de jardinería artificial fue intenso y minucioso, pero también apasionante. La viuda dedicó tres días completos a la confección de su tocado, en los cuales su misericordioso botijo destinado a los sedientos permaneció inactivo.

Pero al amanecer del cuarto día, la totalidad del sombrerito negro había desaparecido bajo una espesa capa florida.

El efecto del adminículo después de la reforma era de una vistosidad sorprendente. La arbitraria mezcla de colores improvisada por doña Emilia producía en el espectador una reacción compleja en la que se mezclaba bastante risa, mucho asombro e indicios de perplejidad.

Pero ella estaba muy orgullosa de su obra, que es lo principal para atreverse a lucir esta clase de esperpentos.

Y todos los días se lo probaba unos minutos ante el espejo, cada vez más convencida de que sería la invitada más elegante en la boda de su sobrina.

Incluso se lo enseñó a algunas amigas que fueron a visitarla, las cuales elogiaron sin reservas la singularísima belleza del modelito.

Así fue transcurriendo la semana y pico que faltaba para la boda, con impaciencia creciente de doña Emilia, que ansiaba romper su soledad asistiendo a aquel festejo.

Llegó por fin el quince de mayo, vestido con sus mejores galas primaverales.

Un sol espléndido se paseaba por un cielo sin nubes.

El último friolero de la ciudad salió a la calle con gabán, y tuvo que volver a su casa avergonzado para quitárselo.

Reinaba esa temperatura ideal que sólo se produce en primavera, cuando en la balanza meteorológica se equilibran momentáneamente los platillos del frío y del calor.

Era, en resumen, el tiempo ideal para celebrar una boda con el máximo lucimiento.

Doña Emilia madrugó más que de costumbre, dedicando las primeras horas de la mañana a la preparación de su *toilette*. La ceremonia estaba anunciada para las doce y no quería perderse ni un solo detalle.

Puso a calentar una plancha en la cocina, con la que hizo desaparecer hasta la arruga más insignificante de su traje remozado. Después sacó brillo a unos viejos zapatos de charol. Y cuando se disponía a zurcir el talón de una media, llamaron a la puerta.

Fue a abrir un poco intranquila, temiendo que se tratara de algún mensaje anunciador de que la boda se había suspendido. Pero era la portera, con una noticia igualmente desagradable:

—¡Ay, doña Emilia! —exclamó la obesísima mujer, suspirando ruidosamente—. ¡Qué desgracia tan horrible!...

—¿Qué ha ocurrido? —se alarmó la viuda.

—¡La pobre doña Berta, la del segundo izquierda!... ¡Murió anoche de un síncope mientras dormía, y la doncella la encontró esta mañana como un pajarraco!

—Querrá usted decir como un pajarito —corrigió piadosamente doña Emilia, santiguándose.

—Quisiera decirlo, pero no me sale —confesó la portera—. ¡La infeliz era tan alta, tan huesuda y tan tacaña!...

—Dios la tenga en su gloria —suspiró la viuda, sin hacer caso de las impertinencias dichas por su interlocutora—. Era muy buena amiga mía.

—Por eso he venido a avisarla a usted: para que baje a echar una mano.

—¿Ahora?

—En cuanto pueda. ¡Hay un desbarajuste en aquella casa!... Figúrese que don Ricardo, su marido, se fue esta mañana a la oficina creyendo que su mujer estaba dormida. Ella siempre se levantaba cuando él ya se había ido. Y cuando le llamaron por teléfono para contarle la desgracia, por poco le da un patatús. Está tan abatido, que no da pie con bola. Con decirle que yo misma he tenido que avisar a los de las pompas, mientras la doncella y una vecina preparan a la finada para ponerla de cuerpo presente... Su ayuda, doña Emilia, sería muy valiosa.

—Sí, claro —reconoció la viuda—. Pero el caso es que hoy...

Y se calló, porque no quiso confesar que trataba de soslayar el cumplimiento de un deber cristiano para asistir a un festejo mundano.

—Bueno —terminó después de una pausa despidiendo a la portera—. Bajaré en cuanto pueda.

Pero al cerrar la puerta, pensó que su amiga era una pelmaza por haber elegido aquel día precisamente para morirse. Y aunque se arrepintió en seguida de aquel mal pensamiento, indigno de sus bondadosos principios, no pudo impedir que le quedara en el subconsciente un poso de rencor hacia doña Berta por su inoportunidad.

¡Con la ilusión que había tenido por asistir a la boda de su sobrina! ¡Con el tiempo y el entusiasmo que derrochó creando su primoroso sombrero!

Era la única diversión que había anhelado desde hacía mucho tiempo, y una inesperada fatalidad se la chafaba cuando iba a disfrutarla. ¡Qué tremenda injusticia! Una mujer como ella, que había dedicado su viudez a la única obra de caridad que le permitía su humildísimo peculio, tenía derecho de tarde en tarde a algunas inocentes expansiones.

«Bien mirado —acabó diciéndose doña Emilia después de mucho cavilar—, puedo hacer las dos cosas: ir primero a la boda para comer, y acudir después a la casa de la pobre Berta para rezar. Si hay tanto desbarajuste como dice la portera, nadie notará mi retraso.»

Tomada esta decisión, dedicó un piadoso recuerdo a la vecina fallecida y terminó de arreglarse.

Después envolvió su precioso sombrero en un papel, se puso el paquete debajo del brazo y se lanzó a la calle.

Hizo bien en adoptar la precaución de envolver el sombrero, pues en la escalera se cruzó con vecinos que comentaban cariacontecidos la tragedia del segundo izquierda. Y hubiera resultado de pésimo gusto lucirse ante ellos, en tales circunstancias, con aquel frívolo jardín en la azotea.

El portal, entornado en señal de duelo, impedía que el ambiente de aflicción que reinaba en toda la casa se contaminara con los bulliciosos ruidos de la calle. Y por la estrecha abertura que el portero había dejado entre las dos hojas, escapó al trote por la acera el menudo cuerpecillo de doña Emilia.

No se detuvo hasta después de doblar la primera esquina. Una vez allí deshizo el paquete para encasquetarse el deslumbrante sombrero. Se lo puso muy tieso, como si fuera uno de aquellos cascos con pincho que usaba en la guerra del catorce el ejército del Kaiser.

Luego, comprendiendo que aquel atributo de elegancia exigía cierta majestad en el porte, se dirigió erguida y despacio hacia la iglesia.

En la boda lo pasó muy bien, sobre todo porque no vio ningún sombrero tan llamativo como el suyo. Los López Ganso, además, estuvieron muy amables con ella y la colocaron en primera fila, en uno de los reclinatorios de terciopelo rojo reservados para la familia de los contrayentes.

Doña Emilia se emocionó un poco, porque recordó la ya lejanísima boda a la que había asistido como protagonista. Y cuando concluyeron los latines y las bendiciones, tuvo que enjugarse un par de lágrimas.

—¿Qué te ha parecido la boda, tía? —le preguntó un hermano de la novia.

—Muy bonita —dijo ella—. Pero me ha sabido a poco. Creo que a las bodas deberían añadirles algunos ritos más complicados y de mayor duración.

—¿Por qué? —se extrañó el sobrino.

—Porque es una ceremonia demasiado corta para contraer una responsabilidad tan larga.

El anunciado *lunch* se sirvió en un gran hotel próximo a la iglesia, y hubo víveres en abundancia para satisfacer el insaciable apetito que se despierta en la gente cuando sabe que la comida es gratuita.

Hasta la viuda, que se alimentaba con frugalidad de pájaro, engulló como una serpiente casi boa.

A todas las bandejas que le presentaron dijo que sí, y detuvo a los camareros antes de que se retiraran, pidiéndoles que le sirvieran un poco más de esto o de lo otro.

También hizo honor a los vinos, aunque con moderación, para acallar los remordimientos que sentía por no haber acudido junto al lecho mortuorio de su vecina doña Berta.

Estas libaciones torcieron ligeramente la horizontalidad de su sombrero, pero nadie lo advirtió porque tales cargamentos de trapos y flores pueden llevarse en la posición que a una le dé la gana.

Después del besuqueo reglamentario a la novia y al resto de la parentela, doña Emilia volvió a su casa.

Esta vez hizo el trayecto en menos tiempo, pues tenía prisa por reparar su falta de caridad con la difunta. Y mientras caminaba iba rezando algunas jaculatorias por la salvación de su alma, para suavizar el complejo de culpabilidad que sentía.

Antes de doblar la última bocacalle que le separaba de su domicilio, en el mismo sitio donde se detuvo a la ida para ponerse el sombrero, hizo una parada para quitárselo. Y a falta de papel donde envolverlo, procuró disimularlo lo mejor posible debajo de un brazo.

Coincidió en el portal con personas que llegaban para cumplir el penoso deber de dar el pésame al viudo. Era fácil adivinar que iban a eso, pues todas se habían puesto su correspondiente máscara de dolor fingido que guardaban en el fondo de un armario para estas ocasiones.

La puerta del segundo izquierda estaba abierta de par en par, y el tráfico en aquel sector era muy intenso.

En el poco iluminado vestíbulo, un grupo de sombras enlutadas entorpecían el paso de las visitas entrantes y salientes. Era el Estado Mayor del duelo formado por don Ricardo, al que rodeaban algunos miembros de la familia. Sus rostros en la penumbra no pasaban de ser manchas vagas y blancuzcas. Pero aunque nadie los reconocía, todos los visitantes estrechaban sus manos al pasar junto a ellos.

Y ponían tanto calor en sus apretones, creyendo que así expresaban mejor su sentimiento, que los pobres parientes tenían las manos tan estrujadas como ubres de vaca después del ordeño.

Sólo el viudo se libraba de este suplicio porque los condolidos, pareciéndoles poco el estrujamiento de sus huesos metacarpianos, le expresaban su condolencia dándole abrazos acompañados de fuertes palmadas en ambos omóplatos. Con lo cual acabó con la espalda hinchada. Lo que se dice jorobado.

Doña Emilia, al entrar en el piso de la difunta, se libró de su escandaloso sombrero entregándolo a la doncella, como hacían otros visitantes. Y aligerada de ese peso frívolo, se dirigió a la habitación donde habían instalado la capilla ardiente.

Los Pompas Fúnebres, con muy buen criterio, eligieron el comedor por ser la pieza más espaciosa. Y en un abrir y cerrar de ojos, armaron todo el tinglado los pomperos.

(Si los que trabajan en las bombas de incendios se llaman bomberos, es justo que los empleados de pompas fúnebres se llamen pomperos.)

En principio se pensó colocar el ataúd encima de la mesa; pero hubo que desistir de esta idea inicial, porque un pompero muy ordinario hizo este chiste de mal gusto:

—La mesa del comedor es el sitio más indicado para poner el fiambre.

Y para evitar que se repitiesen esta clase de macabras chirigotas, sacaron la mesa a un cuarto contiguo y pusieron a doña Berta en el suelo, sobre un túmulo de un palmo improvisado con tomos del «Espasa» cubiertos por un trozo de terciopelo.

Encendieron después cuatro velones a su alrededor, montados en grandes candelabros de metal, y taparon las sillas con fundas negras para ocultar su tapicería chillona.

Concluido el decorado, la capilla ardiente quedó abierta al público. Y los pomperos se marcharon a esperar la hora del entierro en una taberna próxima,

bebiendo vasos de vino.

Doña Berta, envasada en su caja, tenía mejor aspecto que antes de sufrir su colapso mortal. Eso fue al menos lo que opinó doña Emilia al verla. Porque cuando estaba vivita y coleando (aunque últimamente coleaba poco por estar bastante pocha), su cutis tuvo siempre un horrendo color verdoso que la palidez cadavérica hizo desaparecer.

Incluso sus facciones, duras y cortantes como un trozo de cuarzo, se suavizaron con la laxitud muscular que produce la muerte.

Arrodilladas en las sillas que los pomperos enlutaron, varias señoras rezaban devotamente. El bisbiseo de sus oraciones, unido al chisporreo de los velones, producía un zumbido semejante al canto de una cigarra.

Doña Emilia, que había logrado cruzar las líneas amigas sin ser vista, ocupó una silla vacía y extrajo de su bolso un grueso rosario para dar la sensación de que llevaba allí mucho tiempo rezando. Y se unió con entusiasmo al devoto rumor general.

No había despachado aún la decena del primer misterio, cuando se asomó a la puerta la portera, que andaba de un lado para otro ayudando en todo lo posible. Y al ver a la viuda, se acercó a ella de puntillas.

—¿Por qué no se va un rato a descansar? —le dijo en voz baja—. Estará usted rendida.

La portera creía que doña Emilia llevaba allí varias horas, de lo cual esta última se alegró muchísimo porque pudo decir en tono heroico:

—Sé que estoy abusando de mis fuerzas, pero aquí estaré hasta el último momento.

—Es usted una amiga ejemplar —murmuró la portera con admiración—. Si la pobre difunta levantara la cabeza, lo primero que haría es darle un beso.

«Lo que me daría es un mordisco», pensó la viuda, avergonzada de su farsa.

Y se puso a rezar muy de prisa, confiando en que así recuperaría todo el tiempo que había perdido frívolamente en la boda.

Sus dedos corrieron por el rosario como coches de carreras por un circuito, batiendo en cada vuelta el *record* de la vuelta anterior.

Fueron entrando nuevas señoras, con lo cual la capilla ardiente se animó muchísimo (dentro de la escasa animación que cabe en esos sitios, claro está).

Algunas habían traído ramos y adornos de flores para la difunta que entregaron en la puerta al entrar. Y la doncella, a su vez, se los daba al pompero de servicio para que los fuese colocando dentro del féretro, de forma que no estorbaran al cerrar la tapa.

Este pompero entró varias veces en el comedor, y con poca delicadeza, pero mucha eficacia, fue colocando los obsequios florales alrededor del cadáver.

Media hora después, doña Berta parecía una pálida lubina puesta en una fuente y adornada con una guarnición de verduras.

El murmullo de los rezos continuó, unido al crepitar de los velones. Los labios de la viuda continuaban disparando avemarías como una ametralladora.

El pompero de servicio entró de nuevo con más flores, que por falta de espacio en el contorno de la finada tuvo que distribuir sobre su cuerpo.

Y cuando el pompero se retiró, doña Emilia examinó su obra con ojos críticos.

Empezando por los pies, fue recorriendo las fragantes ofrendas recién llegadas.

Pero al llegar al estómago, sus ojos se detuvieron bruscamente.

Aquel ramo redondito, compuesto de rosas, claveles y margaritas, lo había visto ella antes en alguna parte.

Y de pronto, se llevó precipitadamente las manos a la boca para sofocar un grito. Porque acababa de comprender que aquel ramo era su sombrero.

La viuda tardó varios minutos en admitir este hecho insólito. Creyó al principio que sufría una alucinación y se frotó los párpados para aclararse la vista.

Pero no cabía duda:

Aquellas flores de tonos chillones que reposaban en la región estomacal de la finada, pertenecían a la obra maestra que ella compuso con tanto talento.

Calmado su estupor inicial, dedujo sin dificultad el camino seguido por el sombrero para llegar hasta allí:

La doncella, que había recogido en la puerta tantas ofrendas florales destinadas a la difunta, pensó que aquella especie de cestito repleto de floripondios tenía el mismo destino. Y se lo dio al pompero, para que lo pusiera en la caja.

El rosario quedó inmóvil entre los dedos de doña Emilia, y sus labios se paralizaron también.

Con los ojos fijos en su hermoso tesoro de trapo, como hipnotizada por él, la pobre mujer pensó angustiada en el modo de recuperarlo.

¿Qué hacer?

No podía acercarse al ataúd y cogerlo por las buenas ante los ojos de todas las personas que oraban en la capilla ardiente. Era inútil también aprovechar

un momento de distracción general, porque es imposible que veinte pares de ojos se distraigan al mismo tiempo.

Tampoco cabía esperar la oportunidad de quedarse sola, pues aquel triste espectáculo era de sesión continua y el público se renovaba constantemente.

El único medio de recobrar el precioso y frondoso sombrero, era salir de aquella habitación y explicarle a la doncella el error que había sufrido para que el pompero, en una de sus entradas, lo retirase discretamente.

Pero doña Emilia rechazó este plan porque la doncella, charlatana, contaría el suceso a todo el mundo. Y la gente, más charlatana aún, señalaría con el dedo a la viuda que tuvo el descoco de acudir a un duelo tan trágico con un sombrero tan cómico.

Resignada con su mala suerte, convencida de que sólo un milagro le devolvería su maravillosa tapadera capilar, doña Emilia aguardó los acontecimientos. El milagro no llegó, pero los acontecimientos, sí.

Y llegaron de este modo:

Al sonar la hora fijada para el entierro, el equipo de pomperos entró en la capilla ardiente. Y después de rogar al público que se apartara con objeto de tener más libertad de movimientos, comenzaron los preparativos para el último viaje de doña Berta.

Tanto por su uniforme como por su lenguaje, los pomperos parecen siempre mozos de cuerda especializados en trasladar pianos. Manejan el ataúd como si fuera uno de esos instrumentos, negros y pesados, que necesitan un cuarteto de forzudos para desplazarse de un sitio a otro.

Y ajenos al dolor que los rodea, a los sollozos y a las lágrimas, dicen rudamente mientras realizan su trabajo:

—¡Aguanta en la curva del pasillo, Paco, mientras yo le pongo de culo!...

—Si le aculamos, no pasará. Hay que ponerle de costado, y luego panza arriba.

—¡Parad, bestias, que os estáis llevando por delante media pared!

—¡Maldita sea! ¿Por qué no dejarán bajar estas cosas por la fachada con una garrucha, como en las mudanzas?

—Tienes razón —apoya otro—. No será por miedo a que el difunto se caiga y se mate, digo yo.

—¡Vamos, gandules! Menos cháchara y más músculo.

—¡Aúpa, Manolo!

—¡Tuerce un poco! ¡Uf!... ¡Caramba con el feretrito!...

Los pomperos que se encargaron de doña Berta tenían estos mismos modales típicos de su gremio, y hablaban entre ellos con idéntico desparpajo:

—¡Muévete, Jacinto! —gruñó uno—. Trae la tapa de la caja, que ya es tarde y vamos a cerrar.

—¿Y dónde diablos habéis metido esa condenada tapa? —dijo el aludido haciéndose el remolón.

—Para que no estorbara —explicó otro—, la escondimos en la alcoba, debajo de la cama.

Mientras sus compañeros apagaban los velones y recogían los candelabros, Jacinto fue a la alcoba y volvió con la tapa.

—¿Avisamos al viudo antes de taparla, por si quiere verla por última vez? —sugirió el más fúnebre de todos los pomperos.

—No perdamos el tiempo en tonterías —cortó el jefe—, que a las siete tenemos que bajar a otro finado desde un sexto piso. ¡Venga, rápido!

Un instante después, doña Emilia presenció la desaparición de su querido sombrero bajo la tapa de caoba. Cuando sus ojos se separaron de él para toda la eternidad, sintió una gran congoja.

«Era la última alegría de mi vida —pensó—, y la llevan a enterrar. Justo castigo a mi frivolidad.»

Y mientras los pomperos bajaban por la escalera con el ataúd a cuestas, doña Emilia subía a su casa sin ninguna ilusión, a seguir envejeciendo lentamente.

Iba llorando en silencio. Pero no por la difunta.

Tres en la alcoba nupcial

LUIS APRETÓ EL TUBO de dentífrico con tanta fuerza, que el gusano de pasta fue a estrellarse contra el espejo.

No era el primer percance que le ocurría aquella noche en el cuarto de baño. Poco antes, mientras se desnudaba, uno de sus tirantes se enganchó con el frasco de colonia colocado en la repisa del lavabo. Y luego tenía que andar con precaución para no clavarse cristales en los pies.

También al meterse en el pijama nuevo que sacó del maletín, se había pinchado con uno de los numerosos alfileres que ponen en las fábricas para sujetar los dobleces.

Pero a nadie debe sorprender esta serie de menudos accidentes, porque Luis estaba nervioso.

¿Y quién no lo está en el prólogo de su noche de bodas? ¿A qué hombre enamorado no le late más de prisa el corazón cuando sabe que detrás de la puerta, en la alcoba contigua, le espera la mujer que ama para entregarse a él?

Esos minutos de antesala, en los que ambos se preparan para entrar juntos en el reino de la felicidad, alteran los pulsos más regulares.

—¿Puedo pasar ya, vida mía? —preguntó dulcemente Luis a través de la puerta, cuando terminó sus preparativos.

—Sí, mi tesoro —respondió la voz de ella con más dulzura aún.

Luis, antes de entrar, apagó la luz del baño.

La habitación estaba sumida en púdica oscuridad.

Un suave roce de sábanas sirvió al recién casado para comprender que su amadísima Teresa le esperaba en el lecho nupcial. Y avanzó a tientas en aquella dirección.

Pero al dar el tercer paso, su avance fue interrumpido por un obstáculo que le zancadilleó y estuvo a punto de hacerle caer.

—¡Carape! —masculló Luis recobrando el equilibrio y frotándose la tibia que había sufrido el impacto.

—¿Qué pasa? —dijo ella, alarmada.

—He tropezado con algo, y por poco me caigo de narices.

—Habrá sido con mi maleta. La dejé en el suelo para sacar algunas cosas...

—Pudiste dejarla en un rincón, monina.

—¿Te has hecho daño, cariñito?

—Me he hecho polvo una espinilla, cielín —explicó él con ternura, para no asustarla.

—Perdóname. Ha sido culpa mía.

—No te preocupes. Ya casi no me duele.

—Ten cuidado —le recomendó ella—, no sea que te claves el pico de algún mueble.

—Procuraré, aunque no creas que es fácil. Como no veo ni torta...

—Pues no me pidas que encienda la luz, porque me daría muchísima vergüenza.

—No pensaba pedirte semejante cosa —mintió él, reanudando su avance con más cautela que al principio.

Aunque aquella habitación de hotel era muy amplia y Luis no estaba familiarizado con las posiciones de su mobiliario, logró llegar a su objetivo sin graves tropiezos.

Sólo tuvo uno con la esquina del armario, que le pegó en la frente, y otro con uno de los boliches colocados como adorno a los pies de la cama, que se le hundió en el estómago.

Pero al deslizarse junto a Teresa, olvidó estas pequeñeces.

—Amor mío... —dijo en un susurro, aproximándose a ella con delicadeza.

—Mi Luisín... —murmuró Teresa con voz temblorosa.

Los labios de ambos se buscaron en la oscuridad. Pero lo hicieron con tanta rapidez y con tan poca fortuna, que las primeras en encontrarse fueron sus cabezas. Y se propinaron mutuamente un buen coscorrón.

—¡Amor mío!... —repitió Luis para orientarse, sin acusar el golpe.

—Mi Luisín... —volvió a decir Teresa para darle su posición exacta.

Gracias a estas señales acústicas, consiguieron unirse al fin en un beso.

Pero aunque los dos estaban decididos a superar la marca de duración en esta especialidad amorosa, tuvieron que suspender la prueba cuando aún les quedaba resuello para resistir un rato largo.

La culpa fue de ella, que hizo un movimiento brusco con la cabeza.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él, separándose extrañado.

—Una mosca.

—¿Qué mosca?

—Una que se me posó en la oreja. Me ha hecho cosquillas.

—¡Tontina! —dijo Luis con mimosa benevolencia—. En esta época del año no hay moscas. Estamos en noviembre...

Pero no había terminado de decir esto, cuando oyó con claridad el zumbido del insecto que pasaba sobre él en vuelo rasante.

—Pues tienes razón —tuvo que rectificar—: hay una mosca.

—¿Lo ves?

—No lo veo, pero lo oigo. Déjala en paz. Ya se ha ido. —Y cambió de tono para añadir tiernamente—: Teresita de mi alma... Ven más cerca... Un poco más...

—¡Ya está aquí! —exclamó ella.

—¿Quién?

—La mosca.

—No pienses en la mosca, chiquitina.

—No debe de ser tan chiquitina. Zumba como un avión.

—No dije chiquitina para calibrar el tamaño de la mosca —aclaró él—, sino para piropearte a ti.

—Gracias, cariño. También tú eres mi chiquitín.

Por uno de esos fenómenos inexplicables del amor, el mutuo reconocimiento de su respectiva pequeñez los atrajo hasta unirlos en un nuevo beso.

Reinó entonces en la alcoba un silencio tan profundo, que podía oírse el vuelo de una mosca.

Y lo malo es que se oyó.

Lejano al principio, mientras el díptero evolucionaba lejos de la cama, pero aumentado gradualmente de intensidad cuando se lanzó en picado sobre la almohada.

Esta vez, demostrando su pericia en los vuelos sin visibilidad, había elegido la mejilla de Luis como aeródromo, y en ella realizó un aterrizaje perfecto. Pero Luis, apelando a toda su sangre fría, que ya estaba bastante caldeada, continuó besando a Teresa sin hacer ni un solo movimiento.

Esta inmovilidad envalentonó a la mosca, que se puso a corretear por los alrededores de su nariz.

Hasta que en uno de sus atolondrados correteos se introdujo en una de sus fosas nasales.

Luis, que había resistido heroicamente hasta aquel instante, no pudo aguantar aquella cosquilla feroz que le hizo prorrumpir en un ruidoso estornudo.

—¡Atchísss...!

—¡Jesús! —exclamó ella, apartándose sobresaltada—. ¡Qué susto me has dado!

—Perdona, cariño. No lo pude evitar...

—¿Te has enfriado?

—No, por Dios. Todo lo contrario —dijo él muy de prisa, para borrar el mal efecto de aquella interrupción—. Ha sido esa maldita mosca, que se me metió en la nariz y me hizo estornudar. Pero no te vayas tan lejos, vidita... Ven... ¿Has hablado con tu madre?

—Sí, cielo mío... Pero tendrás que matarla.

—¿Cómo?... ¿Quieres que mate a tu madre?

—No, hombre: a la mosca.

—¡Ya salió la mosca!

—Es imposible que haya salido, porque la ventana está cerrada.

—Quise decir que no hablemos más de ella. Déjala en paz, palomita.

—Pero ¡si es ella la que no nos deja en paz a nosotros! —protestó la palomita, empezando a ponerse nerviosita.

—No creo que vuelva a molestarnos. Se habrá cansado de volar a oscuras y se irá a dormir en cualquier rincón.

Pero Luis no conocía a aquella mosca.

Era una de las pocas supervivientes que aún quedaban del verano anterior, lo cual indica que poseía una vitalidad extraordinaria. Porque sólo una minoría muy reducida de moscas excepcionales, consigue no caer en la terrible matanza que los primeros fríos causan en su especie.

Puede que el porcentaje de resistentes no pase de una por cada millón, pues son raros los casos de robustez que se dan entre dípteros. Y por muy robustos que sean, nunca logran atravesar la barrera del invierno.

Poco a poco, a medida que desciende el termómetro, su vuelo se va haciendo más pesado y sus reflejos más lentos. Se nos posan encima, pegajosas, y huyen torpemente del manotazo que damos para espantarlas.

Su agonía es larguísima, como la de los personajes del cine alemán. Además de larga es también triste y solitaria, porque nunca coinciden dos de estas últimas moscas en una misma habitación. Hay una aquí, otra en la casa de enfrente, otra más lejos aún...

Y todas vuelan como borrachas, huyendo desesperadamente de la muerte, cuya mano descarnada está a punto de atraparlas.

La que les correspondió a los recién casados intuía la proximidad de su fin, y buscaba el calor de los cuerpos de los huéspedes para aguantar unas horas más.

Por eso el pronóstico de Luis no se cumplió, pues la mosca sabía que si se posaba en cualquier frío rincón para dormir, no volvería a despertarse. Y volaba a ciegas, guiada por su minúsculo radar, buscando con angustia el calor que servía de carburante a su agotado motorcito.

—Teresita mía... —empezó a decir de nuevo el esposo, temblando como un flan en manos de un nervioso—. Estamos viviendo la noche más feliz de nuestras vidas. Se acerca el instante en que nos fundiremos en un estrecho abrazo, para convertirnos verdaderamente en marido y mujer...

—Sí, Luisito querido.

—Se acerca cada vez más...

—¿También tú la oyes acercarse?

—¿Cómo dices? —cambió de tono él, extrañado.

—Que he vuelto a oír muy cerca el zumbido de la mosca. ¿No era eso lo que me decías que se acercaba?

—No, mujer —explicó él, cerrando los puños con fuerza para que no se le escapara la poca paciencia que le iba quedando—. Me refería al instante en que se consumará nuestro gran amor.

—Pero también se acerca la mosca —insistió ella con dulzura—. Si te callas, la oirás perfectamente. Suena tanto como un violín.

—No pretenderás que nos pasemos la noche escuchando su concierto —gruñó él, literalmente amoscado.

—Al contrario. Lo que quiero es dejar de oírlo, porque me pone nerviosísima.

—No exageres, cielín. ¡Ni que fuera una orquesta sinfónica! Deja de pensar en esa tontería y vamos a lo nuestro.

—¿Cómo quieres que no piense, si ya está revoloteando encima de nuestras cabezas?

—¿Y qué te importa, caramba? —dijo Luis alzando la voz porque empezaba a impacientarse—. ¿Crees que te va a comer?

—No, amorcín. Pero a lo mejor me pica.

—No seas tontina. Las moscas no han picado nunca.

—Algunas, sí.

—Las que pican son más grandes, más gordas, y se llaman tábanos.

—¿Y cómo puedes saber el tamaño de ésta si no la has visto?

Luis tuvo que hacer una pausa para dominarse antes de contestar:

—Por la intensidad y el tono del zumbido. Sin ánimo de presumir de mi experiencia, te diré que he dormido con muchas moscas en mi vida. Y puedo asegurarte que ésta zumba como todas las que pertenecen al modelo doméstico más vulgar. ¿Estás ya tranquila?

—Sí, mi cielín... Pero ¿qué haces?

—¡Condenada puerca!... —exclamó Luis dando furiosos y rápidos manotazos al aire, a diestro y siniestro—. Por más que la espanto no se quiere

largar. De buena gana la aplastaría...

—No digas eso. ¡Qué asco!

—Pues ¿qué quieres que haga con ella? ¿Que la guarde en una jaula de oro, como recuerdo de la nochecita que nos está dando?

—¿Es que no te gusta esta nochecita? —dijo ella con voz francamente dolida.

—A nadie le gusta pasar su noche de boda con una pelmaza.

—¿Te refieres a mí?

—No seas boba. Me refiero a la mosca.

—Pues lo has dicho de un modo...

—¿Cómo quieres que lo diga? Ese bicho inmundo nos ha sacado de situación a los dos. Primero a ti, y ahora a mí.

Se notó que Teresa estaba a punto de llorar cuando dijo con voz entrecortada:

—No debes de quererme mucho cuando una simple mosca es capaz de distraerte.

—¿A mí? Vamos, rica. No desquiciemos las cosas. Tú te distrajiste antes con tus melindres ridículos.

—¿Melindres yo? —se enfurruñó Teresa.

—Empezaste a decir que el zumbido te ponía nerviosísima, que nos iba a picar porque a lo mejor era un tábano.

—Pues si yo soy melindrosa, también lo eres tú —replicó ella, encocorándose—. Porque al principio, cuando te propuse que la mataras, no te atreviste.

—¡Claro! ¿Crees que no es peligroso perseguir a una mosca en un cuarto a oscuras? Me habría matado dándome golpes contra los muebles.

—Ya veo que no eres capaz de hacer por mí ni un pequeño sacrificio.

—Si te parece que matarme es un sacrificio pequeño...

—Si me quisieras de verdad, no te importaría arriesgar tu vida para defenderme.

—No digas bobadas. Me arriesgaría con mucho gusto para defenderte de un tigre, pero me parece estúpido hacerlo para librarte de una insignificante mosca.

Coincidiendo con el final de esta frase, como si hubiera oído su nombre y acudiese a la llamada, la mosca se situó encima de sus cabezas y fue perdiendo altura volando en espiral.

—Eso lo dices porque sabes que aquí no hay tigres —lloriqueó Teresa—. Pero es inútil que mientas, porque...

—¡Cállate! —cortó Luis secamente.

—¡Oh! —dijo ella rompiendo a llorar—. ¿Cómo puedes hablarme en ese tono?

—¡He dicho que te calles! —insistió él conteniendo la voz, con todos sus músculos en tensión.

—Eres un grosero —concluyó ella volviéndole la espalda.

Y se cubrió la cabeza con las sábanas para llorar a sus anchas.

Pero Luis, cuya musculatura estaba tensa como advertí unas líneas más arriba, dio en aquel momento un salto que hizo gemir todos los muelles del colchón. Y sus manos se juntaron en la oscuridad, produciendo una sonora palmada.

Teresa se asustó y dijo incorporándose:

—¿Qué ocurre?

Luis la abrazó y dijo muy contento:

—¡Al fin solos!

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella enfadada todavía, intentando desasirse del abrazo.

—¡Que acabo de matar la mosca!

—¿Sí?... ¿Es posible?

—Te rogué que te callaras para localizarla mejor, y he conseguido derribarla al primer intento.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. La tercera inquilina de esta habitación no volverá a molestarnos.

—Nunca creí que fueras tan hábil.

—¡Bah! Ha habido suertecilla —dijo Luis con modestia—. Lo importante es que al fin estamos solos de verdad... Y que yo te quiero mucho, vida mía...

—Yo también a ti, mi cielín.

—¿Me dejas que te bese, chiquitina?

—Estoy deseando que lo hagas, chiquitín...

Y la noche de boda, al fin, comenzó a desarrollarse normalmente.

MORALEJA:

Tan frágil es el amor que lo rompe hasta una mosca pequeña, débil y tosca, en el momento mejor.

Dentro de la gravedad...

OCURRIÓ DE PRONTO, sin ningún síntoma previo que anunciara el fenómeno.

Y la culpa de esta sorpresa fue de la ciencia. Porque los sabios estaban tan ocupados mirando el cielo, ideando satélites y cohetes, que a ninguno se le ocurría bajar los ojos al suelo para estudiar los misterios que sigue escondiendo la tierra.

Y cuando comprendieron el error que habían cometido, era ya demasiado tarde para subsanarlo.

Yo noté el fenómeno en la calle.

Había salido de casa más temprano que de costumbre, y decidí ir andando hasta mi oficina para gastar el tiempo que me sobraba.

Era una mañana otoñal, fresca y luminosa. Desde hacía varias semanas el sol ya no daba calor, pero seguía suministrando luz. La ciudad, regada por algunos chaparrones que cayeron la noche anterior, estaba muy limpia.

Junto a la boca de algunas alcantarillas, atragantadas de basura, se habían formado charcos en número suficiente para permitir a los transeúntes sus imprescindibles desahogos contra la desidia municipal.

Todo ciudadano necesita esta válvula de escape para aliviar la presión que le producen sus disgustos particulares, y un deber primordial de los alcaldes es proporcionarle motivos que hagan funcionar dicha válvula.

En mi camino hacia la oficina se interpusieron varios charcos de éstos. Unos, los más pequeños, pude cruzarlos de una zancada sin desviarme de mi ruta. Otros, los más anchos y profundos, tuve que vadearlos dando un rodeo.

Ante el último, sin embargo, que era de tamaño mediano, decidí poner en práctica un método intermedio para alcanzar la orilla opuesta: dar un saltito.

Retrocedí unos pasos para adquirir el impulso necesario, salté...

Y entonces, en aquel momento precisamente, se produjo el asombroso fenómeno.

Tardé algunos segundos en darme cuenta de lo que acababa de ocurrir.

Una extraña sensación de ligereza invadió todo mi cuerpo, como si de pronto me hubiera convertido en una pluma.

«¿Estaré sufriendo un mareo?», me pregunté desconcertado.

Pero tuve que contestarme negativamente, pues mi cabeza funcionaba con perfecta lucidez.

«¿Qué me ocurre entonces? —me volví a preguntar cada vez más perplejo —. ¿Por qué me noto repentinamente hueco, como si mi peso me hubiera abandonado? ¿Por qué no he sentido, al finalizar la trayectoria de mi salto, el golpe de mis pies en el suelo?...»

Un peatón que se acercaba al charco en dirección contraria a la que yo había seguido, me dio la respuesta:

—¡Oh! —gritó al verme, deteniéndose estupefacto.

—¿Qué pasa? —dije asustado.

Pero él, incapaz de articular una palabra, se limitó a hacer gestos expresivos señalando mis pies.

Miré hacia abajo, y al ver lo que vi por poco me desmayo:

¡Yo estaba parado en el aire! ¡Entre el suelo de la calle y la suela de mis zapatos, había una distancia de dos palmos! El impulso del salto me llevó hasta allí, y allí me quedé milagrosamente suspendido.

—¿Cómo es posible...? —balbucí.

El peatón, lleno de asombro mezclado con miedo, quiso correr a la iglesia más cercana convencido de que acababa de presenciar un auténtico milagro. Pero al saltar el charco, le ocurrió lo mismo que a mí: ascendió en la fase inicial del salto, y al perder velocidad se detuvo a treinta centímetros sobre la superficie del agua.

¡También él era víctima del mismo fenómeno!

—Pero ¿qué es esto? —logró decir dominando su terror.

—No lo sé —respondí, tratando de serenarme.

Nos hallábamos en una situación tan desconcertante, que no se nos ocurría nada para salir de ella. Intentamos andar, pero nuestras piernas se movían en el aire sin conseguir que avanzásemos ni una pulgada. Cada vez más nerviosos y aterrorizados, nos pusimos a patalear como chiquillos, pero lo único que logramos con la pataleta fue ascender otra docena de centímetros.

—¡Socorro! —empezó a gritar mi compañero de infortunio, espantado.

Pero en aquel momento la calle estaba desierta y nadie nos socorrió.

Probé entonces un sistema consistente en imprimir a mis brazos movimientos natatorios, parecidos a los que se emplean para nadar al estilo llamado «rana», y vi con alegría que de este modo lograba desplazarme con bastante facilidad.

Al ver el excelente resultado que me daba este medio de locomoción, la otra víctima lo adoptó también. Y gracias a él pudimos alejarnos el uno del otro en direcciones opuestas.

Moviendo mis manos de abajo arriba, descendí hasta posar los pies en la acera. Y una vez en tierra firme, intenté caminar normalmente. Pero mi ingravidez me hacía perder contacto con el suelo a cada paso, y tuve que repetir con frecuencia los movimientos descendentes para mantenerme pegado a él.

Alternando esta gimnasia compensadora de mi ligereza con vigorosas brazadas al aire para reforzar mi propulsión horizontal, llegué por fin a mi oficina.

—¡Escuchadme! —grité como loco al abrir la puerta, dirigiéndome a mis compañeros de trabajo—. ¿Sabéis lo que está pasando?...

Pero al ver lo que les pasaba a ellos, comprendí que era inútil continuar:

En la amplia habitación donde trabajábamos diez empleados, reinaba una confusión tremenda. Lo primero que observé con estupor fue el corpachón de Martínez, un contable que pesaba más de cien kilos, navegando por el aire con la panza pegada al techo.

—¡Bajadme de aquí! —aullaba el pobre gordinflón, agitando desesperadamente brazos y piernas.

López, el cajero, había acudido a socorrerle. Pero al subirse en una silla y dar un salto para alcanzarle, se elevó hasta pegarse un cabezazo en el techo. Y allí estaba con los pies colgando, balanceándose como el cadáver de un ahorcado.

A los chillidos de Martínez se unieron los de López. Y a los de estos dos, los de cuatro más que intentaron sucesivamente echarles una mano. Porque todos los que iban subiendo a rescatar a sus predecesores, se quedaban allí arriba formando un racimo.

—¿Me habré vuelto loco? —dije en voz alta, sin dar crédito a mis ojos.

—Desgraciadamente no —me tranquilizó un mecanógrafo—. Fíjate.

Y levantando de la mesa su pesada máquina de escribir, la soltó sin previo aviso encima de mis pies.

—¡Cuidado! —exclamé, retirándome instintivamente.

—No tengas miedo —dijo el mecanógrafo.

Y en efecto: no había nada que temer porque aquel armatoste metálico, sin sujeción de ninguna especie, permanecía inmóvil en el sitio donde mi compañero lo soltó.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —pregunté, a punto de sufrir un ataque histérico ante tantos acontecimientos incomprensibles para una mentalidad normal.

—La radio acaba de decirlo —me explicó otro compañero—: esta mañana, a las nueve y veintidós minutos exactamente, la Tierra ha interrumpido su suministro de fuerza de la gravedad. Se ignoran las causas que han motivado este corte, así como su posible duración.

—¡Dios mío, qué catástrofe! —murmuré muy abatido.

Y me dejé caer en una silla, aunque mi ingravidez no dejó que me cayera.

—¡Sólo nos faltaba esto! —bramó Martínez desde el techo—: que la naturaleza siga el ejemplo del hombre, e imponga restricciones a sus fábricas de energía para ahorrar fluido.

—Tiene usted razón —apoyó otro—. Si hoy nos corta la fuerza de la gravedad, mañana nos cortará la luz del sol, pasado el agua de la lluvia...

Pero no quise perder el tiempo escuchando las mentecateces de unos cuantos burócratas, y aproveché la confusión que reinaba en la oficina para escapar a la calle.

Quería medir con mis propios ojos la magnitud de aquel fenómeno que afectaba al mundo entero.

Gracias a la ligereza de mi cuerpo ingrávido recorrí sin fatigarme toda la ciudad. Y las escenas que observé me pusieron los pelos de punta:

Un suicida, que había querido poner fin a sus desgracias con la desgracia más gorda de todas (la muerte), pataleaba rabiosamente en el aire al nivel de la azotea desde la cual se arrojó.

Los gorriones, rutinarios, continuaban posándose en fila como en los hilos telegráficos. Pero sin hilos telegráficos. Y les extrañaba un poco que, para bajar al suelo, tuviesen que mover sus alas con tanto ímpetu como para subir al cielo.

Un camión de muchas toneladas, cargado con una montaña de arroz, dio dos vueltas de campana al chocar con un ciclista. Y quedó después en posición correcta, sobre sus cuatro ruedas, sin haber perdido ni un solo grano de su carga.

El globero del parque, que llevaba su gran racimo de globos asido por los pedúnculos de cordel, emprendió a las nueve y veintidós una ascensión vertical digna de un cohete.

Por fortuna se le ocurrió soltar los cordelitos a los dos minutos, pues si tarda un poco más estaría a estas horas fuera de la atmósfera, convertido en satélite artificial. En su viaje de descenso, que realizó a brazo (sería incorrecto decir a pie, puesto que el impulso se lo daba con las manos), se cruzó con varios paracaidistas de unas maniobras militares inmovilizados en pleno descenso.

Y el globero tuvo que pararse a cortarles las cuerdas de sus paracaídas, para que pudiesen seguir cayendo.

Hubo que cerrar a toda prisa los grifos de las fuentes públicas, pues el agua de los surtidores subía hasta por encima de las casas. Y en lugar de caer se iba acumulando allí arriba en grandes charcos transparentes, como nubes de cristal.

Todos los líquidos, liberados de la fuerza que los mantuvo prisioneros en sus recipientes, crearon en la ciudad problemas pavorosos. Cito sólo algunos ejemplos de los muchos que vi, pues la lista total sería interminable.

Ningún ciudadano pudo lavarse aquella mañana, debido a que el agua no caía de los grifos.

Y para beber era necesario aplicar la boca al caño, sorbiendo después con fuerza hasta sacar un trago. Un madrugador, sorprendido por el fenómeno cuando se estaba bañando, observó al salir de la bañera que la forma de su cuerpo había quedado impresa en el agua jabonosa, con la misma nitidez que en un molde de escayola.

Y otro, que terminaba en aquel momento de darse una ducha, salió de ella apartando los hilillos de agua que quedaron repentinamente quietos, como finos barrotes de una jaula.

Los dueños de bares y cafés comprendieron que se arruinarían en seguida, y en su desesperación se arrancaban mechones de cabellos, que permanecían en el aire alrededor de sus cabezas.

Porque tales establecimientos no pueden subsistir sin la ley de la gravedad. En ella se funda el principio básico de su organización, que consiste en verter líquidos diversos en pequeños recipientes para servirlos a la clientela.

Es fácil comprender que si los líquidos se niegan a ser vertidos por medio de pitorros en vasos o tazas, esta rama de comercio quedará instantáneamente seca.

¿Cómo es posible servir un aperitivo si el chorro de cerveza flota en el espacio como una nubecilla, y las gambas se empeñan en volar por el local como si fueran pájaros?

A mediodía llovió abundantemente en los alrededores de la ciudad. Pero los campos no se beneficiaron de este riego, porque la lluvia quedó en el cielo formando una inmensa y encristalada bóveda.

El fenómeno había paralizado casi por completo la vida ciudadana.

Todos los tranvías, perdida la adhesividad al suelo que les daba su tonelaje, se salieron de los raíles y hubo que amarrarlos a los faroles para que

el viento no los estrellara contra las fachadas.

Varios autobuses, propulsados por el chorro de gas negro que salía de su escape, se elevaron hasta los balcones de los pisos más altos. Otros se enredaron en las copas de los árboles y en los cables eléctricos. Estos últimos no se electrocutaron, porque los cables ya no tenían corriente debido a que el agua, en los grandes saltos hidroeléctricos, había dejado de saltar.

La circulación humana por las aceras era tan escasa como la rodada por las calzadas. La gente no se había familiarizado aún con el sistema de traslación aérea impuesto por las circunstancias, y se quedaba en casa para evitar accidentes.

Los periódicos lanzaron aquella tarde ediciones extraordinarias que ponían los pelos de punta. Grandes titulares, los más gruesos que se habían empleado en toda la historia del periodismo, anunciaban:

EL MUNDO SE HA QUEDADO SIN FUERZADE LA GRAVEDAD

LA HUMANIDAD, PATAS ARRIBA

NUESTRA CIVILIZACIÓN DESAPARECE

¿HA LLEGADO EL FIN DEL MUNDO?

EL CATACLISMO MÁS TERRIBLE DE LA HISTORIA

Y ocupando todas las primeras planas, en tipografía legible a varios metros de distancia, se publicaban estas declaraciones hechas conjuntamente por todos los sabios del país:

De un modo brusco e inesperado, la importantísima fuerza de atracción ejercida por la Tierra ha dejado de funcionar. El corte se produjo esta mañana, ocasionando una hecatombe mundial de intensidad incalculable.

Pero a los hombres de ciencia no nos sorprende que haya ocurrido esto. Nuestro planeta es viejísimo, y es natural que sus energías se vayan agotando. Los siglos no pasan en balde para nadie. Ni siquiera para los astros. Y la Tierra, que ha vivido varios millones de años, empieza a chochear. El imán que tenía en su núcleo central se ha gastado con el uso, y ya no atrae ni a un alfiler.

A nadie que piense con serenidad puede extrañarle este desgaste, si tiene en cuenta el trabajo colosal que dicho imán ha realizado sin interrupción durante tantos milenios.

Desde la roca más grande al guijarro más pequeño; desde el hipopótamo más gordo al gusano más flaco; desde el océano más ancho al arroyo más estrecho...

Todo, sin distinción de clases ni tamaños, lo atrajo este núcleo imantado sin soltarlo ni un instante.

No podíamos calcular la fecha exacta, pero estábamos seguros de que semejante esfuerzo acabaría consumiendo la potencia del imán. Y esa fecha, por desgracia, acaba de llegar.

No se trata, como creen algunos, de una avería transitoria en el suministro de atracción terrestre.

Es inútil esperar que las cosas vuelvan a su sitio, porque el agotamiento de esta fuerza es definitivo. Que nadie, por lo tanto, se forje ilusiones.

Debemos afrontar la situación con serenidad, pues el pánico nos conduciría al fin del mundo civilizado.

Hay que ordenar metódicamente el caos que reina en toda la superficie del planeta.

Hay que adaptarse con rapidez a una nueva forma de vivir. Nuestras costumbres sufrirán cambios radicales, pero debemos esforzarnos por aceptarlos sin discutirlos.

La civilización ha sufrido un golpe mortal, porque casi todos los inventos hechos por el hombre ya no sirven para nada. En la mayoría de ellos la gravedad desempeñaba un papel importante, y al desaparecer esta fuerza han dejado de ser utilizables.

Hemos entrado repentinamente en una nueva era que deroga de un plumazo las leyes físicas que obedecimos hasta ahora. A partir de hoy habrá que rehacer los tratados de esta especialidad científica, y olvidar todo lo que nos enseñaron. Será necesario también transformar nuestra industria pesada en industria ingrávida. El acoplamiento de la técnica humana basada en el peso, a las exigencias de esta era flotante, será largo y difícil. Pero debemos superar esta etapa caótica sin perder la sangre fría, ayudando a mantener el orden a nuestro alrededor...

La extensa declaración de los sabios terminaba con un llamamiento a la serenidad, recomendando calma y prudencia a todos los lectores. Pero no era sencillo escuchar esta recomendación, pues el resto del periódico estaba repleto de noticias espeluznantes:

El transatlántico inglés *Hot Dog*, sorprendido en el Caribe por un tifón cuando la gravedad había dejado de actuar, fue arrancado de las aguas e impulsado a gran altura. Allí, sus cincuenta mil toneladas comenzaron a revolotear como una hoja seca. Y después de este zarandeo el viento transportó la inmensa mole tierra adentro, hasta la cordillera de los Andes, depositándola por fin sobre el Ande más alto.

Todos los barcos que tropezaron con ciclones o galernas sufrieron la misma suerte, y el que no fue a chocar contra una montaña quedó clavado en las agudas torres de alguna catedral.

Las cataratas del Niágara enmudecieron súbitamente, pues el río dejó de precipitarse por el pavoroso acantilado y fue remansándose en el aire hasta formar un ancho lago suspendido sobre el abismo por arte de magia.

Todas las frutas, acostumbradas a caer, cuando estaban maduras, de los árboles frutales donde se criaron permanecieron en las ramas hasta pudrirse.

En las eras, al aventar las cosechas de trigo el viento se llevó la paja, el grano, las horquillas de los aventadores, y los aventadores que manejaban las horquillas. Y el mundo se quedó sin pan como yo me quedé sin bisabuela.

Hubo que suspender una guerra que se estaba celebrando en Oriente, pues la artillería y aviación de los ejércitos beligerantes quedaron inutilizadas en cuanto se produjo el fenómeno.

Los proyectiles de cañón no describían sus parábolas habituales para estallar en los objetivos, sino que seguían una trayectoria rectilínea hasta perder toda su velocidad y detenerse en el espacio.

Y las bombas de aviación quedaban colgadas en el mismo lugar donde el bombardero las soltó.

Esto redujo de tal modo las bajas de ambos bandos, que los Estados Mayores respectivos acordaron cortar las hostilidades. Porque las guerras se hacen para matar lo más posible. Y una guerra en la que no mueren soldados, resulta tan aburrida como una cacería en la que no se matan perdices.

Tampoco fue posible practicar deportes de ninguna clase, porque en todos ellos la gravedad había sido un factor esencial: El balón de fútbol y las pelotas de golf o *beisbol*, tenían que volver al suelo después de su lanzamiento para que el juego pudiera desarrollarse normalmente.

¿Quién puede jugar cuando la pelota chutada con el pie, golpeada con un palo o lanzada con la mano, se posa en una nube a descansar?

¿Quién puede dedicarse a la natación en unas aguas donde es imposible hundirse? ¿Qué mérito tiene ser alpinista cuando basta dar un brinco y batir el aire con las manos para ascender hasta la cumbre del Everest?

Todos los reglamentos deportivos quedaron anulados, en espera de que se inventaran nuevos deportes adaptables a las nuevas leyes físicas. Todos los *records* de velocidad, fuerza y resistencia, quedaron en ridículo al romperse la barrera del peso.

¿Cómo no íbamos a burlarnos del forzudo olímpico que logró levantar un hierrito de trescientos kilos, cuando ahora cualquier escuchimizado mequetrefe levantaba una locomotora de trescientas toneladas? ¿Quién no se iba a reír del atleta que logró saltar dos metros, en un mundo donde se podían dar saltos de varios kilómetros?

Pese a la proclama de los sabios pidiendo serenidad, la gente vivió algún tiempo como enloquecida.

Fueron unas semanas terroríficas, en las que reinó una completa anarquía. Los presos se escaparon de las cárceles y los locos de los manicomios, pues las tapias más inexpugnables dejaron de ser un obstáculo para coartar la libertad.

Los tenderos de comestibles, ante la imposibilidad de utilizar sus balanzas para valorar el gasto hecho por la clientela, vendían las lentejas y garbanzos por unidades.

Los precios, que estando en vigor la ley de la gravedad tenían una incesante propensión a subir, subieron vertiginosamente al verse libres de ese lastre.

Los productos del campo alcanzaron cotizaciones increíbles, hasta el punto que una pequeña remolacha llegó a valer lo mismo que un rubí.

Los campesinos justificaban estas alzas excesivas alegando que la desaparición de las lluvias los obligaba a regar sus tierras con métodos tan

costosos como agotadores: tenían que subir hasta la masa de agua que quedaba flotando en el espacio después de cada chaparrón, y golpearla con grandes palmetas por su parte superior para hacerla descender. Cuando la nube líquida llegaba al suelo, la extendían con un rodillo hasta formar una capa de varios centímetros de espesor sobre la superficie sembrada. Hecho esto, volvían a golpear la capa acuática con grandes martillos hasta conseguir meterla en la tierra a presión.

En estas fatigosas maniobras se perdía mucho tiempo, y era natural que se centuplicase el valor de las plantas obtenidas con tantísimas dificultades.

También la carne se puso literalmente por las nubes, pues los fuertes vientos otoñales se llevaban el ganado de las praderas donde pastaba, y había que volar a gran altura para recobrarlo.

Poco a poco, sin embargo, la Humanidad fue acostumbrándose a la nueva situación. Saturada su capacidad de asombro con todas las escenas que había visto, su miedo se iba convirtiendo en indiferencia.

Después de presenciar el paso de un acorazado sobre el rascacielos más alto de una ciudad, a nadie podía sorprenderle nada. Y como la ley física del apetito continuaba actuando en nuestro estómago, todos tuvimos que volver a nuestras ocupaciones para ganarnos el sustento.

Las personas más torpes aprendieron a moverse con soltura dentro de la ingravidez, y acudían a sus oficinas puntualmente. Hasta las viejecitas se lanzaban a la calle con toda tranquilidad por las ventanas de sus casas, para dirigirse braceando a la misa matinal o a la novena vespertina.

Las industrias, por su parte, se pusieron a trabajar día y noche en la fabricación de nuevos inventos utilizables en los nuevos tiempos.

No tardó en ponerse a la venta un «neumático adhesivo», de caucho blando y pegajoso, que suplía la falta de gravedad manteniendo las ruedas de los coches adheridas al suelo. El único inconveniente de estas cubiertas era su escasa duración: quinientos kilómetros de rodaje, pues la goma pegadiza iba quedándose en la carretera a medida que avanzaba el vehículo.

Pero gracias a este invento, los transportistas pudieron usar de nuevo sus camiones y salvarse de la ruina.

Poco después, otra fábrica lanzó un modelo más perfeccionado: el «neumático chupón», llamado así porque iba provisto de grandes ventosas de caucho flexible en todo su perímetro, que actuaban con la misma eficacia que la goma blanda de su antecesor y no se consumían con tanta rapidez.

Pero estas invenciones fueron de emergencia, para permitir el empleo, con carácter provisional, del antiguo material rodante que ya no podía rodar.

La solución definitiva vino de Norteamérica unos meses después:

La poderosa industria yanqui creó el automóvil sin ruedas, propulsado a hélice, con timones en la cola, que le permitían maniobrar ágilmente en todas direcciones. Tenía la forma de un cigarro puro como el cuerpo central de los aviones que se construyeron en los tiempos grávidos, con la ventaja fabulosa de que no podía caer al suelo si se le paraba el motor.

Todas las facetas de la vida se acoplaron por fin a la ingravidez mundial.

Desde los grandes buques, que aprovecharon la energía de sus hélices para cruzar los mares sin rozar el agua; hasta las plumas estilográficas, que fueron construidas con dispositivos especiales, para expulsar la tinta que se negaba a caer espontáneamente de sus depósitos.

El hombre demostró que era capaz de superar todas las catástrofes con tal que le dejaran seguir viviendo en su pequeño y vetusto planeta. Aplicó todo su ingenio a idear los medios necesarios para mantenerse lo más pegado posible a su querida corteza terrestre, bajo la cual dormían sus antepasados y sobre la cual nacerían sus descendientes.

El único enemigo peligroso que tenía esta civilización colgante, era el viento.

Una ligera corriente de aire entre una puerta y una ventana, bastaba para lanzar contra las paredes a todas las personas que se hallaran en la habitación. (Los muebles no se movían, porque todos se fijaron al suelo con gruesos tornillos para impedir que bailasen al menor estornudo.)

Una leve brisa marina era suficiente para transportar un balandro desde América hasta Europa.

Una galerna de intensidad mediana hacía fondear la flota pesquera de un puerto vasco en las llanuras burgalesas.

Y un vendaval serio no tenía que esforzarse mucho para arrancar de cuajo un pueblecito completo, con su Ayuntamiento lleno de fuerzas vivas y su cementerio lleno de fuerzas muertas.

Con el fin de evitar estos desastres, que se producían con demasiada frecuencia, hubo que construir sólidos diques de protección en zonas estratégicas contra los resoplidos de Eolo. Algunas ciudades particularmente ventosas, levantaron a su alrededor una altísima muralla que les daba cierto aspecto medieval.

Tan importante era esta cuestión, que se creó una especie de O.N.U. titulada L.C.V. (Lucha Contra el Viento). Todos los países del globo enviaron delegados a este organismo internacional, y concedieron sumas enormes para

colaborar en esta lucha. Los físicos más eminentes recomendaban a la L.C.V., en patéticos informes, que actuase con rapidez.

Hasta ahora hemos tenido suerte —escribían—, *porque los vientos que han corrido por el mundo últimamente fueron moderados. Pero en cualquier momento a la atmósfera se le pueden hinchar las narices*. (Esto, claro está, lo decían de un modo más científico, pero menos comprensible para el profano.)

Las probabilidades de que se produzcan huracanes no han disminuido con la desaparición de la gravedad. Y si en la situación actual se produce un huracán, sus consecuencias pueden ser funestas para nuestra Humanidad flotante.

¡Apresurémonos a defendernos de esta amenaza!

Es preciso destinar durante un año la totalidad de los presupuestos mundiales a las obras de defensa contra el viento.

Pero a la atmósfera, por desgracia, se le hincharon las narices mucho antes de que transcurriera el año de plazo pedido por los físicos. Los observatorios meteorológicos anunciaron la formación de un huracán en el Pacífico, que no tardaría en desencadenarse.

Era imposible adivinar el rumbo que seguiría, pero el mundo entero tembló y se adoptaron con urgencia las máximas precauciones para resistirlo. Las emisoras de radio interrumpían constantemente sus programas, para informar sobre los movimientos de aquel poderoso enemigo que estaba a punto de lanzarse a la ofensiva.

«Al noroeste del archipiélago hawaiano —comunicaban los primeros partes—, continúa la concentración de vientos que acuden a reforzar la potencia del temido huracán. En la zona acuática donde se están concentrando estas fuerzas naturales, reina gran agitación. Gruesas trombas marinas se elevan a gran altura, semejando al inmovilizarse columnas de alabastro con capiteles de espuma.»

En cuanto el huracán se puso en marcha, los meteorólogos norteamericanos se apresuraron a darle un nombre.

Bautizar con diminutivos graciosos a los vendavales más horrorosos, es una simpática costumbre de ese pueblo tan joven que nunca pierde el sentido del humor. Así se consigue quitar dramatismo a esta clase de fenómenos, y que la gente encaje sus destructoras consecuencias con más entereza.

Porque no hay nada que infunda tanto valor como tomar a broma las cosas que nos dan miedo.

Gracias a estos cómicos bautismos, que disfrazan un tremendo ciclón bajo un cándido «Jimmy», los Estados Unidos se asustan menos y resisten mejor el azote. Y cuando la radio anuncia: «¡Que viene Jimmy!», lo esperan llegar tranquilamente, como si se tratara de un muchacho que regresa de la escuela.

Al huracán decidieron llamarle «Charlie», con lo cual se consiguió tranquilizar al público. Se tomaron a broma las andanzas de aquel travieso «Carlitos», y los semanarios humorísticos le hicieron caricaturas tomándole el viento.

Pero «Charlie» era demasiado serio para permitir que se burlasen de él. En cuanto se desencadenó, hizo una demostración de su seriedad dando una pasada a las islas Hawai que le pillaban de camino. Y cuando terminó de pasar sobre ellas, quedaron tan peladas como las palmas de muchas manos.

El huracán arrancó todo lo que adornaba la superficie de estos pequeños paraísos rodeados de agua. Desde las bellas indígenas con collares de flores, a las doradas arenas de la playa Waikiki. Desde los más copudos árboles, a los más achaparrados hierbajos.

Todo, en confuso revoltijo, fue lanzado a las alturas a velocidad vertiginosa:

La flora y la fauna.

La carne y el pescado.

Los cuadrúpedos y los bípedos.

Para el forzudo «Charlie» este cargamento era una bagatela, y se lo echó a la espalda para proseguir su incontenible avance.

—¡Que viene «Charlie»! —gritaron en las costas americanas al ver que la línea recta del horizonte se ondulaba, formando olas monstruosas.

Pero esta vez el gracioso diminutivo no fue capaz de atenuar el pánico de la población civil, pues ya se tenían noticias de lo ocurrido en las islas del Pacífico.

Los que disponían de algún medio de transporte, huyeron precipitadamente hacia el Este, pero fueron alcanzados por el huracán y lanzados a las nubes como los que optaron por encerrarse en sus domicilios.

Era trágico y hermoso al mismo tiempo ver volar a los más altivos rascacielos, remontándose como plumas para rascar el cielo de verdad.

Los diques de protección contra el viento construidos por la L.C.V., no sirvieron para nada. «Charlie» se los iba quitando de delante con la misma facilidad que una mujer se quita las peinetas del pelo.

Y así fueron desapareciendo ciudades enteras, dejando únicamente en el solar que ocuparon los cráteres vacíos de sus sótanos.

Millones de seres y enseres engrosaban el equipaje de «Charlie». Equipaje macabro en el que todas las cosas se iban triturando al chocar unas contra otras a velocidades supersónicas, hasta convertirse en un nubarrón compacto y sanguinolento.

Cuando las avanzadillas del huracán llegaron al Atlántico, de América sólo quedaba el nombre y el recuerdo.

Y al saber lo ocurrido en el Nuevo Continente, los habitantes del Viejo hicimos la señal de la cruz y nos arrodillamos murmurando:

—Esto es el fin del mundo. En vez de hacer diques inútiles contra el viento, hagamos actos de contrición para que él nos transporte hasta el cielo.

Los hombres dejaron de trabajar y los motores de funcionar.

Así, silenciosa e inmóvil, la Humanidad que aún vivía esperó la llegada de la muerte.

No tuvimos que esperar mucho tiempo. Pocas horas después de tomar esta decisión, nuestros tímpanos sensibilizados por la ansiedad, comenzaron a oír un rumor que venía del Oeste. Era como el trueno de una tormenta lejana. Pero un trueno continuo, interminable, sin relámpago anunciador ni pausa en su ronquido.

No fue necesario que nadie gritara «¡Que viene Charlie!», porque todos le conocimos por su modo de roncar.

El rumor creció con rapidez, al tiempo que el cielo se oscurecía por Poniente. En vanguardia del gran estrépito, como clarines anunciadores, llegaron hasta mi ciudad unas ráfagas silbantes que juguetearon con nuestra ingravidez.

Después el trueno se hizo ensordecedor, la inmensa nube de restos que arrastraba el huracán nos envolvió...



Y entonces, afortunadamente, me desperté.

Del diario de un honesto niño antiguo

MARTES. Esta tarde, mientras entretenía mis ocios jugando con las primorosas tablitas de logaritmos que regalóme tío Pericles para mi solaz, acercóseme papá de improviso.

—¡Casto pequeñuelo! —díjome estampando sendos besos en mis mejillas con el estruendo paternal corriente—. ¡Afortunado impúber! —añadió repitiendo la cariñosa faena osculatoria—. La Fortuna, que no escatima sus dones para contigo, te depara el imponderable beneficio de asistir a un eclipse.

Flaquearon mis piernecillas infantiles ante el anuncio del glorioso fenómeno. Flaquearon del mismo modo mis brazuelos. Flaquearon, en resumen, todos los elementos que constituyen mi incipiente anatomía al oír la emocionante nueva.

¡Un eclipse!

Tan sólo esta palabra hubiera bastado para derribar al más recio mocetón, tanto más a mí, que soy frágil y menudo cual insecto.

—¡Padre, padre! ¿Es cierto lo que usted me comunica? —balbucí, derramando ora una lágrima, ora dos y ora tres.

Mi padre, lejos de comprender, tomóme en sus brazos y dejó que mi llanto corriera abundantemente por su ropa.

Luego, palidísimo, salió al vestíbulo y encasquetóse con brío su chistera especial para presenciar eclipses. ¡Asombrosa prenda de gala ésta, adornada toda ella por signos zodiacales, osas mayores e incluso menores!

—¡Valor, hijo mío! —alentóme, alzando sus manos con patetismo poco común.

Y nos lanzamos a la calle con el grave gesto de los hombres a los que el destino concede el privilegio de asistir a los decisivos hechos históricos.

Un sol radiante brillaba en el cielo, favoreciendo el crecimiento de los cereales y la función clorofílica de las plantas.

Las gentes humildes, sabedoras de que mi augusto papá y yo seríamos espectadores del suculento fenómeno, comenzaron a mirarnos con respeto. Varios astrónomos se sumaron a nosotros con largos catalejos que infundían pavor a los profanos, dando al grupo apariencia de docta expedición científica.

—¡Faltan doce minutos! —dijo uno de aquellos sabios escrutando el cielo con su telescopio plegable.

Nuestros corazones pusiéronse a galopar cual potros jóvenes. Mi fogoso papá, ducho también en tan cultas experiencias, obligóme a ceñir un salvavidas de caucho hueco, pues el peligro era mucho si el eclipse se manifestaba con violencia.

Despojóse él a su vez de la engalanada chistera, sustituyéndola por amplio gorro de hule carmesí taladrado en varios puntos para facilitar la respiración del cuero cabelludo.

—¡Descálzate, hijo mío! —ordenó después—. Un joven como tú debe asistir al eclipse descalzo y con suma modestia.

Así lo hice, entre sollozos, angustiado por la palidez que veía reflejada en las fisonomías de mis acompañantes. Varios de estos adultos comenzaron a manifestar su descontento por mi presencia en aquel sitio.

—Es una imprudencia traer niños a los eclipses —murmuraban—. Luego les ocurre algo, y la responsabilidad es de los mayores.

Pero ya era demasiado tarde para que mi prudente papá me ordenara que volviese con presteza a mi austero domicilio.

¡El eclipse estaba allí!

Era de ver a los transeúntes, carentes en su mayoría de preparación científica, arrojándose al suelo para protegerse del magno acontecimiento. ¡Pía y heroica actitud la de mi padre querido en aquel sublime minuto! Erguido, musculoso, más sonrosado que nunca, examinó el sol con un catalejo que había alquilado en una catalajería.

Y observó cómo uno de los bordes de tan estimado astro, se cubría un instante con una levísima sombra.

Yo nada vi, pero un sabio benévolo, el cual poseía un precioso cristal ahumado, se dignó explicarme lo ocurrido. Quedé maravillado, agradeciendo a mi padre que me hubiese llevado hasta allí para presenciar un espectáculo de tanta altura.

Nada puedo añadir, queridísimo diario, pues la pluma tiembla aún en mis manos a consecuencia de la emoción imborrable que experimenté.

JUEVES. Hallábame hoy sumergido en el examen de algunos coleópteros dañinos para la vid, en cuya contemplación experimento agudo deleite, cuando vino a visitarme el pernicioso Fabián.

No creo, ¡oh impoluto diario!, haber manchado nunca la albura de tus páginas con la descripción de tan redomado pillete. Es un mozuelo de carnes

escasas y asaz enjutas, el cual vive del hurto, la trapisonda, la engañifa y otros feos vicios de la adolescencia mal encarrilada.

Mi dignísimo maestro don Carmelo no cesa de dirigirme vibrantes arengas, exhortándome a guardar con Fabián una distancia no inferior a los veinte metros.

—¿Qué deseas, bribonzuelo? ¿A qué obedece tu maligna visita, que viene a turbar mi examen de los coleópteros dañinos para la vid?

—No temas, admirable niño —contestóme el intruso con mueca falaz—. Vengo tan sólo a proponerte unos instantes de sano esparcimiento.

Y, cual demonio tentador, mostróme peonzas musicales de reciente construcción, ruidosos pianillos y otros juegos de alta frivolidad que en nada se asemejan a la «Tómbola histórica», «Lotería botánica», y otros instructivos pasatiempos que cultivo con asiduidad.

—¡Deténte, Fabián! —amonestéle, ocultando mi rostro entre las manos para no caer en la tentación de los nefandos artilugios mecánicos.

—No haré tal —insistióme el pícaro, tratando de quebrar mi resistencia a toda índole de devaneos.

Hícele entonces diversas ofertas para disuadirle de su criminal propósito encaminado a mi corrupción. Más él permaneció insobornable ante mis promesas de entregarle estampas con la efigie de los reyes godos, y pastelillos con máximas de los sabios griegos escritas con hábil chorrito de chocolate. Y para romper mi última resistencia, pronunció esta frase que erizóme los cabellos:

—¡Hagamos burla a los ancianos!

Tales palabras hicieron mella en mí cual la fusta de los aurigas en la carne de los cuadrúpedos. Pero debo confesar que, minutos más tarde, por raro sortilegio, hallábame junto a Fabián en el centro de una concurrida vía de nuestra ciudad, por la cual discurrían infinitas gentes ancianas.

Explicóme entonces el truhán que la burla a los provectos consiste en sacar fuera de la boca, entre el labio superior y el inferior, el flexible músculo llamado lengua, el cual empleamos asiduamente para expresar palabras.

Al tiempo que se hace esto, es necesario poner el rostro en actitud marcadamente cómica y permanecer en tan extraña actitud hasta que pase la persona de la cual se pretende hacer mofa.

¡Oh turbios caminos de la maldad! Sonrojéme al escuchar tan horrendo secreto y, sacando energía de mi habitual flaqueza, dispúseme a realizar tan perversa carantoña con el fin de satisfacer al petulante pillastre.

Apostados en una esquina, esperamos anhelantes el desenlace de la vergonzosa aventura.

Minutos después, dio en pasar por aquel punto un amable anciano de luenga barba y respetable apariencia, tocado con esférico bombín.

—¡Valor, purísimo joven! —díjome Fabián, aprestándose a realizar la mueca demoníaca.

Acercóse el anciano al lugar donde nos hallábamos, y yo en aquel instante, cerrando ambos ojos, di en abrir la boca extrayendo fuera de ella el ágil músculo llamado lengua.

Hizo lo propio Fabián, y así que ambos concluimos la maquiavélica burla, pusimos nuestros pies en la mejor polvorosa, huyendo del colérico anciano al que habíamos vejado de tan denigrante manera.

Pálido, enfermo y avergonzado, retorné al hogar de mis venerados padres jurándome con solemnidad que jamás abandonaría la contemplación de los coleópteros con el oscuro propósito de burlar ancianos.

(P. S.: He prometido que el próximo domingo pondré una vela a San Ambrosio, para que rescate del infierno el alma condenada de Fabián, mi abominable instigador.)

SÁBADO. Por vez primera en mi existencia de escolar aplicado, ávido de profundizar en las costumbres de insectos y microbios, he tropezado con ese extraño lazo que mantiene a hembras y varones en perpetuo desasosiego.

Me refiero al amor, dicho sea con los debidos rubores.

Imaginábame yo que tal sentimiento tendría hondas raíces científicas, y de aquí mi enorme chasco al descubrir sus verdaderas causas.

Es el caso, dilecto diario, que dando yo mi habitual paseata entre los acebos, acacias, plantas trepadoras y otras variedades botánicas del parque público, topéme de pronto con la desgraciada niña Fuencisla Noguerol, pimpante retoño de los Nogueroles que fabrican ricos quesos.

—Bien venido seas al parque, amable muchacho de rizoso cabello —saludóme la menuda fémina agitando su bonito parasol.

—Heme aquí dedicado a mi paseata cotidiana —repliqué—, que aprovecho para estudiar la corteza de los troncos, la estructura de las fanerógamas y otros asombrosos misterios de la botánica.

Ofrecióme Fuencisla un sabroso pirulí para recreo de mis glándulas salivales, detalle al que correspondí brindándole otro confite que adquirí en el carricoche de la pulcra vieja.

Anudada de este modo una amistad más estrecha, dimos en hablar con animación de química y álgebra, temas predilectos de los escolares juiciosos que no despilfarran el dinero empleado por sus padres en educarlos.

Terminado que hubimos de disertar sobre tan apasionantes materias, observé con perplejidad cómo la tierna muchacha colocábame su mano derecha en mi antebrazo izquierdo, ademán que al principio no supe interpretar.

Medité largamente la causa de aquella inopinada actitud y comprendí al fin que quizás obedecía al deseo de Fuencisla de conocer los huesos y músculos que componen los brazos.

Por lo cual pasé a disertar sobre el húmero, el cúbito y el radio, sin omitir sus respectivos cóndilos y musculaturas adyacentes.

¡Nunca lo hubiera hecho! La niña, demasiado joven para resistir la impresión que la osteología causa en los espíritus, temblaba al escuchar los austeros nombres que designan el complejo sistema óseo de tan admirables miembros.

Y díjome cuando pudo controlar su temblor:

—¡Cuán culto eres, estudioso amiguito! Esto me hace suponer que no ignorarás tampoco los movimientos impulsivos del corazón.

A lo cual yo repliqué:

—¿Cómo he de ignorar los rítmicos movimientos de víscera tan vital? En cuanto tuve uso de razón, mi severo padre en persona me llamó a su despacho para comunicarme que tales movimientos se llaman de sístole y diástole. Al saber este gran secreto de la vida, mi inocencia sufrió un golpe rudo, sí, pero necesario.

Sonrió Fuencisla al añadir con voz de inaudita suavidad:

—Pero tú, venerable niño, sólo conoces las simples contracciones mecánicas, que en nada se asemejan al amor.

—¿Amor? —interrogué, sorprendido cual conejo por inesperado escopetazo—. ¿Sabes tú acaso lo que esta palabra significa?

Y al preguntar esto, sonrojábase mi rostro de un modo poco común.

—El amor —aclaróme Fuencisla en un susurro— es una manzana que Eva ofrece a Adán.

Quedé sin entender cómo en aquel fruto inocente llamado manzana, que se exhibe desnudito en los mercados, podía encerrarse un misterio tan pecaminoso como el amor. E indagué para disipar mis dudas:

—¿Puedes decirme qué hace Adán al recibir tan carnoso y nutritivo fruto?

—Adán sitúa la manzana entre sus poderosas mandíbulas, y le propina sucesivos mordiscos hasta devorarla por completo —explicóme aquella crisálida de mujer—. He aquí la técnica amorosa totalmente explicada.

Mi boca, entonces, abrióse cuán grande es, mostrando mi doble hilera de dientes. Y estuve a punto de deshacerme en violenta risa, cosa harto poco frecuente en mí.

¿Cómo pudo inquietarme el amor, siendo tan sólo cuestión de manzanas y mordiscos? ¡Bien trivial resultaba este entrenamiento comparado con el «Ajedrez astronómico» y el «Pequeño geómetra», juegos que me instruyen al par que me deleitan!

Aparté, por lo tanto, la mano que Fuencisla mantenía posada en los huesos de mi antebrazo, y reanudé mi paseata entre grandes risotadas.

DOMINGO. Nadie desconoce que la práctica del balompié constituye la recreación predilecta en liceos, escuelas, centros de peritaje y otros doctos santuarios de la enseñanza.

A mí mismo pláceme con frecuencia dar algunos golpes de pierna a la esfera de caucho y cuerete que para esta gimnástica expansión se requiere.

Nuestro adorado maestro don Carmelo recomiéndanos asiduamente el balompié al grito de *mens sana in corpore* lo mismo.

Quiero explicarte hoy, diario entrañable, cómo se desenvuelve este recio deporte que fortalece brazos, piernas, tórax y tronco en general:

El equipo de nuestra clase llámase, por expresa voluntad de don Carmelo, Sabiduría F.C.

Fórmanlo los mocitos más aventajados en ciencias, letras, peces y verduras, entre los cuales tengo la dicha de figurar. Todos estamos equipados con vistosas camisetas, ceñidas a la caja torácica, en las cuales aparecen efigies históricas, cefalópodos, cuadros sinópticos con la clasificación de los minerales y otras variadas fuentes de los humanos conocimientos.

Así pertrechados, portando un bien provisto botiquín repleto de linimentos, vendajes y torniquetes, partimos de la escuela hacia los prados, donde el juego del balompié ha de tener lugar.

Nuestros rivales suelen ser los equipos Avispa F.C., Mocosuelo F.C. y otros varios, formados por ruda muchachada del hampa, o por finos pollitos de la buena sociedad.

Es precisamente cuando hace su aparición en el terreno nuestro peludo don Carmelo, ataviado con la ropa de los arbitrajes. Y digo peludo porque la

referida ropa es sumamente corta, y deja al descubierto el recio vello que cubre sus rótulas y pantorras.

Todos los jugadores, cual movidos por un resorte a la vista del benemérito maestro, caemos de rodillas y entonamos una loa a Hércules, Vulcano y otras figuras mitológicas que apadrinan los ejercicios corporales.

Y exhórtanos don Carmelo:

—Cuidad, pequeños atletitas, de que la esfera de caucho y cuerete, impulsada por vuestros golpes de pierna, entre en la meta contraria provocando la jugada que se conoce con el nombre de gol.

—¡Así lo haremos, ponderado maestro —exclamamos a coro—, aunque nos cueste un esguince, torcedura o dislocación de cualquier extremidad!

Y nuestro buen árbitro dispara al aire un histórico arcabuz perteneciente a los tercios que combatieron en Flandes, para marcar el principio del encuentro.

Como quiera que el continuo correr tras el bolondrón de caucho nos fatiga en exceso, hacemos alto en el juego cuando nos viene en gana y formamos corrillo con presteza alrededor de don Carmelo, el cual nos diserta donosamente sobre las auroras boreales, los volcanes, las algas y otras múltiples curiosidades geográficas que nos causan sutil deleite.

Acabada la culta disertación, nos lanzamos de nuevo en pos del esférico, que rueda sin tino a merced de nuestros metatarsos.

Así que alguno de los equipos logra realizar la temida jugada que los peritos del balompié llaman gol, corremos a comunicar la noticia a nuestros parientes, quienes nos reciben con alborozo y nos obsequian con papillas y masajes.

Hecho esto, volvemos al lugar del torneo para reanudar nuestras estimulantes pataletas.

Y el esparcimiento prosigue hasta que ambos equipos logran hacer, tres veces cada uno, la jugada llamada gol. ¡Sabia medida adoptada por nuestro maestro! Porque un empate nos libra de rencores y riñas, inadmisibles entre jóvenes que sólo buscan en el balompié una honesta recreación.

Así que el torneo finiquita, y después de besarse en las frentes respectivas los capitanes de entrambos equipos, guardamos en un estuche la esfera de cuerete y caucho, para retornar al casco urbano entonando la tabla de multiplicar con música del maestro Benítez.

LUNES. Esta mañana don Carmelo, pozo de sabiduría con cuyas aguas abundantes apagamos el incendio de nuestra ignorancia, hízonos en el aula

escolar un ameno experimento de química recreativa.

Hallábase el sabio maestro rodeado de probetas, pirofosfatos y ácidos, cuando hete aquí que Fabián, el pillastre Fabián ducho en barrabasadas, púsose a hacer estrépito con su enorme carraca de las diabluras.

Es esta carraca un rarísimo artefacto de dilatado tamaño, que Fabián maneja con soltura para alejar nuestra atención de los estudios.

Así que hubo sonado el voluminoso carracón, que rascó con violencia nuestros tímpanos, abandonó don Carmelo los pirofosfatos y díjonos:

—¿Cuál de vosotros, inmaculados chicos, ha hecho tan extraordinario ruido, sólo comparable al croar de los batracios llamados ranas? ¡He aquí que espero vuestra respuesta!

A lo cual nosotros, rectos chivatos cuando se trata de desenmascarar a cualquier infractor de la disciplina, respondimos señalando al satánico Fabián:

—¡Hele aquí, oh maestro! ¡Fabián es culpable! ¡Reo es, por tanto, de una severa reprimenda!

—Pues en verdad te digo, redomadísimo pillo, que he de exigirte la inmediata entrega de tu utensilio alborotador.

Conminado por tan fértiles palabras, puso Fabián sus orejas en posición de gachas e hizo entrega del querido instrumento.

Algunos caímos de hinojos, admirados del mágico poder que ejercía el verbo del sabio varón. Y dijo Fabián, contrito hasta las cachas:

—Bien sé, ¡oh venerado maestro!, que mi acción abominable no merece clemencia, ni perdón, ni misericordia, ni confianza, ni caridad, ni otras cosas igualmente hermosas. ¡Heme aquí, por tanto, dispuesto a sufrir las torturas de toda índole que mi pecado merezca!

Tal acto de contrición nos hizo prorrumpir en vítores a la virtud, rematados por el himno «Puro soy y a mucha honra», que entonamos a coro.

—Pese a tu arrepentimiento —concluyó don Carmelo—, debo imponerte una reprimenda para ejemplo del aula.

Y ni corto ni perezoso, con los nobles ademanes que le caracterizan, nuestro maestro extrajo de su pupitre unas tijeras aptas para recortar y confeccionó con presteza unas largas orejas de cartulina, en todo semejantes a las del vertebrado llamado asno. Acto seguido procedió a colocar la afrentosa sanción en la cabeza del culpable, cosa que hizo ayudado por alambre, alicates, tenazas, tuercas y otras herramientas.

Hecho esto, todo el alumnado púsose a hacer mofa del reo, e incluso befa, sin omitir tampoco el escarnio ni el vilipendio.

Aprovechóme en alto grado esta lección, pues el oprobioso recuerdo de Fabián, mofado y befado por sus condiscípulos, me servirá de ejemplo para seguir la recta senda de la repipiez, sin caer en nefastas diabluras que me obliguen a ostentar orejas del mamífero cuadrúpedo conocido con el nombre de burro.

MIÉRCOLES. ¡Cuán efímero es el gozo! ¡Cuán breve la dicha! Las lágrimas, cual irisados arroyuelos, corren hoy por las zonas de mi cuerpo llamadas mejillas.

El motivo de mi llanto es altamente desgarrador. He terminado el curso escolar, concediéndonos nuestro maestro el asueto de la vacación.

—En verdad os digo, pollitos que vais camino de ser gallos —díjonos don Carmelo en el aula—, que estáis disfrutando vuestro último día de escuela.

Pusímonos a llorar la totalidad de los alumnos, pues nada nos causa tanto dolor como el abandono de nuestro entrañable centro docente, en el que aprendemos la vida de los anfibios, las costumbres de los abejorros y las dinastías de los faraones.

En vano solicitamos de don Carmelo una prórroga del curso estudiantil. Arrodillados en los pupitres, deshechos en llanto cual menudas Magdalenas, lanzábamos «vivas» al aprendizaje, al tesón y a la cultura, al par que «mueras» a la holganza y al improductivo método de descansar tumbándose panza arriba.

Y díjonos don Carmelo a guisa de colofón, sorbiendo la mucosidad que le producían sus contenidas lágrimas:

—¡Si habéis de vacar, vacad en buena hora y evitemos el lamentable espectáculo del adiós!

Dicho que hubo lo que antecede, extrajo de sus bolsillos blanquísimos pañuelos y púsose a agitarlos en son de despedida.

Más nosotros permanecimos sentados a nalga firme en nuestros bancos, negándonos a abandonar el local donde tan óptimos placeres intelectuales habíamos experimentado.

Ante aquel gesto de amorosa rebeldía, don Carmelo, bien a pesar suyo, viose obligado a emplear la manga de los incendios para desalojar la clase. Es esta manga un tubo larguísimo y flexible, que lanza poderosos chorros de agua al manipular un ingenioso mecanismo llamado grifo.

Apuntónos don Carmelo con la referida manga y los chorros de agua, mojándonos el cuerpo y la ropa adyacente, nos causaban tal desasosiego, que hubimos de huir con presteza de aquel adorado templo cultural.

Tornamos entre lloriqueos a las moradas paternas, narrando a nuestros padres la cuita que nos desconsolaba.

Y dijo mi padre, con verbo cálido y adjetivo certero:

—¡Perverso invento este de las vacaciones, que interrumpe y relaja la formación cultural de los hombres del mañana!

Por fortuna yo dispongo en mi casa de probetas, matraces y vasos comunicantes adquiridos con mis ahorros, con los cuales no cesaré de hacer experiencias para impedir que el odioso asueto me haga perder mi tesoro de conocimientos adquiridos durante el curso.

Mañana mismo compraré algunos esqueletos de batracios y comadrejas, catetos e hipotenusas, para completar el material del pequeño laboratorio donde transcurrirán las horas más bellas de mis vacaciones.

SÁBADO. Salí esta mañana al campo en busca de algunos insectos para amputarles las patas con fines científicos, cuando mi recto padre asomó su noble cabeza entre el boscaje para espetarme:

—Tu educación, por la que velo en días de vigilia y noches de insomnio, me obliga a mostrarte otro de los fenómenos de los que se vale nuestra madre Naturaleza para exteriorizar su infinito poder.

Y yo, presagiando algún magno secreto que mi padre iba a revelarme, púseme a modular el estertor llamado sollozo al tiempo que inquiría:

—Decidme, ¡oh bendito papá!, en qué consiste la nueva demostración de las fuerzas naturales que debo presenciar para que se temple mi experiencia vital.

A lo que él respondió, con la pertinente voz campanuda:

—¿Has oído hablar del Eco?

—No —respondíle sobrecogido—. Mi cauto maestro don Carmelo, fiel a las tradiciones medievales en materia pedagógica, considera que tales enseñanzas no deben ser inculcadas a los educandos antes de que cumplan el servicio militar.

—Bien hace tan eximio pedagogo excediéndose en su cautela —diole la razón mi padre—. Más yo considero que has alcanzado madurez suficiente para presenciar, con moderación y recato, este milagro acústico que eriza los cabellos más lacios. Vayamos sin demora a la roca de la montaña, donde reside el asombroso Eco.

Y a la mencionada roca nos encaminamos, extirpando en el camino cuanta cizaña encontrábamos para que nuestro paseo resultara al mismo tiempo útil a la agricultura.

Cuando estuvimos cerca de nuestro objetivo, díjome mi venerado papá con voz tronitonante:

—Descúbrete el tórax, insensato. ¿Es ésa digna manera de presentarse ante el diosecillo Eco, poderoso e implacable?

En breves segundos despojéme de la casaca, juboncillo, camisola y refajitos, prendas estas con las cuales protejo mi caja torácica del granizo y la ventisca, dejando al aire parte de mi epidermis corporal.

Poco después surgió ante nosotros la aterradora roca, en la cual se aloja, cual dragón o monstruo, el mágico capricho de Natura llamado Eco. Y arengóme el autor de mis días:

—Verás ahora cómo este augusto mineral responde a nuestro llamamiento, con sonido semejante a la voz humana.

Temblaba yo a la vista de tales cosas, y dispúsose mi padre a realizar el experimento.

Antes, sin embargo, adoptamos algunas precauciones, cuales fueron enviar mensajes de socorro en las patas de algunas palomas, redactar últimas voluntades y despedirnos de la mundanal pompa, por si al hacer tan peligrosa experiencia ocurría alguna explosión, estampido o catástrofe análoga.

Así que todo estuvo presto, amarramos con correas nuestros cuerpos a unos troncos y, después de ordenarme silencio con un ademán, dijo mi buen padre:

—¡Bú!

Cuál no sería mi asombro al percibir que la roca, con voz similar a la del inefable autor de mis días, exclamaba:

—¡Bú!

Quedamos ambos petrificados de asombro. Un sudor frío perló la epidermis que recubre nuestros respectivos huesos frontales, y ambos permanecimos mudos contemplando convulsos el parlanchín mineral.

—¡Bú! —tomó a decirnos el Eco, regocijado sin duda al presenciar nuestro estupor.

Y antes de que tan espeluznante fenómeno diera al traste con nuestras vidas, emprendimos veloz huida para no ser víctimas de tan omnipotente fuerza de mamá Natura.

DOMINGO. ¡Fastuosas merendolas dominicales las que tienen lugar en la mansión de doña Chicha Fragutti!

Concurro a ellas habitualmente, pues afirma mi progenitor que ya he alcanzado la edad de irme desfogando en lides y escarceos que al trato social

atañen.

Hoy, cuando el reloj de sol del jardincillo público marcaba las cuatro, endosó mi padre el protocolario ropón que los cánones exigen para concurrir a esta clase de saraos.

Consta el tal ropón de amplia túnica y airosa esclavina, adornadas ambas por certeras reproducciones en yeso de suculentos confites, cuales son los hojaldres y los «tutti-fruttis».

Ataviado de esta guisa, tomóme de la mano y condújome sin demora al palacio de la familia Fragutti, donde iba a tener lugar la selectísima merendola.

Aguardábanos en la cancela del edificio doña Chicha en persona, la cual, alargándonos una de sus manos, nos invitó a que depositáramos en ella un beso de salutación. Lo mismo que para entrar en la ópera se entrega al portero un papelillo del que corta un pico, para entrar en las reuniones sociales hay que pagar un beso en la mano que la anfitriona tiende a la puerta.

Eso me explicó mi lacónico padre con el certero refrán que cito a continuación:

—Si no besas la mano a doña Chicha, no podrás merendar ni una salchicha.

Tomé por tanto la extremidad que me tendía la señora Fragutti, y procedí a estampar en ella el chasquido labial que los peritos en caricias llaman beso.

Cumplido este requisito, pude al fin adentrarme por los salones en pos de las prometidas viandas. Mas, antes de catar tales suculencias, cúpome el honor de codearme con todos los asistentes.

En cada grupo hablábase con futilidad de cuestiones diversas: ora de las oropéndolas, ora de las tonadilleras que se caracterizan por su afán de mostrar porciones de su propia piel, ora de las setas comestibles e incluso venenosas, y ora del sistema más práctico para escabechar toda clase de pescados.

En los corrillos de damas comentábanse los últimos adelantos conseguidos en materia de ropa, fajas, cintajos y fieltros para las cabezas.

En los grupitos de mocosuelos predominaban disputas sobre peonzas, diávolos y otros juegos propios de la travesura.

Tales cháchara se prolongaron hasta que doña Chicha, haciendo sonar el silbato que siempre cuelga de su cuello, nos anunció que las materias comestibles se hallaban dispuestas para ser comidas.

Era de ver el ímpetu de los invitados por alcanzar el comedor. Nadie reparó en algunas ancianas débiles que yacían por tierra, amodorradas, y que fueron víctimas de vigoroso pisoteo.

Arrastrado por aquella ola arrolladora que movía el apetito, avancé hacia la mesa atestada de bizcotelas y fritangas. Y cuando ya me disponía a asir una tartina impregnada en confitura de grosella, recibí un suculento bastonazo en el hueso craneano que atiende por el apodo de occipital.

Perdido que hube el conocimiento a consecuencia del golpe, ingresé en la blanda nebulosa del inconsciente. Y me quedé en ayunas, comprendiendo que acababa de recibir el justo premio a mi osadía. Pues nada hay tan aventurado para un adolescente como pretender usurpar cualquier clase de comestibles a los adultos.

MIÉRCOLES. Dando ayer mi acostumbrado recorrido por museos, fábricas, minas y pozos artesianos, fui testigo de un horripilante suceso del que quiero dejar constancia en estas páginas.

A pocos metros delante de mí caminaba un robusto mancebo, portando al brazo una cesta que bien puedo calificar de voluminosa. Pensé al principio que el mencionado canasto contendría sanos frutos u óptimas legumbres, mas hube de alterar mi opinión al percibir claros y agudos gemidos que partían de su interior.

Los gemidos continuaban cada vez más recios, y el portador del cestón, malhumorado, golpeaba los mimbres con su mano para acallar al bicho o criatura que dentro iba.

¿Niño o perro?

¿Hombre o gato?

¿Pez o rana?

Planteábame yo estas preguntas sin abandonar el espionaje del mancebo, que se adentraba en el barrio de las familias pudientes.

Llegado que hubo ante un lujoso portal, depositó el mozo en el pavimento su pesada cesta y dispúsose a abrirla. Ocultéme cautamente tras unos abedules, y observé con atención puestos mis ojos en la tapa de la cesta.

¡Cuál no sería mi asombro al ver surgir del canastón la venerable cabeza barbuda de un caballero!

¿Era aquello una de esas sugestiones visuales que en el desierto reciben el nombre de espejismos? ¿Hallábame en presencia de un horrible delito? ¿Habría secuestrado el mozo al señor de la barba? ¿Sería, acaso, uno de esos innumerables reyes árabes que viajan continuamente de incógnito, porque sus países son tan cochambrosos que no aguantan vivir en ellos?

Bien pronto la luz abrióse paso en mi modesto cerebrín, y pude comprender la trágica realidad que a mis atónitos ojos se ofrecía:

¡Un hijo pobre disponíase a abandonar a su padre en el portal de una casa acomodada!

En el canasto, acondicionado cual cuna, moisés o lecho análogo, reposaba el padre envuelto en severo pañal negro. ¡Espectáculo desgarrador, que desgarróme buena parte de mi tierno pericardio!

Escuché con ambas orejas tendidas, percibiendo el diálogo siguiente:

—¡Hijo mío! ¿Tendrás el valor necesario para abandonarme? —decíale el padre, presa de bronca rabieta, pataleando con sus velludas piernazas.

—Sí, papá —contestóle el mancebo con un suspiro que hizo saltar varios botones de su chaleco—. Soy pobre y no puedo darte todo el vino y todos los cigarros que necesitas para sostener tu vejez. Te dejaré en este portal y las almas caritativas te recogerán para darte, no sólo techo, sino también suelo y paredes laterales.

—¿Me darán también abrigo, calcetines, sopa, dos platos, café, copa y puro? —preguntó el anciano, preocupado.

—Sí, padre. ¡Adiós! He amarrado a tu pescuezo una gruesa cadena de la que cuelga un medallón con tu nombre, para reclamarte cuando yo sea mayor y tenga una posición desahogada. Ahora debo marcharme.

Lloró el padre mesándose su espesa barba, y sus peludas pantorras agitáronse de nuevo en frenética pataleta.

Mas su hijo, pese a que sus ojos hallábanse inundados del liquidillo llamado lágrima, no se doblegó. Y dominando el tembleque que se había adueñado de todos sus miembros, pulsó el timbre con tal ímpetu que se quebró la uña del dedo.

Hecho esto, emprendió veloz huida calle abajo cual alma transportada por el espíritu del mal.

Quedó el padre muy mustio en su cesta, mordisqueando el chupete de un cigarro puro.

Unos instantes más tarde abrióse la puerta, apareciendo en sus umbrales una dama de alcurnia que exclamó al ver la cesta:

—¡Canasto! ¡Un padre pobre abandonado!

En el acto aparecieron varios sirvientes, a los cuales dijo la aristocrática individua:

—Conducid al padre pobre a un aposento y dadle un biberón de vino tinto.

—¿Qué piensa hacer con él la señora? —preguntóle el mayordomo.

—Adoptarlo, Bautista. ¡Seré la hija adoptiva de este padre abandonado!

Dicho esto, cerróse el portal.

Yo, ¡oh fiel diario!, permanecí tras los abedules algunos minutos, meditando sobre esta y otras muchas tragedias que ocurren en el mundo a las gentes sin cultura.

Y tarareando con fervor el himno «¡Huye de mí, ignorancia perniciosa!», marché a reanudar mis estudios sobre los lepidópteros, las conjunciones copulativas y los reyes más o menos godos.

Parada sin fonda

EL DECRÉPITO CITROËN rodó otro trecho de cien metros, y se detuvo una vez más. Sus frenos, recalentados por el abuso que hacía de ellos el chófer, llenaron el coche de un inquietante olor a goma quemada.

—¿Qué pasa ahora, Jean? —preguntó la única pasajera desde el asiento posterior.

—Lo de siempre —gruñó el chófer con rabia, echándose la gorra hacia la nuca—. Otro embotellamiento.

—¿Es posible?

—Sí, señora. A tres kilómetros de aquí hay un puente bombardeado que está en reparación, y tenemos que pasarlo en fila india. Con un poco de suerte, nos llegará el turno al anochecer.

—Pero ¡si aún son las tres de la tarde!

—Por eso mismo, señora. Calculo que necesitaremos cuatro horas más para cruzar el puente. Si no se hunde antes, claro.

—*¡Mon Dieu!* —se asustó ella—. ¿Cree usted que se hundirá?

—No me extrañaría. Con el peso de tantos coches y camiones que lo cruzan sin interrupción...

—¿Y no podríamos dar un rodeo por alguna carretera lateral?

Jean hizo un esfuerzo para permanecer callado, porque a aquella sugerencia tan estúpida sólo se podía contestar con una palabrota. ¿Cómo diablos pensaba la señora que era posible cambiar de dirección? ¿Qué pretendía que hicieran? ¿Tirarse a la cuneta para atravesar la blanda tierra sembrada y los tupidos pinares? ¿Ponerle alas al coche para que volase?

Porque el viejo Citroën estaba bloqueado por miles de vehículos que le precedían, y por otros tantos miles que le seguían.

Era una simple vértebra de una gigantesca serpiente metálica, y no podía separarse del cuerpo al que pertenecía. El cuerpo interminable de aquella serpiente nacía en París, y reptaba hacia el sur por todo el mapa de Francia.

Reptaba precipitadamente, con angustia y dificultad, pues corría el mes de junio de 1940. Y nunca mejor aplicado el verbo correr al paso del tiempo, porque en aquel mes todos los franceses corrieron como antílopes huyendo del avance alemán sobre París.

Por pudor, que yo respeto, no se han hecho estadísticas de la cifra exorbitante de parisienses que abandonaron atemorizados su ciudad en

aquellas jornadas de pánico.

Pero puede calcularse que un cuarenta por ciento de la población —y quizá me quede corto— emprendió un desenfrenado galope hacia la costa mediterránea y la frontera pirenaica.

Mezclada en aquel aterrorizado porcentaje iba la dueña del Citroën, con un equipaje tan voluminoso que hacía sudar gotas de grasa a todas las ballestas del coche.

La buena señora había intentado, con la colaboración de su fiel Jean, trasladar en el coche todo su piso de París a la Costa Vasca. Pero se opuso el coche, alegando que había sido fabricado para hacer turismo y no mudanzas.

No obstante, admitió una carga considerable de maletas, fardos y bultos de todas clases. Los muebles, con gran dolor de su propietaria, quedaron a merced de los invasores.

Y cuando ella pensaba que sus hermosas tapicerías iban a servir de felpudo a las botas alemanas, se le saltaban las lágrimas.

Porque Ivonne de Bonmarché adoraba su casa. Era el único gran amor de su vida. Pero el miedo en aquellos días era más fuerte que cualquier amor, y abandonó su amado domicilio llorando.

El coche se puso de nuevo en marcha para recorrer unas docenas de metros. Cuando se detuvo esta vez, Ivonne no hizo ningún comentario. Estaba cansadísima de aquel viaje tan incómodo y trataba de dormir apoyando la cabeza en un gran fardo de ropa que ocupaba casi todo el asiento posterior.

Así, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, Ivonne tenía una cara de estúpida impresionante. Porque la laxitud de sus músculos faciales acentuaban el aspecto bobalicón de sus facciones.

No era fea, ni mucho menos, pero su belleza resultaba inexpresiva. Su nariz, por ejemplo, era tan correcta que no tenía ninguna gracia. Y a sus ojos, demasiado redondos, les faltaba el mecanismo que produce esos chispazos que dan vida a la mirada.

Cualquiera otra mujer, con los mismos ingredientes físicos, hubiera logrado un conjunto mucho más atractivo.

Pero ella desconocía el arte de rebozar una carne, que ya empezaba a estar pachucha, con la *béchamel* del maquillaje. Y lucía al natural sus cuarenta y tantos años, sin más aderezo que un puñado de polvos repartido al azar sobre su cutis, como la sal en un guiso.

Este descuido se debía a que Ivonne de Bonmarché, desde muy joven, había renunciado al amor.

La historia de esta renuncia, por su exceso de romanticismo, encajaría mejor en una novela del siglo pasado. Pero como no tengo más remedio que contarla, lo haré quitándole todo el almíbar que pueda para que al lector no le resulte empalagosa.

Siendo niña, en los jardines de las Tullerías conoció a Gaston Dupanier. Ambos iban a jugar allí a las mismas horas.

Ivonne saltaba a la comba.

Gaston hacía navegar pequeños balandros en un estanque.

Un día de viento el balandro más bonito de Gaston se alejó demasiado de la orilla y no quiso volver. El chico se acercó a la chica y dijo muy finamente, quitándose su gorra de marinero:

—¿Me prestas tu comba para pescar mi balandro?

Ivonne se la prestó. Y Gaston, lanzándola con habilidad, logró que un extremo de la cuerda se enredara entre los palos del pequeño barco. De este modo, lo atrajo despacio hasta la orilla y pudo recuperarlo.

—Gracias —dijo el chico devolviendo la comba—. Pero ahora no podrás saltar hasta que se seque la cuerda.

—¡Bah! —se encogió de hombritos la niña—. No creas que me importa. En el fondo me aburre pasarme el día dando saltos como si fuera una rana.

—¿Por qué saltas entonces?

—No sé. Por lo mismo que saltan todas las niñas del mundo. Es un fenómeno inexplicable de la infancia femenina.

—Quizá saltéis porque sois tan angelicales todavía, que intentáis volar.

Esta frase de Gaston los hizo enrojecer a los dos. A ella de emoción por haber oído un piropo tan hermoso, y a él de vergüenza por haber dicho una cursilería tan gorda.

Pero ambos eran demasiado jóvenes para comprender que la cuerda de Ivonne había servido, no sólo para capturar el barquillo de Gaston, sino para unir sus corazones respectivos.

Desde entonces, en las horas de asueto que continuaron pasando en los jardines, jugaban menos y hablaban más.

—¿Qué es tu padre? —preguntó el muchacho a Ivonne.

—Nada —dijo ella un poco ofendida—. Papá es tan rico, que no ha necesitado mancharse las manos ejerciendo ningún oficio para ganarse la vida. ¿Y el tuyo?

—El mío es rico también. Pero yo, en cambio, no lo seré.

—¿Por qué?

—Para ser rico hay que tener mucha vocación. Y yo no la tengo.

—¿No? —dijo la niña, extrañadísima—. Pues ¿qué quieres ser tú cuando seas mayor?

—Militar —respondió Gaston con orgullo.

—¿De los que matan?

—No, de los que mueren.

La niña, que no era tonta, quedó impresionada por esta respuesta. Y después de permanecer un rato pensativa, dijo:

—Yo creí que no había ninguna diferencia entre unos y otros.

—Para mí, sí —afirmó el chico—. Hay militares prácticos, que estudian esta carrera con ánimo de ganar las batallas matando enemigos. Éstos aprenden al dedillo las lecciones de táctica y estrategia, que enseñan a obtener la máxima cantidad de bajas ajenas con un mínimo de bajas propias.

»Éstos —continuó Gaston— estudian a conciencia el arte de guarecerse contra las bombas contrarias, y el de arrastrarse como reptiles para sorprender al adversario por la espalda.

»Se especializan también en la técnica de confundirse con el paisaje mediante hábiles disfraces, que transforman sus cuerpos en montículos de tierra y sus cabezas en hermosas coliflores.

»Todos los engaños y argucias, todas las estratagemas y triquiñuelas son lícitas para estos oficiales, cuyo único objetivo es lograr la victoria material.

»El golpe de mano con premeditación, nocturnidad y alevosía.

»La astuta maniobra envolvente para machacar al enemigo, privándole de llevar a cabo una retirada honrosa.

»La ocultación de minas bajo las arenas y las aguas; minas que pegan un tremendo y traicionero puñetazo al incauto que las roza sin querer.

»El ataque a convoyes de abastecimiento para provocar la rendición por hambre y sed.

»El disfrazar buques de guerra con blancura de enfermera y profusión de cruces rojas, para darles inmunidad de hospitales flotantes.

»El envío a filas adversarias de cotillas y chismosos, llamados espías, para fisgar sus secretos más íntimos...

»En estos y otros muchos ardides se adiestran los militares prácticos, con la loable intención de que su patria gane las guerras gastando lo menos posible. Gracias a ellos, se logra con un batallón lo que de otro modo costaría un regimiento. Gracias a ellos, al hacer el balance final de un conflicto armado, se encuentra el país con un déficit de vidas inferior al que había calculado.

»Gracias a ellos, en fin, puede ganarse con astucia lo que pudo perderse empleando solamente el valor.

»Pero junto al militar práctico —continuó el chiquillo con entusiasmo— está el militar poético. Junto al eficaz que estudia para matar, se alinea el héroe que sólo aprende a morir.

»Y yo deseo pertenecer a este segundo grupo, tan indispensable para vencer como el primero.

»La moral de un ejército se mantiene con sus soldados que mueren bien, y no con aquellos que matan mejor. El Cuerpo de Héroes tiene tanta o más importancia que el de Artillería, Sanidad o Intendencia. No sé aún en qué lugar está la Academia donde se forman los oficiales, pero lo averiguaré cuando sea mayor para ingresar en ella.

—¿Y qué se aprende allí? —había preguntado la pequeña Ivonne, porque ya estaba harta de no decir ni una palabra mientras su compañero hablaba sin parar.

Y el fogoso Gaston, cada vez más exaltado, explicó:

—Supongo que allí se aprenderá todo lo que debe saber un militar destinado a inmolarse en cualquier muerte heroica que se presente. Por ejemplo:

»A dar con arrogancia un paso al frente cuando se piden voluntarios para una misión peligrosa.

»A escalar antes que nadie un monte recién conquistado, para hincar en su cima la bandera nacional.

»A subirse en un parapeto batido por la fusilería enemiga, para que las tropas propias se animen a emprender el ataque.

»A resistir las torturas en el campo de prisioneros, para no revelar el emplazamiento del polvorín.

»A cantar cuando se cae herido por un balazo, hasta que un borbotón de sangre inunda la boca y corta la estrofa bruscamente con un siniestro «gluglú»...

»A saber morir, en resumen, de un modo digno y bello que sirva de ejemplo a los combatientes y de lección a los emboscados. Porque una guerra, insisto, no se gana únicamente con hábil estrategia. Los ejércitos, para avanzar, necesitan sentir la sacudida eléctrica del hecho heroico.

»Pese a la creciente mecanización de las fuerzas armadas, los soldados todavía no son máquinas y hay que darles un rancho emocional que los estimule a seguir adelante. Las arengas vibrantes y las muertes hermosas son

elementos indispensables para lograr el triunfo. Y yo quiero luchar en el Cuerpo que suministra estos ingredientes, sin los cuales no se puede vencer.

Así habló aquel pedantuelo, a una edad en que los chicos sólo piensan en pedir dinero a sus papás para invertirlo en golosinas.

Ivonne, que había escuchado esta larga confesión con la boca abierta, no pudo cerrarla nunca más. Desde entonces admiró al muchacho que aspiraba a ejercer la carrera más noble del mundo: la de héroe. Y con los años, esta admiración pueril fue transformándose en amor formal.

También Gaston se enamoró poco a poco de aquella niña, a medida que fue transformándose en mujer. Y todavía, mecida por el brusco traqueteo del Citroën, Ivonne recordaba con deleite el chasquido del primer beso.

—¡Muá! —habían hecho los labios de ambos al unirse.

Fue la víspera del día en que él iba a ingresar en la Academia de Saint Cyr. Ella estudiaba aún, en un colegio muy caro, el arte de no hacer nada con distinción y elegancia. Como corresponde a una señorita de buena familia.

Se citaron en un pequeño café cuyo único ventanal estrecho y sucio, miraba el monótono desfile de las aguas por el cauce del Sena. Gaston encargó un *pernod* para darse ánimos, mientras Ivonne pedía un ponche para curarse un catarro.

Los dos estaban nerviosos, sin saber qué hacer con las manos.

Porque las manos de los enamorados sólo se mueven con soltura después de confesarse su amor recíproco.

Bebieron en silencio, con una sed que no sentían, bizcando sus ojos para clavarlos en el fondo del vaso y disimular sus sentimientos. Después, el aguado líquido verdoso soltó la lengua de Gaston, que dijo, señalando el ventanal:

—Si el cristal no estuviera tan sucio, veríamos el Sena desde aquí.

—Es una lástima —replicó ella siguiéndole la corriente—, porque a mí el Sena me chifla.

—Y a mí. ¡Es tan ancho!...

—Y tan largo.

—Ya, ya.

Roto el silencio con las pedradas de estas mentecateces, no les fue difícil dirigir la conversación hacia el terreno que les interesaba. Recordando su primer encuentro en las Tullerías, cuando capturaron el barquito de él con la comba de ella.

—Desde aquel día... —empezó a decir el muchacho.

Pero no continuó, porque los ojos de ella le miraban tan intensamente que no era necesario terminar la frase. Sus rostros, imantados por una fuerza misteriosa, sintieron una repentina atracción recíproca.

Y se encontraron justamente en el centro de la distancia que les separaba.

Fue un beso cándido e inexperto, pero largo como uno de verdad.

Y así sellaron oficialmente el amor que venían arrastrando desde la infancia. Tanto los Bonmarché como los Dupanier se alegraron mucho de este noviazgo, pues las fortunas de ambas familias eran considerables y su fusión los convertía en una potencia económica.

Gaston partió a estudiar la carrera de héroe, mientras Ivonne se quedaba esperándole con el pecho lleno de suspiros.

Pasó el tiempo, los enamorados consumieron muchas resmas de papel en apasionantes cartas, y Gaston obtuvo al fin su despacho de oficial.

Se iniciaron entonces los preparativos para la boda, que debía celebrarse con la máxima pompa dada la categoría de los contrayentes.

Se hicieron listas de posibles invitados, y los nombres rebasaron el millar. Hubo que elegir la iglesia más grande para que cupiesen todos los asistentes. El padre de Ivonne, exquisito *gourmet*, se encargó personalmente de combinar el *menú* del banquete nupcial a base de las mayores exquisiteces.

Todo marchó sobre ruedas hasta que un día, pocas semanas antes de la fecha fijada para la ceremonia, Gaston acudió muy triste a su cita diaria con Ivonne y dijo sin preámbulos:

—Lo siento, querida, pero tenemos que aplazar la boda.

—¿Por qué? —preguntó ella, desconsolada.

—¿No has leído los periódicos?

—Leí dos hace varios años, y me bastaron.

—Pues las noticias de hoy son importantes.

—¿Qué ha pasado?

—Hay disturbios en Indochina.

—¿Y eso qué tiene que ver con nuestra boda?

—Mucho. ¿Es posible que no lo comprendas?

—No. ¿Es que tú eres indochino?

—No, mujer —explicó el nuevo oficial con paciencia—. Hasta hoy y desde hace bastante tiempo, reinaba una paz absoluta en Francia y sus colonias. Nuestro ejército sesteaba en los cuarteles sin un blanco al que disparar sus tiros. Los oficiales engordaban en los cuartos de banderas sin más gimnasia ni entrenamiento que arrojar sobre la mesa los dados de un cubilete o las cartas de una baraja. El armamento se enmohecía en los arsenales. Una

capa de musgo, con minúsculas florecillas, cubrió todos los barriles de pólvora. Y los pájaros, irrespetuosos, hicieron sus nidos en las bocas de los cañones de calibre más grueso. Pero lo más vergonzoso era lo que ocurría con las banderas.

—¿Qué pasaba? —preguntó Ivonne, que no comprendía el objetivo de aquel bombardeo oratorio.

—Que se cubrieron de polvo a fuerza de estar guardadas. Y los asistentes encargados de limpiar los cuarteles tenían que sacudirlas todos los días por las ventanas como si fueran alfombras.

—¡Qué vergüenza, tienes razón! —reconoció la joven.

—¡Pero ahora no se empolvarán —exclamó Gaston con los ojos brillantes—, porque van a tremolar de nuevo! Y las banderas que tremolan están siempre limpias, con los colores reluciendo al sol, porque el viento las sacude sin cesar. Gracias a los disturbios promovidos por unos cabecillas rebeldes, nuestro ejército ha despertado de la siesta. Los coroneles, como siempre que hay guerra en alguna parte, se han quitado las zapatillas y se van a poner las botas. Las tropas se despiden de sus madres y sus novias, para marchar a Marsella, donde embarcarán en el cuerpo expedicionario. Buques de transporte, con las calderas a presión, aguardan la orden de zarpar con refuerzos para nuestras guarniciones de Indochina. Y yo, querida Ivonne, zarparé también en uno de esos buques.

—¿Por qué? —preguntó la novia, atónita.

—Porque me he alistado como voluntario en esas fuerzas. Mi aspiración, como ya sabes, es pertenecer al Cuerpo de Héroes. Y sólo podré conseguirlo participando en todas las acciones militares donde puedan producirse actos heroicos. Te quiero mucho, pero no debo desperdiciar esta oportunidad. Oigo dentro de mí la voz del deber que me llama. ¿No la oyes tú?

—Pues no, la verdad.

—Porque estás muy lejos, y ya te he dicho que suena dentro de mí. Pero pega tu oreja a mi pecho y escucha.

Ivonne obedeció, y en efecto: escuchando atentamente, se oía dentro del joven oficial la voz del deber que le llamaba por su nombre de pila. Así:

«¡Gaston!... ¡Gaston!... ¡Gaston!...»

—Es cierto —reconoció la muchacha, apartándose con un suspiro. Luego, con un rayo de esperanza en las pupilas, añadió—: ¿No será que eres ventrílocuo, y pretendes engañarme con ese truco para largarte?

—¡Por Dios, *cherie*! —se ofendió el oficial.

—En ese caso, contesta a esa voz disculpándote.

—¿Cómo quieres que me disculpe?

—¡Qué sé yo! Diciendo, por ejemplo, que no puedes atender a su llamada porque has salido, o porque estás en el baño...

Pero la propia Ivonne comprendió que semejantes disculpas no servían en este caso, porque la voz del deber no admite pretextos de ninguna clase. Y tuvo que resignarse a presenciar la marcha de Gaston desde un muelle del gran puerto marsellés.

A partir de entonces y durante muchos meses, el único contacto entre los enamorados fueron unas cartas, largas y frecuentes, en las que el aspirante a héroe contaba los pormenores de su azarosa vida en la lejana colonia.

Aquellos pliegos escritos a lápiz, en letra menuda y compacta, abrieron a Ivonne una ventana desde la cual contempló un mundo inédito para sus ojos:

Ciudades y pueblos indochinos cuyos nombres sonaban a broma, tales como Ton-Ting, Fuh-Ma-De-Lo-Tu-Yo, Dien-Bien-Fu, Cons-Ti-Pao, Cu-Cu-Fa-Teh...

Indígenas harapientos, de piel cobriza y aceitunada, con pústulas redondas en el pecho como medallas del diablo.

Comidas absurdas, a base de harinas repugnantes amasadas con el sudor de los pies al compás de raros tambores.

Fiebres agotadoras, de alta graduación, inoculadas por mosquitos grandes y gruesos como jeringas hipodérmicas.

Escaramuzas en selvas aparentemente vírgenes, pero que en realidad estaban prostituidas por guerrilleros traidores ocultos entre la maleza.

Pagodas de arquitectura tan complicada como tartas nupciales, con tejadillos superpuestos de bordes rizados.

Lluvias torrenciales que convertían la trinchera en canal y el embudo de la bomba en lago.

Gentes tan pobres, sucias y salvajes, que parecían monos pelados por la sífilis...

El comportamiento del alférez Dupanier fue tan extraordinario, que obtuvo el ascenso a teniente al mes y medio de combatir. Se le citaba con frecuencia en el parte de operaciones por sus hazañas y le impusieron media docena de medallas bastante grandes. Los corresponsales hablaron de él en la prensa francesa, elogiando su valor temerario.

Gaston cumplía lo que prometió al iniciar su carrera: no ser un militar de los que matan, sino de los que mueren. Pero sus actos heroicos no le condujeron a la muerte.

Pasaban los meses, y allí seguía combatiendo sin recibir ni un rasguño. No era fácil exterminar a aquel enemigo escurridizo y traicionero, fraccionado en patrullas, que se escondía en la selva y atacaba por la espalda. De cada tres mil disparos que hacían los fusiles franceses, sólo una bala daba en el blanco. Y la estancia de Gaston en Indochina se prolongaba, con gran tristeza de su novia, que languidecía en la metrópoli.

Hasta que decidieron casarse por poderes. De este modo, aunque separados, se sentirían más unidos.

Resuelto el papeleo burocrático que las bodas traen consigo, Gaston envió el anillo a Ivonne por correo aéreo. Y la doble ceremonia se celebró el mismo día a la misma hora, previo cálculo de la diferencia horaria que existe entre Indochina y París.

En representación del novio, entró en la iglesia junto a la novia el señor Dupanier, padre del héroe ausente. Gaston tuvo peor suerte, pues a la delicada Ivonne la representó el grueso coronel de su regimiento. Y todos los oficiales que asistieron a su boda en la capilla del cuartel, tuvieron que contener la risa al verle entrar del brazo de aquel hombretón barrigudo y con bigote.

Pero ya eran marido y mujer ante Dios, que es lo principal, lo cual los ayudó a soportar la separación con más entereza.

Gaston continuó arriesgando su vida todos los días laborables, e incluso los festivos, reservándose unas horas solamente para comer y dormir. Tanto sus actitudes gallardas como sus arengas henchidas de patriotismo, mantuvieron muy elevada la moral de las tropas. Varias veces le ofrecieron concederle un permiso para que descansara de sus proezas visitando a su familia en París, pero él se negó a aceptarlo porque se lo impedía su estricto criterio sobre el cumplimiento de sus deberes castrenses.

—Un militar que acepta un permiso en tiempo de guerra —decía—, es tan criticable como un bombero que, en pleno incendio, suelta la manga para fumarse un cigarrillo.

Pasaron así unos cuantos meses más. Hasta que un día los rebeldes, perezosos como todos los orientales, se aburrieron de luchar y dejaron de dar guerra. Escondieron sus armas con el fin de volver a utilizarlas cuando tuviesen un nuevo pretexto, y se incorporaron a la vida civil.

Restablecida la normalidad, el cuerpo expedicionario enviado como refuerzo a las guarniciones coloniales reembarcó.

El heroico teniente Gaston Dupanier, al subir a bordo del barco que debía conducirle a Francia, tropezó en una tabla mal ajustada de la pasarela. Y al caer rodando aparatosamente hasta el muelle, se rompió la crisma.

Su muerte, tan inesperada como estúpida, fue un golpe que sumió a Ivonne en un estado de alelamiento perpetuo. No le cabía en la cabeza que un hombre que había tenido tantas oportunidades de morir gloriosamente, hubiese muerto de un resbalón como una vieja debilucha.

Y en esa perplejidad le fueron llegando las primeras canas y las primeras arrugas. Nunca logró olvidar aquel amor, que fue el único de su vida. Y no quiso anular su matrimonio no consumado, para ser siempre la viuda de aquel marido que no había llegado a serlo.

El Citroën continuaba avanzando con una lentitud exasperante. En el calor de la tarde estival los gases de diez mil tubos de escape iban formando una nubecilla alargada y negruzca que cubría la carretera y quitaba visibilidad a los conductores. El aire olía a estación de servicio en víspera de fiesta.

—Jean —murmuró la señora en una de las múltiples paradas, cuando amainaron las explosiones de los motores circundantes—. Ya no puedo más. Estoy rendida.

—También yo, señora. Es el viaje más agotador que he hecho en mi vida.

—Tengo un sueño espantoso —continuó Ivonne al borde del llanto.

—¿Por qué no trata de dormir allí detrás?

—Es imposible. Apenas hay sitio. Si me apoyo en el bulto de la izquierda, se me cae encima el de la derecha.

—Si la señora no se hubiera empeñado en traer tantas cosas... —dijo el chófer en tono de reproche.

—¿Cómo tantas si apenas he podido salvar lo indispensable? No pretendería usted que dejara mis manteles de encaje a los «boches», para que se limpiaran las botas con ellos.

—Lo único importante era no dejarles nuestros pellejos, para que limpiaran en ellos sus bayonetas.

Jean dijo esta frase con naturalidad, sin darse cuenta de que era la definición más exacta de lo que debe ser una huida colectiva. Porque todos aquellos asustadizos parisienses arrastraban en su éxodo un lastre voluminoso de recuerdos heterogéneos y absurdos.

Amarradas en el techo de un flamante Cadillac iban muy juntitas dos armaduras con sus correspondientes alabardas. Y junto a ellas, seis macetas con sus correspondientes geranios.

Una furgoneta soportaba el peso de un enorme reloj con figuras de bronce, las piezas de un desarmado lecho matrimonial estilo Imperio, cuatro sillas con patas Luis XV y un moderno bargueño español de la fábrica Luis López.

Algunos coches utilitarios avanzaban tan cubiertos de colchones, que parecían grandes tortugas con el caparazón blancuzco y blandengue.

Familias burguesas, alejadas totalmente de las actividades circenses, formaban habilidísimas pirámides humanas para viajar en una sola motocicleta.

Todos los camiones soportaban el doble de la carga máxima marcada en sus flancos, y en los autobuses se hacinaban cuatro viajeros en cada asiento.

Una anciana iba montada en el pescante de una camioneta, con su loro encima del hombro, temerosa de que los alemanes se lo comieran frito.

Los claxons sonaban sin cesar, con impaciencia, empujando a los que iban delante para que avanzaran más de prisa. Pero la gran serpiente metálica reptaba con lentitud, deteniéndose a cada contracción de sus anillos para volver a continuar poco después. Su cabeza se multiplicaba en las carreteras del sur, al bifurcarse en distintas direcciones: un ramal se hundía en los bosques de las Landas más allá de Burdeos, mientras el otro se iba hacia el interior trepando por las laderas pirenaicas.

La temperatura era sofocante. No había más brisa que la producida por el cálido y maloliente soplido de los escapes, ni más defensa contra el calor que rociarlo con el sudor propio.

Jean, sin pedirle permiso a su señora, se quitó la gorra para utilizarla como abanico agarrándola por la visera. Ivonne se hallaba sometida a un suplicio bastante chino, pues cada vez que el sueño hacía caer su cabeza sobre el pecho, se clavaba en la barbilla las agudas piedrecitas de un broche que reducía púdicamente la abertura del vestido entre sus pechos.

—Jean —murmuró la señora entre dos cabezadas—, ¿falta mucho aún para llegar al puente?

—Ya le he dicho que, a este paso, llegaremos al anochecer.

El asfalto, reblandecido por la temperatura estival y amasado por los rodillos de tantas ruedas, esparcía un hedor áspero y picante.

De trecho en trecho, medio volcados sobre la zanja de las cunetas, se veían vehículos averiados de todas clases que sus dueños abandonaron por falta de tiempo y repuestos para repararlos. Y junto a ellos, en actitudes dramáticas, sus ocupantes practicaban inútilmente el *auto-stop*.

Cuando el Citroën se hallaba lejos todavía del puente bombardeado, que dificultaba el rápido avance de la caravana, empezó a oírse en el cielo un zumbido mucho más intenso que el de los motores terrestres.

—¡Los Stukas! —gritaron muchas voces—. ¡Que vienen los Stukas!

—¡Todo el mundo a las cunetas! —ordenó un viejo militar, que por hallarse retirado cumplía con su deber retirándose del frente lo más posible.

Los coches frenaron y sus portezuelas se abrieron para soltar su carga humana. Hombres y mujeres, niños y perros, gatos y loros, corrieron en tropel a desparramarse por los campos circundantes en busca de cualquier refugio alejado de la carretera, objetivo de las bombas enemigas.

—¡Vamos, señora! —dijo Jean, zarandeando sin miramientos a la adormilada Ivonne.

—¿Qué pasa? —se sobresaltó ella.

—Aviones enemigos. Hay que abandonar los coches hasta que pase el ataque. ¡Salga pronto!

Ivonne se dejó arrastrar por su chófer hasta la cuneta, como un fardo más de los muchos que viajaban en el coche. La cuneta formaba allí una vaguada profunda y ancha, en el fondo de la cual se tumbaron ama y criado sin ningún protocolo.

—¡Peguen la cabeza al suelo! —les aconsejó una anciana de piernas varicosas, acurrucada junto a ellos.

Obedecieron con tanta precipitación, que se propinaron sendos coscorrones contra la tierra en las frentes respectivas. Pero apenas notaron el dolor, porque en aquel momento estalló la primera bomba a pocos metros de distancia.

Fue un estampido tremendo, que abrió un cráter profundo y circular en el cuerpo de la gran serpiente motorizada. Siete coches y cuatro furgonetas dieron un salto de varios metros, para caer después con el chasis por un lado y la carrocería por otro. Trozos de chatarra y metralla de todos los tamaños se desparramaron por el campo hiriendo a muchos miembros de la caravana.

Durante varios minutos, largos como siglos y profundos como tumbas, el silbido de los Stukas al lanzarse en picado llenó todos los cerebros. La escuadrilla, con precisión matemática y geométrica, fue arrojando su carga mortífera sobre la carretera en un trecho de varios kilómetros.

Algunos pilotos, por fortuna, erraron la puntería y removieron con sus cargas explosivas los campos adyacentes. En estos casos las explosiones proyectaban a gran altura trombas de tierra negra, que caían después en lluvia estrepitosa sobre los hombres y las cosas. Uno de aquellos errores sepultó a Ivonne bajo un montón de doradas boñigas procedentes de un estercolero cercano, y gracias a su fiel Jean pudo salir de tan apestosa sepultura ilesa, aunque no muy perfumada.

Cuando terminaron de desovar aquellas aves ágiles, potentes y crueles, viraron en redondo y se fueron hacia el Norte en busca de más huevos. La distancia fue succionando el zumbido de los motores como un largo macarrón, hasta engullirlo por completo.

Poco a poco, con la vista fija en el cielo por si los Stukas, fueron saliendo de sus refugios los refugiados. A todos, ensordecidos por las explosiones, se les había puesto cierta expresión bobalicona. Las mujeres temblaban como grandes pedazos de gelatina, y los niños lloraban como pequeños pedazos de tontos. La desesperación de los que habían perdido en el bombardeo sus vehículos y enseres, se traducía en escenas dramáticas a base de gritos desgarradores y copiosas lágrimas.

El viejo Citroën de Ivonne no había sufrido ningún desperfecto y pudo continuar su lentísimo viaje en cuanto despejaron la carretera de los obstáculos creados por las bombas.

A los suplicios del cansancio, el calor y el miedo, se unió el de la sed.

—Jean —dijo Ivonne procurando humedecer sus resecos labios con una lengua que también empezaba a resecarse—. Estoy sedienta. ¿Hay por aquí algún sitio donde podamos parar a beber algo?

—En cuanto pasemos el maldito puente. La carretera atraviesa un pueblo muy grande. Casi una ciudad.

—¿Y no queda nada de las bebidas que llevábamos en el coche?

—La última botella de cerveza que había en la cesta de los víveres me la bebí a la hora de almorzar con permiso de la señora.

—¡Qué faena! —gruñó Ivonne.

—El único líquido que nos queda, aparte de la gasolina que llevamos en el bidón, es un culín de coñac.

—Pues deme usted el culín, Jean.

—Señora, por Dios —se escandalizó el chófer—. La señora nunca ha bebido licores.

—Pero nunca he tenido tanta sed como ahora. Cualquier trago me refrescará. Venga ese coñac.

Jean, sin soltar una mano del volante, alargó con la otra a su ama la botella que había sacado de la cesta.

—Gracias —dijo Ivonne, extrayendo el corcho con impaciencia.

Y aplicando la boca al gollete sin ningún miramiento, empinó el codo hasta levantarlo por encima de su cabeza. El chorro abrasador, por el hecho de ser líquido, refrescó momentáneamente la seca cavidad bucal de Ivonne. Pero el alcohol, en el estado de debilidad en que se hallaba, le hizo efecto en

seguida aumentando su postración. Echó entonces la cabeza hacia atrás para evitar el roce de su barbilla contra el broche pectoral, y en tan incómoda postura permaneció casi dos horas. Un sopor inquieto la ayudó a resistir los caprichosos vaivenes del coche. Medio en sueños, en los que se mezclaban confusamente recuerdos de su infancia y de su truncado idilio con Gaston, oyó decir a Jean:

—¡Al fin llegamos al puente!

Abrió los ojos con dificultad al tiempo que las ruedas del Citroën pisaban un blando y cimbreante suelo de tablas. Ante la ventanilla pasaban con lentitud los travesaños puestos en cruz de una baranda metálica, a través de cuyos huecos se veía el ancho cauce del río. Esta baranda se interrumpía a trechos en las zonas más afectadas por el bombardeo, en cuya reparación trabajaban muchos soldados.

Se oían voces de mando que ordenaban a los conductores avanzar despacio, y el rítmico golpear de los pesados martillos que hundían remaches en la armadura restaurada.

El sol, comprendiendo que en tiempos de guerra nadie se molestaba en admirar la belleza de sus crepúsculos, se marchó discretamente sin hacer ningún alarde luminotécnico espectacular. La noche, caliente y negra como una caldera de asfalto, se extendió sobre el paisaje. Los vehículos de la caravana encendieron unas luces tímidas, pues sus faros se hallaban protegidos por párpados de seguridad para velarlos a la vista de los pilotos alemanes.

—No puedo más, Jean —balbució Ivonne—. Me muero de sueño y cansancio. ¿Falta mucho para llegar al primer pueblo?

—No. Un par de kilómetros.

—Pues pare en cuanto lleguemos y busque alojamiento. Necesito salir del coche y dormir.

—Temo que será difícil encontrar sitio en los hoteles. Con el tráfico que hay en esta carretera...

—Pagaré lo que sea. No me importa el precio.

El pueblo al que llegaron era casi una pequeña ciudad. Tenía plaza con quiosco para la música, en el que los días festivos una banda municipal asesinaba con sus instrumentos de viento, a carrillazos, los trozos más populares de la música clásica. Tenía también una calle principal estrecha, con las mejores tiendas del lugar, por la cual el tráfico rodado estaba prohibido a las horas de paseo. Tenía además cuatro iglesias, tres hoteles y dos cafeterías. Era, en fin, una ciudad provinciana de segunda categoría, con

un cuartel de dragones que suministraba oficiales para realzar las fiestas de gala del Casino, y un barrio fabril que proporcionaba conflictos laborales a los diputados de la región. Circular en coche por sus calles resultaba tan difícil como hacerlo por la carretera general, pues se hallaban atestadas de vehículos de todas clases. Hasta en las aceras había automóviles aparcados, ya que en aquellos momentos de guerra y pánico nadie se preocupaba en obedecer los remilgos municipales en materia de circulación.

Uno por uno, empezando por el de más categoría, el Citroën fue recorriendo los tres hoteles de la localidad. En todos ellos se apeaba Jean, para volver al poco rato con gesto compungido.

—Lo que me figuraba —decía—: lleno hasta el tejado. Hay matrimonios durmiendo en las bañeras, y el bidé sirve de cuna al niño.

—¿Dijo usted que estoy dispuesta a pagar lo que sea?

—Sí; pero no les hizo ninguna impresión, porque todos los huéspedes que abarrotan el establecimiento pagaron también cantidades exorbitantes.

En el tercer hotel, tan repleto como los dos anteriores, dieron a Jean las señas de varias casas particulares donde quizá le alquilarían alguna habitación. El coche emprendió un penoso recorrido por calles oscuras y desconocidas, avanzando y retrocediendo a capricho de los transeúntes, que se dignaban dar alguna orientación al chófer para localizar aquellas direcciones.

En la primera casa particular, la dueña ni siquiera se dignó abrir la puerta: asomó su desdentada boca por la mirilla, y le dijo a Jean de malos modos que se largara porque tenía gente durmiendo hasta en el interior de los armarios. En la segunda tampoco tuvieron suerte, porque, colgado en el portal, para evitar molestias, había un cartelito que anunciaba: «Completo».

Visitaron tres o cuatro casas más con el mismo resultado, y estos fracasos consecutivos pusieron a Ivonne en un estado de nervios lindante con el histerismo.

—¡No puedo más!... ¡No puedo más!... —repetía moviendo la cabeza con angustia, como pez fuera del agua que está a punto de ahogarse.

—Ni yo tampoco, señora —resopló el chófer, desplomándose en su asiento.

—Haga un esfuerzo, Jean —suplicó ella, a punto de prorrumpir en sollozos—. Es imprescindible que me encuentre una habitación en cualquier parte.

Y Jean, en cuyo arbolito genealógico figuraban siete generaciones de servidumbre fiel, no sólo hizo el esfuerzo que se le pedía, sino dos o tres más.

Pero el fracaso siguió acompañándole en todas sus gestiones.

Pronto estuvo tan cansado como su ama, pues a la fatiga de aquel viaje inaguantable tuvo que sumar todas las escaleras que subió infructuosamente en busca de alojamiento.

Al volver al coche después de recibir la última negativa, entró en un bar a tomarse un café bien cargado. El camarero que le sirvió era un vejete locuaz y gordinflón, que pesaba ochenta kilos y bebía ocho litros. Este cupo diario de bebida lo cubría en gran parte con los sorbos de líquido que la clientela dejaba en el fondo de las copas, que él apuraba de un trago al recoger el servicio de la consumición ya consumida. Y al final de la jornada, en el estómago del vejete había un muestrario completo de todas las bebidas que un bar puede servir. A nadie puede extrañarle, por lo tanto, que a esas horas el camarero estuviese poseído de una alegría excesiva, poco en consonancia con la dramática situación de su patria.

Mientras servía a Jean el café que éste le encargó, el vejete estuvo hablando sin parar contándole los incidentes producidos por el éxodo en la pequeña ciudad. Todos los hoteleros se habían enriquecido en muy pocas noches, cobrando las camas no como si las alquilasen por unas cuantas horas, sino como si las vendiesen con colchones, sábanas y mantas.

El chófer de Ivonne aprovechó la ocasión para preguntarle si no sabría él de alguna habitación que se pudiera alquilar al precio que fuese.

—¿Para usted? —se informó el viejo.

—No. Yo dormiré en el coche. Es para mi señora, que está hecha polvo.

—Si es para una señora, lo siento: no puedo ayudarle.

—¿Por qué no?

—La casa que yo le indicaría es un poco especial. Le darían habitación, estoy seguro, porque la dueña me conoce y tiene interés en servirme. Le mando clientes con mucha frecuencia. Pero sólo caballeros, ¿comprende? Tratándose de una señora, la verdad, no me atrevo. Aunque le advierto que es una casa muy discreta, de aspecto tan formal como cualquiera.

—¿Y no habría posibilidad de encontrar algo en otro sitio?

—Imposible. Si ha visto cómo están las calles de automóviles, puede imaginarse cómo estarán las casas de personas. Continúe hasta el próximo pueblo, que está a veinte kilómetros. Quizás allí...

—¡No, por Dios! —rechazó Jean—. La señora no lo aguantaría. Y creo que yo tampoco.

—Pues ya sabe lo único que puedo ofrecerle. Y por poco tiempo, porque ese matrimonio que acaba de entrar busca alojamiento también.

—¿Cree usted que ellos aceptarán alojarse en una casa de ese género?

—¿Por qué no? En tiempo de guerra, la gente deja a un lado los prejuicios y se las arregla como puede. Ya le he dicho, además, que no es una casa nada escandalosa, ni parece en absoluto lo que es en realidad. Pero comprendo sus escrúpulos y no insisto.

—Espere un momento —dijo Jean cortando con un gesto la retirada del camarero—. Si no hay otra solución y dice usted que el sitio es discreto...

Y así fue como el viejo Citroën se dirigió por un laberinto de callejuelas hacia las afueras, donde estaba abierta al público la «Maison Rouge».

—¿Ha encontrado habitación, Jean? —preguntó Ivonne haciendo un esfuerzo para salir del sopor en que se hallaba sumida a consecuencia del cansancio y el coñac.

—Sí, señora.

—¡Al fin! ¿En un hotel?

—No. En una casa... bastante particular.

—Gracias, Jean. Es usted muy eficaz. Cuando acabe la guerra, recuérdeme que le suba el sueldo.

—Bien, señora.

—Ahora no puedo subírselo, como comprenderá, porque todos los hombres tienen el deber de sacrificarse por la patria. Y como soy una buena patriota, quiero que usted se sacrifique también.

—Lo comprendo, señora —se resignó el chófer.

La «Maison Rouge» se llamaba así porque era efectivamente roja. Su fachada, de ladrillo descubierto, tenía varios pisos superpuestos con arreglo a la técnica arquitectónica habitual: planta baja pegada al suelo, sobre ella un piso, encima otro, y así hasta cinco. La casa era estrecha, con sólo tres ventanas a la calle en cada piso. Estaba encajonada entre otras dos, bastante más altas y corpulentas que ella, con fachadas blancas y balcones abultados como senos de matrona. Esta blancura bien pudiera ser palidez de rabia por tener que codearse a la fuerza con una vecina tan deshonesta.

Jean detuvo el coche y se apeó para hacer la gestión, mientras su ama permanecía en el asiento posterior apurando el último sorbo de coñac.

—¿Es aquí? —preguntó ella.

—Sí, señora.

—Pues dese prisa en preguntar si hay sitio, porque si no tendrá que llevarme al cementerio muerta de sueño.

El chófer pulsó un timbre tenuemente iluminado por un farolillo rojo, y no tuvo que esperar mucho tiempo hasta que le abrieron el portal. Salió a

recibirle una criada vieja, cuyo aspecto no se diferenciaba mucho del que suelen tener las alcahuetas descritas tantas veces por novelistas más prestigiosos y pesados que yo.

—Pase usted, coronel —dijo aduladora, al ver vagamente en la penumbra el uniforme de chófer. Inició una reverencia que hizo crujir sus vértebras, patinadas por el ácido úrico, mientras añadía—: Las señoritas están en el salón del primer piso.

Jean explicó a la sirvienta que venía recomendado por el viejo camarero del café, con la pretensión de conseguir alojamiento para su señora. Añadió, para facilitar las cosas, que pagaría con largueza el precio que la dueña juzgara conveniente, reforzando esta afirmación con la propina anticipada de unos cuantos billetes.

—Como viene usted tan bien recomendado —dijo la vieja guardándose el dinero—, le daré una habitación que tenemos en el quinto piso. Es la mejor de la casa y la reservamos para los clientes de postín. Allí podrá dormir tranquila. Por mucho ajetreo que haya en todo el edificio, ella no se enterará. La última planta sólo se ocupa cuando las restantes están llenas. Y como ahora los hombres sólo piensan en huir, no llenamos casi nunca.

—Está bien —cortó el chófer, satisfecho de haber resuelto el problema—. Avisaré a la señora. Quiero hacerle solamente una advertencia: ella no sabe qué clase de casa es ésta. Y aunque después del viajecito que hemos hecho sería capaz de dormir en el mismísimo infierno, es mejor que no lo sepa. Ya comprenderá usted que las señoras son tan quisquillosas...

—No lo sabrá, pierda cuidado —le tranquilizó la vieja—. También yo, antes de dedicarme a esto, fui señora un par de veces. Y recuerdo que era quisquillosísima.

Jean fue al coche y regresó poco después con su ama. El cansancio de Ivonne era tan grande, que apenas podía tenerse en pie. Tuvo que apoyarse en el brazo de su chófer para cruzar el breve espacio de acera comprendido entre la portezuela del Citroën y el portal. Iba como sonámbula, atenuadas sus sensaciones físicas por los efluvios del coñac que había ingerido.

En el portal cambió de báculo, pasando del robusto brazo de Jean al huesudo de la vieja. Y así emprendió la ascensión al quinto piso del inmueble por una escalera empinada, de escalones gastados y desiguales.

—¿Falta mucho? —preguntaba la señora, jadeante, al coronar cada tramo.

Pero la vieja no respondía. Lenta y dura como un galápago, continuaba remolcándola escalones arriba.

Sólo al pasar ante una puerta del tercer piso, a través de la cual se oía chocar de vasos y risas de ambos sexos, comentó para disimular:

—En esta habitación se hospeda una pobre huérfana, cuyo único hermano acaba de regresar del frente. Y están celebrándolo.

El disimulo no era necesario, porque Yvonne apenas escuchaba lo que ocurría a su alrededor. Su única preocupación era concentrar el resto de sus mermadas energías en las piernas, para que no se le doblasen antes de alcanzar la meta de una cama.

—¿Falta mucho? —volvió a preguntar cuando notó una desobediencia alarmante en todos sus músculos.

—Un tramo nada más.

Y llegaron por fin ante una puerta, situada al fondo de un pasillo, que la vieja abrió con una llave.

La habitación era amplia, con dos balcones a la calle cegados por gruesas cortinas. El mobiliario, con intención de que resultara más excitante, tenía pretensiones orientales. Todo el Oriente, desde el Lejano al Cercano, pasando por el Medio, figuraba allí con algún representante de pacotilla: la cama era turca, la alfombra persa y el biombo chino. A la lámpara le habían puesto una especie de turbante indio para suavizar la crudeza de su luz, y a la cama una colcha de seda japonesa con bordados de quimono. Los muebles restantes, para no desentonar entre aquel exotismo barato, estaban adornados con diversos salientes parecidos a los que tienen los tejados de las pagodas.

—Es una habitación regia, ¿verdad? —comentó la vieja mientras abría la cama.

—Sí, muy bonita —dijo Ivonne por cumplir, empezando a desnudarse.

Pensó entonces que había olvidado subir del coche el maletín donde guardaba su recatado camisón, sus pomposas zapatillas y todos los chirimbolos para su aseo personal. Pero su cansancio era demasiado insoportable para mandar a recogerlo y esperar a que la vieja se lo trajera.

—¿Necesita algo la señora?

—Nada, gracias. Buenas noches.

Algo dijo la sirvienta antes de marcharse sobre la conveniencia de cerrar la puerta con llave, o cosa parecida, pero Ivonne no la escuchó. En cuanto se fue, terminó de desnudarse apresuradamente y se acostó. El último esfuerzo que hizo antes de caer en el sueño más profundo de su vida, fue el de oprimir el botón del interruptor eléctrico para apagar la luz.

Dos minutos después, dormía a una distancia fabulosa del mundo real.

Tan fabulosa, que no oyó la llegada del Tercer Batallón de Granaderos Girondinos.

El batallón se presentó ante la «Maison Rouge» mediada la noche, dispuesto a tomar al asalto el objetivo si sus ocupantes oponían resistencia. La moral de sus hombres, reanimada en un victorioso recorrido por todas las tabernas de la ciudad, era excelente. Tan excelente, que todos los soldados se presentaron voluntarios para entrar los primeros.

Este afán de colocarse en vanguardia, tan meritorio en toda acción bélica, creó ante el portal una concentración de tropas que produjo algunas bajas por magullamiento y pisotón. Los contusos eran retirados con rapidez, mientras otros ocupaban sus puestos en la avanzadilla. Y cuando la vieja abrió a tan numerosa clientela, satisfecha del excelente negocio que se presentaba aquella noche, estuvo a punto de perecer bajo el alud de clientes.

Por fortuna el batallón había sido muy diezmado a lo largo de toda la guerra y a lo ancho de todos los frentes. La verdad es que sólo quedaban en pie ochenta y siete hombres. El resto, entre pitos y flautas, tiros y bajas, se había ido quedando en el doloroso camino entre la movilización y la derrota. Gracias a lo cual pudo entrar completo en la «Maison Rouge», sin que la casa reventara.

Pero Ivonne no se enteró de la invasión, porque su cansancio le había proporcionado un sueño profundísimo. No oyó los gritos en las escaleras de los pisos inferiores ni los trozos de *Madelon* cantados por voces aguardentosas y desafinadas.

Al mando de aquella unidad incompleta y descompuesta, que se dirigía a marchas sin forzar hacia un campamento del sur para licenciarse, iba un capitán. Se notaba que pertenecía a la escala de reserva, porque su edad no correspondía a su graduación. Era un hombre ya maduro, con pelo suficiente para no pasar por calvo y estatura bastante para no ser considerado rechoncho. Tenía un rostro agradable en el que una antigua úlcera de duodeno ya cicatrizada, había impreso una leve mueca de dolor. El uniforme se despegaba de su silueta burguesa y carnosa, mucho más apta para la franela gris del traje civil que para la áspera tela caqui de la ropa militar.

Porque el capitán Charles Margerie, pese al puesto que ocupaba en el escalafón castrense, tenía menos espíritu combativo que un cordero lechal. Amaba la paz, como todos los hombres medianamente inteligentes, y había dedicado lo mejor de su vida a trabajar en actividades pacíficas. Pero la movilización general le obligó a hacer la guerra, como a todo el mundo, y no tuvo más remedio que ocupar en la matanza el puesto que le asignaron.

Su carácter, sin embargo, no se alteró al embutirse en los pertrechos bélicos. Era bondadoso por naturaleza y nunca impuso la disciplina a sus soldados con excesivo rigor. Comprendía que un hombre joven, aunque le obliguen a cargar con su fusil, es un niño grande que necesita ciertas expansiones. Y a cambio de la vida que está dispuesto a dar por su patria, lo menos que puede darle su patria es un poco de diversión.

Por eso el capitán, después de la fatigosa etapa cubierta bajo el sol estival, no se opuso a que su tropa pernoctase en la «Maison Rouge». Y como las ordenanzas militares prohíben al oficial abandonar el mando de la unidad que se le confía, Margerie no tuvo más remedio que capitanear la juerga.

—¡Sargento Gravey! —llamó el capitán desde el primer descansillo de la escalera, pasado el tumulto inicial.

—¡A la orden! —dijo el aludido, presentándose.

—Coja veinte hombres y veinte mujeres, y ocupe las habitaciones de la planta baja. Mientras tanto, el alférez Lacroix con los supervivientes de la segunda compañía, se alojará en el primer piso. ¡Teniente Renoir!... ¿Dónde está el teniente Renoir?

—Se ha metido en el salón a elegir chavala, mi capitán —informó un cabo.

—Pues que vaya un enlace a comunicarle que debe subir a los pisos superiores con el resto de nuestras fuerzas.

—¡A la orden, mi capitán!

—Y ahora rompan filas, y diviértanse a discreción.

Esta última orden fue obedecida con una prontitud y unanimidad que revelaba la excelente instrucción de los granaderos girondinos. Las filas se rompieron en el acto, y no tardaron en romperse también muchos vasos y varias botellas. El personal femenino del establecimiento, veterano en esta clase de batallas, comenzó a disparar los corchos de un pésimo *champagne* en todas las habitaciones. Hasta una flaca de dientes mellados, desdeñada por la clientela desde hacía dos trimestres, encontró un sargento dispuesto a palpar sus enjutos pellejos. El mujerío, entre risotadas y pellizcos, corría de un lado a otro ajetreado por el descorche.

—¿Quiere tomar una copa con nosotros, mi capitán? —le invitaba un soldado cuando Margerie recorría los pasillos de cada piso, velando por el mantenimiento del orden.

—Gracias, muchacho —decía él, aceptando la copa y apurándola de un trago.

Y continuaba su paseo de inspección, bebiendo con todos sus hombres.

—Buena rubia le ha correspondido, cabo Fourneau —elogiaba dando unas palmaditas en el muslo de la fulana, mientras el aludido cabo le servía un vaso.

El capitán bebía por no desairar a sus soldados. Bebía también, de paso, para olvidar. Porque él era un hombre tranquilo, al que las circunstancias obligaron a sumergirse en la charca de la guerra. Y en aquellos meses caóticos, que desquiciaron su vida burguesa, había acumulado un montón de recuerdos que deseaba borrar a toda costa.

Bebía para olvidar el fango de las trincheras, en el que chapoteó meses y meses hasta coger un reumatismo del que ya no podría separarse jamás. Bebía para olvidar a los buenos amigos que murieron a su lado, dejando un hueco en sus afectos imposible de rellenar. Bebía para no acordarse de que la casa en que había nacido, en la que proyectaba residir hasta su fallecimiento, quedó convertida en un montón de escombros después de un bombardeo. Bebía, en fin, para olvidar todas las salvajadas que había visto cometer en el curso de la campaña. Bebía, además, porque tanto él como sus hombres estaban a punto de dejar el ejército, y ya no era necesario respetar la disciplina rigurosamente.

Y siguió bebiendo sin alegría, con el vino triste de los militares que no beben para celebrar sus victorias, sino para olvidar sus derrotas.

Pero Ivonne tampoco se enteró de las borracheras que se estaban organizando en los pisos inferiores. Sumida en un estado semejante al comatoso, cubierta hasta por encima de las orejas con las sábanas y el edredón, continuaba recuperando la energía que perdió durante el viaje.

No supo tampoco que el capitán Margerie, después de revisar cuarto por cuarto a todas sus fuerzas —que le rindieron licores—, empezó a perder la noción de su autoridad y a sentir al mismo tiempo ciertas ganas de divertirse. Y en su euforia, entonó canciones que no tenían nada de patrióticas.

—¡Bravo, capitán! —le aplaudían las mujeres y los soldados, cada vez más eufóricos también.

La vieja alcahueta, con la ayuda de otras tres criadas pertenecientes a su misma generación, no cesaba de servir bebidas que pedían las «empleadas» para aumentar el gasto de sus clientes. Botellas pringosas, que se rellenaban todos los días con licores a granel, vertían en los vasos líquidos de colores indefinidos.

—¡Otro trago, capitán!

—¡Ahora os invito yo, muchachos! ¡A ver, bruja! ¡Sírvenos algún bebedizo infernal que nos llene el cuerpo de demonios!

Y así, libando sin parar de vaso en vaso, llegó un momento en que Charles Margerie sintió ganas de dormir. Con paso vacilante fue recorriendo los pasillos de varios pisos, sin encontrar ninguna habitación libre. Ya pensaba en abusar de su autoridad ordenando a cualquiera de sus subordinados que se fuese a dormir en mitad de la calle, cuando un picaporte cedió a la presión de su mano. Era una alcoba del último piso, en cuyo interior reinaba el silencio y la oscuridad. Aunque daba la impresión de estar vacía, el capitán quiso asegurarse antes de entrar preguntando en voz alta:

—¿Hay alguien aquí?

Pero Ivonne no le oyó porque su espíritu se hallaba a una distancia fantástica, fuera del tiempo y del espacio, presenciando un sueño maravilloso.

Soñaba que los años habían retrocedido, y que estaba en su casa de París aguardando la llegada de Gaston. Porque él no había muerto tontamente al embarcar como ocurrió en realidad, sino que había subido a bordo sin sufrir ningún accidente y navegaba hacia ella. Ivonne vestía el mismo traje de niña que llevaba en el parque cuando le conoció, con idénticos encajes y lacitos en la falda. Y Gaston, en la proa del barco que le traía de Indochina, había conservado milagrosamente el uniforme de marino que lució al rescatar en el estanque el balandro de juguete. La verdad es que el héroe no resultaba muy marcial con sus pantorrillas peludas asomándole bajo el pantaloncito corto, pero las brumas del sueño embellecían su ridiculez hasta hacerla sublime. Gaston agitaba en una mano la misma comba que ella le prestó para capturar el barquichuelo, aunque en la imagen soñada era más larga y gruesa como una maroma. Y pretendía arrojar un extremo de la cuerda a la costa, para que unos personajes confusos que pululaban por ella amarraran la nave y pudiese desembarcar.

Una y otra vez la punta del calabrote, lanzado con destreza por Gaston, llegaba hasta la playa. Pero nadie lo recogía para proceder a las maniobras de amarre. Y el barco seguía navegando. Y el héroe no podía llegar a tierra firme, con gran angustia de Ivonne, que contemplaba la escena sin poder ayudarle.

—¡Ohééé!... ¡Ohééé!... —gritaba Gaston a la gente de la costa.

Pero la gente de la costa no le hacía caso, porque era una masa extraña de seres viscosos con tendencia a volatilizarse.

—¡Agarrad la cuerda! —imploraba Ivonne desde su casa de París—. ¡No dejéis que mi amor se aleje de mí para siempre!

Pero los seres viscosos no podían oír sus súplicas, porque estaban dedicados a la estúpida tarea de transformarse en niebla. Y cuando lograron la

transformación, el viento los barrió dejando la costa tan triste y desierta como un paisaje lunar. El mismo viento, soplando con fuerza en el cerebro de la durmiente, hizo variar poco después el rumbo del barco y lo atrajo hacia la boca de una cueva que se abría en un farallón costero. Y la boca se lo tragó. En el interior reinaba una oscuridad absoluta, cálida y gelatinosa. El barco debía de navegar por alguna parte de la cueva, alta como una catedral, pero Ivonne no era capaz de verlo. Oyó, sin embargo, la voz de Gaston, que preguntaba en las tinieblas:

—¿Hay alguien aquí?

A Ivonne, que había saltado inexplicablemente desde su casa de París a aquel escenario subterráneo, le sorprendió el tono de aquella voz. Era fuerte y clara, pero carecía de la resonancia que suelen tener las voces bajo las grandes cúpulas de piedra. Tenía el tono seco y directo, como si procediese del mundo real. Sonaba cerca de ella, en la blanda negrura que envolvía su ensueño, haciendo enmudecer a los vientos y las aguas que cantaban en el fondo de la cueva.

—¿Hay alguien aquí? —repitió la voz, que adquiría poco a poco un timbre distinto a la de Gaston.

«No importa —pensaba la durmiente, sintiendo que una fuerza irresistible la hacía ascender hacia la superficie de su sueño—. Aunque el sonido sea diferente, esta voz sólo puede ser la suya. Porque él era el único tripulante del buque cuya amarra nadie quiso coger. Y si no le digo que estoy aquí, lo perderé para siempre en la noche de esta caverna. Pero mi debilidad es tan grande, que no puedo articular ni una palabra. Abro la boca, y sólo salen de ella burbujas mudas. Ni siquiera puedo mover los brazos para oponer resistencia a esta corriente de sombra espesa en la que floto. Porque estoy tan cansada... tan atrozmente cansada...»

«Vaya, he tenido suerte», pensó el capitán Margerie al no recibir respuesta, palpando la pared a ambos lados de la puerta en busca del interruptor de la luz.

Y al no encontrarlo al primer intento, como estaba demasiado borracho para concentrar su atención en la búsqueda, optó por avanzar a tientas hacia la cama.

Ivonne, flotando en su mar de tinieblas, oyó el ruido de unas pisadas que avanzaban hacia ella. Era extraño que en aquel nubarrón que la envolvía, de negrura blanca y casi líquida, los pasos tuviesen un sonido duro, de suela que choca contra el pavimento y de cuero que cruje al doblarse. Pero como todo es posible en la absurda región de los sueños, lo aceptó sin discutir.

«Debe de ser Gaston —pensó—, que me intuye escondida entre las sombras y acude a sacarme del remolino negro que me arrastra hacia no sé dónde.»

—¡Demonio! —aulló el capitán, cuando sus espinillas tropezaron en la oscuridad con el travesaño de un mueble.

Sus dedos palparon el obstáculo hasta comprender que era la cama, y se sentó en el borde para frotarse las piernas doloridas. Fue después de esta fricción cuando advirtió la presencia de Ivonne bajo las sábanas. No podía verla en la oscuridad; pero una de sus manos, al apoyarse en el edredón, había tropezado con el contorno inconfundible de un pie.

También ella notó la presión de aquella mano, y sus labios murmuraron:

—Gaston..., amor mío... Al fin me has encontrado.

—Perdona, rica —dijo el capitán—. No sabía que la habitación estuviese ocupada. Como pregunté desde la puerta y nadie me contestó...

«Pero ¿qué está diciendo Gaston? —pensó ella, demasiado inconsciente todavía para distinguir la realidad del sueño—. ¡Tantos años esperándole, y ahora que por fin estamos juntos pierde el tiempo diciendo cosas incomprensibles!...»

Pero Margerie no perdió ni un minuto más en explicaciones. Había bebido demasiado para comportarse como un caballero. Y como estaba convencido de que aquella mujer era una empleada de la casa...

* * *

A la mañana siguiente, cuando el viejo Citroën reanudó su viaje hacia el sur, el chófer preguntó a su ama cortésmente:

—¿Ha dormido bien la señora?

Y Madame Ivonne de Bonmarché, después de lanzar un breve suspiro, respondió:

—¡Como nunca, Jean! Además, he tenido un sueño maravilloso... ¡Francamente maravilloso!...

Y entornando los párpados, se dejó acariciar voluptuosamente por el aire cálido que entraba por la ventanilla.

Cartas de un ingenuo

AL DIRECTOR DEL BANCO DE ESPAÑA, SOBRE LA PESETA

MUY señor mío:

En un modesto viajecito que hice recientemente por el extranjero lindante con nuestras fronteras, me ocurrió un hecho extraño. A los pocos días de zascandilear por el país vecino comprando cosas que no me hacían falta, pero que como no las hay en España siempre cae uno en la estúpida tentación de cargar con ellas, me quedé sin divisas.

No es éste el hecho extraño que quiero referirle, como usted comprenderá, porque eso le pasa a todo el mundo que tiene la veleidad de hacer turismo y a nadie le extrañaría. La extrañeza del caso se produjo cuando pretendí resolver esta falta de dinero cambiando unas pesetas.

Muy pocas, pierda cuidado, pues la economía de los escritores siempre fue debilucha, y no serán ellos precisamente los que desvaloricen nuestra moneda con sus exportaciones de capital.

Por haber coincidido mi falta de metálico con un día festivo, en el que se hallaban cerrados los bancos y establecimientos de cambio, tuve que recurrir al *comptoir* de mi hotel para que me sacase del apuro.

—Con mucho gusto, señor —me dijo un empleado, correctísimo—. ¿Cuántas pesetas quiere cambiar?

Le entregué un billete de mil, nuevecito y crujiente como una patata frita, y esperé el cambio deseando que fuera lo más favorable posible. Pero el empleado, después de examinarlo atentamente al tacto y al trasluz, me lo devolvió moviendo la cabeza en sentido negativo.

—Lo siento —dijo—, pero no puedo cambiárselo.

—¿Por qué? —le pregunté, sorprendido.

Y me contestó muy serio:

—Porque no tiene barba.

—¿Quién? ¿Yo?

—No, el billete. Todos los de mil pesetas que he cambiado a sus compatriotas, tienen un señor con una hermosa barba. Véalos usted mismo.

Y abriendo un cajón del mostrador, extrajo algunos billetes que me mostró abiertos en abanico.

Eran de mil pesetas, en efecto, pertenecientes a la serie en cuyo anverso figura un retrato de don Joaquín Sorolla con ceño y con gesto malhumorado. Y como todo el mundo sabe, aparte de ser un pintor excelente don Joaquín era también un barbudo insigne.

—Observe además —remachó el empleado—, que éstos están impresos en tintas verdes; mientras que el suyo, y usted perdone, tiene un colorcillo paliducho bastante sospechoso.

—¿Cómo sospechoso? —salté indignado—. ¿Insinúa que trato de colarle un billete falso?

—Perdone el señor, pero yo me guío por lo que veo.

—Pues sepa usted que estas mil pesetas que está viendo, son de curso legal en mi país.

—¿Y por qué tienen grabado un joven con gorra, en lugar de un señor con barba? —insistió el hotelero, con tanta desconfianza como curiosidad.

—Porque este billete pertenece a una emisión anterior —expliqué conteniendo mi indignación—. Y le advierto que este hombre de mirada triste retratado en él al que usted ha llamado tan a la ligera «joven con gorra», es nada menos que Juan Luis Vives.

—Tanto gusto.

—El gusto es mío, porque se trata de uno de nuestros filósofos más importantes.

—Le ruego que me perdone —concluyó el empleado—; pero mientras el filósofo no tenga barba como el pintor, no puedo hacer nada.

Y se alejó de mí, dejándome con la palabra en la boca y el billete en la mano.

Traté de arreglar el conflicto cambiando otro billete. Hice con esta intención un inventario de mi cartera, y el balance fue el siguiente:

Un billete de mil que tampoco aceptaría el empleado; pues aunque era tan verde como los que él conocía, no llevaba la efigie barbuda del señor Sorolla, sino la pulcramente rasurada de don Ramón de Santillán.

Otro billete también de mil, igualmente inutilizable para mis fines, por pertenecer a la emisión de color vinoso con el retrato de Carlos I. Y aunque el Emperador aparece con barba, requisito imprescindible exigido por el empleado para efectuar el canje, es mucho más corta que la del pintor. ¡Lástima! Un palmo de pelos más, y a lo mejor colaba.

Un billete de quinientas estampado en bellos tonos de azul, en el que don Mariano Benlliure luce su hermoso y simpático bigote.

Otro del mismo valor, con orla oscura y suave fondo color carne, dedicado al reverendo padre Francisco de Vitoria.

Un billete de cien, enmarcado en barroca greca sepia, en el que se ve a don Cristóbal Colón conducido por una pareja. Pero no de guardias civiles, gracias a Dios, sino de alegorías frescachonas y ligeras de ropa.

Otro de veinte duros, también en marrón más clarito, con una foto de «carnet» de don Julio Romero de Torres, muy bien peinado.

Otro del mismo valor y color, con otra foto del señor Bayeu, muy despeinado.

Un billete de cincuenta, de violento color violáceo, que parece impreso con vino tinto y no con tinta. Quizá por esto mismo a la figura de don Santiago Rusiñol, que nos mira desde el fondo, le han salido ojos de beodo.

Otro también de diez duros verde como la ensalada, con un busto del gran Menéndez Pelayo. Pero el busto está puesto tan desgarbadamente, que semeja un plato de cocina aderezado con dos lechugas.

Y para abreviar este fatigoso inventario le diré que tenía además tres billetes de cinco duros, también distintos entre sí, y varios de un solo duro que sólo se parecían en los «5» que ostentaban sus esquinas.

Mi cartera, aquel día, era un muestrario bastante completo de las pesetas en circulación. Una casualidad que suele producirse con frecuencia en todas las carteras nacionales, dada la variedad de billetes que entran y salen de ellas diariamente.

Esta misma variedad de colores, filigranas y dibujos en billetes de idéntico valor, me hizo pensar que la misma desconfianza del empleado extranjero a la hora de cambiar, puede extenderse al ciudadano indígena a la hora de ahorrar. Porque el ahorro se basa en la confianza que inspira una moneda. El que guarda una cantidad hoy, tiene que estar seguro de que se conservará invariable durante muchos años, hasta el día en que quiera disponer de ella.

Y no es fácil, desde el punto de vista psicológico, confiar en la estabilidad de una moneda que unos meses tiene barba y otros se la afeita.

Estas frivolidades capilares perjudican la seriedad de nuestra querida peseta, por la que todos sentimos un cariño entrañable, y me han movido a sugerirle lo siguiente:

¿No sería posible dar a la peseta una fisonomía definitiva, siguiendo el ejemplo de otros países? Ni el dólar ni la libra esterlina ni el franco suizo cambian de aspecto en cada emisión. Y quizá por esto mismo la gente confía en estos papeles monetarios más que en los demás.

Porque los billetes de banco no son como los sellos de correos, que varían constantemente de dibujo y tema para que se diviertan los filatélicos. Es cierto que todos somos, en mayor o menor escala, coleccionistas de pesetas. Pero nadie puede guardar la colección que logra reunir al final de cada mes, porque tiene que deshacerla para vivir el mes siguiente.

Háganse, pues, unos billetes permanentes que nadie mire y palpe con desconfianza a la hora de cambiarlos.

Sería bonito, e incluso práctico, que en todas las emisiones figurase un retrato de la Peseta. Así, con mayúscula, porque ella tiene personalidad suficiente para merecer que se la trate como a una señora. Nadie la ha pintado aún, pero yo la imagino guapetona, más bien baja, castiza y regordeta. No muy rica, desde luego, pero siempre optimista y dispuesta a afrontar alegremente las alzas y bajas de su posición económica.

El pintor que pinte a doña Peseta se hará famoso, porque habrá pintado a la señora más admirada en toda España. Tanta admiración sentimos por ella los españoles, sin distinción de clases sociales ni tendencias políticas, que a todos nos gustaría llevar muchas copias de su retrato en la cartera. Cuantas más, mejor.

Deseando que no eche esta carta en saco roto, y en espera de que me envíe como obsequio algunas muestras de las futuras emisiones, le saludo muy cordialmente.

AL DIRECTOR GENERAL DE ADUANAS, SOBRE LA CONFIANZA

Ilustrísimo señor:

He visto con agrado que en todos nuestros puestos fronterizos se vienen suavizando, poco a poco, los rigores aduaneros con los turistas en general y con nuestros compatriotas en particular.

Se inicia, por lo tanto, una etapa de cordialidad internacional parecida a la que disfrutó el mundo en los años veintitantos, de tan grata memoria para quienes tuvieron la suerte y la edad de vivirla. Según cuentan estos suertudos ya talludos, el pasaporte no era entonces un documento indispensable, pues podía cruzarse cualquier frontera exhibiendo una simple tarjeta de visita.

—Voy a dar una vuelta al mundo para estirar las piernas —decía el viajero—, y vuelvo en seguida.

—Puede estar fuera todo el tiempo que le apetezca, no faltaba más —le informaban los aduaneros cortésmente—. Y si vuelve tarde, no se preocupe tampoco: le dejaremos la frontera entornada, para que pase sin llamar. Luego usted mismo la cierra, y nos deja la llave debajo del felpudo.

Diálogos así, o bastante parecidos, eran corrientes junto a las líneas divisorias de todos los países. El cuerpo de Aduanas era casi un cuerpo diplomático encargado de despedir y dar la bienvenida al que viajaba. Y en justa reciprocidad, nadie cometía la indelicadeza de pretender burlar las leyes aduaneras pasando cosas de matute. Téngase en cuenta, además, que el matute en aquella época feliz se reducía a poquísimas cosas, debido a que reinaba la abundancia de todo en todas partes. Pero aunque esto quite cierto mérito a la absoluta corrección del viajero de entonces, no deja de ser meritorio que las maletas destinadas a prendas de uso personal sólo contuviesen prendas de uso personal.

Al contrabando se dedicaban exclusivamente los contrabandistas, que es lo lógico en una sociedad bien organizada, y ellos corrían con todo el riesgo sin molestar a nadie. Estos hombres fuertes como toros y ágiles como antílopes, capaces de escalar cordilleras completas cargados con fardos como pianos, eran los únicos que se saltaban a la torera las líneas fronterizas. Pero no por el Puente Internacional de Irún, claro está, sino por un fatigoso vericueto entre dos abruptos pirineos, en el que se jugaban cada noche la carga y el pellejo. Los puentes internacionales, carreteras o túneles de comunicación entre los países, estaban reservados para las personas decentes.

Así daba gusto viajar. Porque aparte de la cordialidad fronteriza, corrían los tiempos de la vida fácil, de los precios módicos, de los veraneos trimestrales...

Los tiempos, en fin, resumidos en esta frase: monedas de plata y corazones de oro.

Poco a poco, sin embargo, la plata de las monedas fue transformándose en papel y el oro de los corazones en cartón. Por aquello de que no hay paz que cien años dure, los tratados pacíficos empezaron a violarse y las relaciones humanas a agriarse. Rencores antiguos que las últimas guerras cauterizaron, volvieron a ponerse en carne viva por ser heridas incurables que se reproducen a perpetuidad.

Y las fronteras, como consecuencia de estas fricciones, se erizaron de obstáculos. Una lluvia de sellos y visados cayó sobre los pasaportes, llenándolos de amoratados hematomas. Y la exquisita cortesía de los funcionarios fronterizos, se transformó en recelosa suspicacia.

—¡Abra sus maletas! —ordenaban con el mismo tono que si dijeran «¡manos arriba!»

Y los viajeros honrados, que aún los había, se sonrojaban al tener que mostrar en público su ropita interior. Manos rudas, enguantadas con el fin de

no dejar huellas dactilares, metían sus dedazos en los equipajes y exploraban sus profundidades sin piedad. Prendas íntimas, ordenadas cuidadosamente por mujeres hacendosas, terminaban el registro en confuso revoltijo.

Cualquier objeto duro hallado al tacto por las falangetas exploradoras, se extraía para ser sometido a un examen minucioso.

—Pero si sólo es un bote de polvos de talco... —protestaba débilmente el avergonzado propietario del equipaje.

—¡Sí, sí, talco! —sonreía el aduanero, perspicaz—. ¿Y quién me dice a mí que no es cocaína?

—Se lo estoy diciendo yo. Acabo de asegurarle que es talco.

—¡Claro, usted qué va a decir! Todos los que tratan de pasar cocaína, dicen que es talco.

—¿Y qué deben decir los que pasan talco de verdad? ¿Qué es cocaína?

El funcionario, como todo individuo al que su oficio reviste de cierta autoridad para mandar y ser obedecido, se negaba a seguir discutiendo en cuanto veía que iba a perder la razón. Y metía la nariz en el bote, para sorber por ella unos cuantos polvos. Si le producían un simple estornudo, eran de talco y podían pasar. Pero si le sumían en una suave somnolencia y le trasladaban a un hermoso paraíso artificial, al viajero se le había caído el pelo.

Todos los recipientes sin excepción, desde el fragante frasquito de perfume a la apestosa botella de medicamento, eran abiertos y olidos por pituitarias expertas e intransigentes. Todos los turistas con cara sospechosa, bien porque tuviesen una fea cicatriz en la mejilla o una mueca torva en la boca, eran desnudados para comprobar que no ocultaban divisas ni piedras preciosas en los pliegues de sus cueros vivos.

Muchos automóviles se desmontaban casi totalmente con el mismo fin. Y al concluir el reconocimiento, cuando las piezas se hallaban diseminadas por el suelo como un *puzzle* gigantesco, los aduaneros decían al dueño del vehículo:

—Ya hemos visto que no traía nada que declarar. Puede montarlo otra vez.

Y el automovilista, como V.I. puede suponer, echaba tanta lumbre por los ojos que sus órbitas parecían dos sopletes.

Cruzar una frontera de un país a otro llegó a ser más difícil que pasar el examen de ingreso en la Escuela de Ingenieros. Y más caro también, porque el tránsito de casi todos los productos se gravó con fuertes derechos y aranceles. Chucherías folklóricas y recuerditos de pacotilla, adquiridos como curiosidad más que por necesidad, alcanzaban con los gravámenes aduaneros

precios exorbitantes. Por un plato de loza vacío, llegó a pagarse casi tanto como por una comida completa.

—La única forma de viajar en estos tiempos —dijo entonces un extranjero, harto de tantas dificultades—, es presentándose en las fronteras desnudo, sin equipaje, y andando.

—Ni aun así se libraría usted del registro —le advirtieron en la Aduana—, porque le haríamos una radiografía para ver si ocultaba contrabando en el estómago.

Un estudiante de Medicina, en cuya maleta se encontró la calavera que empleaba para sus estudios anatómicos, fue detenido como presunto asesino y descuartizador de sus víctimas. Cuando al fin se aclaró todo, le dejaron en libertad. Pero tuvo que pagar treinta pesetas de derechos por la calavera porque un técnico de Aduanas, en un minucioso examen antropológico, dictaminó que aquel cráneo pertenecía a una raza nórdica. Y todos los individuos pertenecientes a razas nórdicas, por no existir convenio aduanero con los países escandinavos, pagaban canon de tránsito aunque estuviesen en los huesos.

La desconfianza y el afán de lucro fueron, durante varios años, las consignas imperantes en todas las fronteras mundiales.

Hasta que, por fortuna, el mundo pescó un nuevo período de paz bastante largo. No puede decirse que la paz actual sea muy pacífica, desde luego, porque está toda llena de guerras frías, templadas y de nervios; pero es aún lo bastante tranquila para ver que los pueblos puedan seguir fingiendo que desean amarse eternamente. Y de esta ficción, que ojalá dure, vuelve a nacer la antigua confianza fronteriza. Es agradable observar que los aduaneros ya no nos miran como a matuteros en potencia, y que incluso sonríen indulgentemente cuando nos disponemos a abrir las maletas de par en par.

—No es necesario —suelen decir cada vez con más frecuencia.

Y trazan en el cuero su garabato con tiza, mágico signo cabalístico que nos permite continuar el viaje sin exhibir los colorines de nuestros pijamas, camisetas y calcetines. Transigen también con la inocente botella de *champagne* francés que traemos para presumir en una sobremesa familiar, y no consideran un delito que importemos sin licencia unas cuantas marranaditas de plástico.

En nombre de todos los viajeros y turistas, ilustrísimo señor, agradezco estos detalles de gentileza, facilidades y buenos modales, en nuestros controles fronterizos. Porque estos detalles, no le quepa duda, hacen más en

favor de la solidaridad mundial que todas las conferencias de la «Onu» y de la «Otru».

Prometiéndole que jamás abusaré de la confianza de nuestros aduaneros pretendiendo pasarles gato por liebre o talco por estupefaciente, le saludo con respeto y le abro la frontera de mi amistad.

AL DIRECTOR DE «ABC», SOBRE LA HIPOCRESÍA

Mi querido director:

Como todos los buenos lectores, seguí hace tiempo en las páginas de su diario el diálogo que sostuvo con el maestro Pemán sobre el vidrioso tema de la hipocresía. Lo seguí jubilosamente. Y digo jubilosamente, porque nada alegra tanto al lector de periódicos como presenciar uno de esos torneos literarios, en los que ambos contrincantes intercambian ideas tan sugestivas como bien expresadas.

Se tiene la sensación de estar asistiendo a un campeonato de tenis jugado con estilográficas en lugar de raquetas, en el cual la pelota de goma se ha sustituido por un tema elástico. Cuanto más elástico mejor, naturalmente, porque así bota y brinca con más facilidad de un campo a otro, permitiendo a los jugadores lucir su agilidad mental en variadas piruetas y gráciles contorsiones.

Un axioma rígido, pesado e indiscutible, no serviría para este juego intelectual. Su misma pesadez lo mantendría pegado al suelo, y no habría forma de juguetear con él a golpes de pluma por los aires del pensamiento.

Sólo las ideas amplias y los conceptos ligeros se prestan a esta airosa diversión del espíritu. Hinchado con el gas de la fantasía, vuela graciosamente el tema elegido para el *match*. Liviano como un buñuelo de viento, va de aquí para allá atraído y llevado por el soplo del ingenio.

Es un deporte limpio, fino y elegante, que no hace callos en los pies ni durezas en las manos. Es un pasatiempo inteligente que proporciona gimnasia al cerebro que lo practica y cultura al público que lo presencia. Es un partido que siempre acaba bien, sin broncas ni decepciones, porque no hay vencedores ni vencidos y todos salen ganando algo: una palabra en desuso para enriquecer su vocabulario, o una idea atrevida para ensanchar su imaginación.

Esto mismo ha ocurrido, querido director, con el bonito *match* en cordiales asaltos a toda plana que han jugado ustedes, teniendo a la hipocresía por pelota.

El saque inicial lo dio Pemán, con un pelotazo certero como todos los suyos. Pero a usted no le pilló desprevenido, y contestó bien. El diálogo fue adquiriendo altura. Y a cuenta de que los ingleses son hipócritas, por carambola fueron resultando hipócritas muchas cosas más. Tantas, que meditando un poco sobre las ideas expuestas por ustedes, se llega en un periquete a la conclusión de que es necesario rehabilitar urgentemente el mal nombre de la hipocresía. Porque no es un defecto execrable como veníamos creyendo desde que éramos niños, sino una virtud indispensable desde que somos adultos.

Basta hacer un ligero examen de conciencia —viejo antecedente cristiano del moderno psicoanálisis—, para descubrir que todos somos unos hipócritas de tomo y lomo. Mi descubrimiento no es sensacional, pues está al alcance de cualquier persona que se examine por dentro y sea después sincera consigo misma. Y pobres de nosotros si no tuviéramos el antifaz de la hipocresía para andar por el mundo. Sospecho que nuestra flamante civilización, de la que tanto presumimos, estaría a estas horas patas arriba, derribada por el más desenfrenado de los gamberrismos. La hipocresía es, en efecto, el lubrificante imprescindible para rodar por la vida sin tropiezos.

La lista de hipócritas que viven en una ciudad como Madrid, por ejemplo, formaría un librote mucho más gordo que la Guía Telefónica. Porque hay muchos madrileños que no tienen teléfono —unos porque no quieren, otros porque no pueden, y algunos porque no se lo ponen—; pero no hay ninguno que no cometa pequeñas o grandes hipocresías habitualmente.

Hizo usted bien, director, en defender este ex defecto que los hechos han convertido en virtud. Porque así, al fin y al cabo, ha defendido a todo el género humano. A los hipócritas que saben que lo son, y a los que lo son aunque ellos no lo sepan. Estos últimos abundan bastante, y no vendría mal abrirles los ojos publicando con frecuencia extensas relaciones de hipócritas como la que le sugiero a continuación:

Es hipócrita el sastre que, con astutos aditamentos de guata y borra, convierte en atleta al cliente canijo.

Es hipócrita el anticuario que añade siglos a sus trastos, fingiendo carcomas con perdigonadas y pátinas con ácidos.

Es hipócrita nuestro interés por la salud delicada del funcionario que nos precede en el escalafón.

Es hipócrita el tendero que anuncia «huevos del día», pero sin precisar de qué día son.

Es hipócrita el torero que grita animando al toro para que lo embista, y se aparta cuando el animal va hacia él con la intención de hincarle un cuerno.

Es hipócrita el instituto de belleza, que oculta bajo una capa de cremas y potingues la verdad de una piel noblemente arrugada por el tiempo.

Es hipócrita el viento, que pasa por la calle procurando levantar las faldas a las chicas, y sigue después su camino silbando para disimular.

Es hipócrita el jugador de póquer que permanece impasible cuando liga una escalera de color, en lugar de ponerse a dar saltos de alegría.

Es hipócrita, y nos obliga a serlo también, el lenguaje sumiso que debemos emplear en las instancias con póliza.

Es hipócrita la orquesta del barco que se va a pique, cuando toca alegremente para amenizar el naufragio.

Es hipócrita el padre que da poco dinero a su hijo diciéndole que no quiere acostumbrarle mal.

Es hipócrita el artista que asegura ser modesto. Es hipócrita el que piensa lo que no dice y el que dice lo que no piensa.

Es hipócrita, en fin, el que elogia, el que censura, el que poetiza...

Sume y siga, director, y no le quedará espacio en el periódico ni para hablar de la política internacional, que, dicho sea de paso, es también bastante hipócrita. Porque parodiando a aquel poeta tan cursi:

En este mundo traidor no es sincera ni mi tía, porque se vive mejor a base de hipocresía.

La pequeña causa

ATENUADAS POR EL CRISTAL de la ventana y el pesado cortinaje, entraron en la alcoba las colosales campanadas del «Big-Ben».

Una... dos... tres...

Hasta cinco, espaciadas con majestuosa solemnidad.

—¡Gladys!... ¡Gladys!... —dijo él en las tinieblas.

Y reforzó su llamada dando palmaditas en el desnudo hombro de su compañera.

—¿Qué? —preguntó ella perezosamente, empezando a despabilarse.

—Tenemos que vestirnos.

—¿Tan pronto?

—Son ya las cinco, gatita.

—¿Es posible? —se alarmó ella, incorporándose en la cama. Luego, sofocando un bostezo, añadió—: A tu lado pasa el tiempo tan de prisa...

Él estuvo a punto de agregar: «Sobre todo si se duerme tan profundamente como tú». Pero no lo dijo por dos razones: la primera, porque era un hombre bien educado; y la segunda, porque aquélla había sido su primera cita de amor con Gladys. Y no quiso estropear la posibilidad de otras entrevistas futuras cometiendo una indelicadeza.

Lady Gladys estaba casada desde hacía siete años con lord Fulton, uno de los hombres más ricos de Inglaterra, pero también uno de los más aburridos del Imperio Británico. Todo lo que ella tenía de fina, graciosa y espiritual, lo tenía él de pesado, torpe y pelmazo.

Sin embargo, se llevaban bien, porque el lord estaba enamoradísimo de su *ladi*. Y para que un matrimonio dure, e incluso tenga cierto aspecto de felicidad, basta con que uno de los cónyuges quiera al otro. El fenómeno de que se quieran los dos con la misma intensidad se da tan pocas veces, que estas raras parejas pasan a la Historia y su amor es cantado por los poetas del mundo entero.

Peter Fulton quería a Gladys, y ella se dejaba querer. A cambio de esta adoración, que la había convertido en ladi y en millonaria, Gladys soportaba la pesadez de Peter con una paciencia encantadora. Le reía sus chistes, que jamás tenían gracia; escuchaba sin pestañear por centésima vez sus anécdotas de caza, y hasta dormía con él algunas veces.

A nadie puede extrañarle que en compensación a tan duros sacrificios, Gladys buscara algún esparcimiento fuera del matrimonio. Con la máxima discreción, claro está, porque ella era ante todo una señora honorable. Y sus escapadas al campo amoroso se mantuvieron siempre en la más estricta clandestinidad. Nadie supo nunca el nombre ni el número de sus amantes, que hasta la fecha pasaban de tres y aún no llegaban a la media docena.

Pero el mérito principal de esta mujer cautivadora no consistía en esconder perfectamente sus amoríos, sino en dar la impresión de que no los había tenido en el pasado ni sería capaz de tenerlos en el futuro. Sus ojos, de un gris tan intenso como el de los charcos de lluvia bajo la niebla, tenían la serenidad propia de las personas que llevan una vida pacífica y honesta.

Toda ella, además, parecía nimbada por un perfume de púdico recato. Desde la punta de sus cabellos, menos cortos que lo estipulado por la moda, al dedo gordo de sus pies, menos grandes que los de la mayoría de las inglesas, el aspecto de Gladys era el de una esposa fiel. Bastaba su presencia para desmentir cualquier murmuración y dejar avergonzados a los chismosos por haberse atrevido a calumniarla.

—No hay más que verla para comprender que ella es incapaz de hacer una cosa así —decía todo el mundo cuando alguien intentaba poner en duda la rectitud de su conducta—. Sería otra la que usted vio en un taxi con el violinista húngaro.

Y el chismoso no se atrevía a insistir, porque él mismo acababa por creer que se había equivocado.

Envuelta en esta aureola de pureza que le confería su apariencia física, Gladys lo pasaba divinamente sin perder un ápice de su posición social. Admirada y querida por el llamado «gran mundo», mantenía con prestigio y decoro uno de los primeros puestos de la buena sociedad londinense. Las fiestas y recepciones que daba en su mansión tenían fama de exquisitas, pues entre sus innumerables virtudes figuraba la de ser una excelente ama de palacio. Esto en realidad tiene menos mérito que ser una buena ama de casa, porque cuando se vive en un palacio y se dispone de una renta anual de ciento cincuenta mil libras, la señora no tiene que regatear dos peniques al verdulero en un manojo de zanahorias. Su trabajo se reduce a decir al mayordomo que compre lo mejor sin reparar en gastos, sistema que simplifica mucho la administración doméstica.

Pero Gladys daba estas órdenes con tal esplendidez, que en sus comidas los invitados tocaban a medio faisán por barba. Y claro está que todos los

comensales, después de estos festines, entonaban estupendas alabanzas a sus dotes de anfitriona.

—¿Enciendo la luz, gatita? —preguntó él en la oscuridad, pues había saltado de la cama y tropezaba con serias dificultades para encontrar a tientas un calcetín.

—No, por favor —suplicó ella—. Me daría mucha vergüenza.

—Te prometo que no miraré.

—Pero mirarías, pícaro.

«Miraría dónde diablos se ha metido ese condenado calcetín», pensó él, tanteando la alfombra con los pies desnudos. Pero no lo dijo, naturalmente, porque sir Robert Burberry era un hombre muy correcto.

A tal extremo llegaba su corrección, que el gobierno de Su Graciosa Majestad le había nombrado recientemente Ministro de Asuntos Extranjeros.

La situación internacional atravesaba un largo período de gravedad. Oriente y Occidente se habían dirigido tantos insultos durante tanto tiempo, que las relaciones entre ambos bloques de potencias alcanzaron la máxima tensión. Un insulto más que partiese de cualquiera de los bandos, y se desencadenaría la guerra más atroz de la Historia.

Era necesario, por ese motivo, poner la diplomacia en manos correctísimas que evitaran a toda costa cualquier ofensa al adversario. Un telegrama de condolencia o felicitación demasiado frío, una nota oficial demasiado expresiva, una simple frase inoportuna o incorrecta, y el dedo de un Estado Mayor oprimiría el botón para lanzar el primer proyectil intercontinental con cabeza atómica.

Para evitar esta contingencia, la Gran Bretaña confió sus asuntos internacionales al tacto exquisito de sir Robert. Su hoja de servicios a la corona era inmejorable. Diplomático brillante, había llevado a feliz término delicadísimas misiones en el extranjero. Fue embajador en varios países abiertamente antibritánicos, y logró con sus gestiones convertirlos en anglófilos.

Su arma para triunfar era la cortesía. Sólo él era capaz de llamar cretino a un Jefe de Estado con tal habilidad, que no sólo no se ofendía, sino que encima le daba las gracias por el cumplido. Por otra parte, su poder de persuasión era extraordinario. Se le consideraba capaz de conseguir que un país independiente, después de escuchar sus razonamientos, aboliera la independencia y solicitara convertirse en colonia inglesa.

Con dotes tan excepcionales, a nadie le extrañará que la carrera de sir Robert fuese fulminante. Saltando de éxito en éxito, llegó a la cima de su

prestigio al ser nombrado ministro. Y durante el año que llevaba ocupando el cargo, logró torear sin recibir ni un rasguño al siniestro morlaco de la guerra.

Lo cual no es nada fácil, si tenemos, en cuenta el gran número de graves incidentes que ponen a diario en peligro el mantenimiento de la paz. Cuando no es un avión occidental derribado por presunta violación en los aires jurisdiccionales soviéticos, es un pesquero oriental pescado a tiros por merodear demasiado cerca de las costas americanas. Cuando no es una patrulla fronteriza que dispara contra otra del país vecino, es una ciudad ocupada que se subleva contra el ocupante. Y hay que saber manejar con rapidez y pericia los extintores de la diplomacia, para que los chispazos producidos por estos roces no prendan en toda la geografía mundial.

Robert Burberry, con su suave y convincente dialéctica, había sido el bombero que aisló estos fuegos parciales evitando que el incendio se propagara. Los últimos meses, sobre todo, pusieron a prueba su capacidad y su talento. Los motivos de fricción habían aumentado de frecuencia y volumen, amenazando en convertir la guerra de nervios en guerra de sangre.

Varias conferencias internacionales, en las que Burberry intervino con brillantez, sirvieron para frenar transitoriamente el curso amenazador de los acontecimientos. Pero este retraso momentáneo no solucionaba nada, puesto que el mundo seguía rodando hacia el mismo desenlace desastroso. Era imprescindible variar el rumbo de la política mundial para evitar la catástrofe. Con este fin, sir Robert había sugerido y logrado que se celebrara en Londres una reunión de alto nivel, entre sus colegas de todos los países. Las sesiones de la reunión habían comenzado el lunes de aquella misma mañana, y todas ellas iban resultando muy movidas.

La capital inglesa era entonces el punto donde convergían las miradas de toda la Humanidad. Los hoteles londinenses estaban llenos de periodistas y miembros de las delegaciones extranjeras. Todas las lenguas del orbe se habían reunido para tomar parte en la discusión sobre el porvenir de la Tierra. Porque con las nuevas armas atómicas no sólo puede lograrse la muerte de todo bicho viviente, sino también la desintegración del planeta.

Y los corazones, durante aquellos días decisivos, latían con una mezcla de inquietud y esperanza.

Hasta la Naturaleza parecía dispuesta a colaborar para que la reunión tuviera éxito, pues engalanó la ciudad con sus mejores recursos primaverales. El sol, que desde el principio de la primavera había hecho muy pocas visitas a las Islas Británicas, se instaló permanentemente en Londres. Las nubes, acompañadas por sus dos antipáticas sobrinas —la niebla y la bruma—,

fueron enviadas a pasar una temporadita en Escocia. Y quedó el cielo de un azul tan meridional, que daban ganas de pasear en góndola por el Támesis. Y florecieron los jardincillos de las plazas, en los que juegan todos los perros de la vecindad y algunos niños.

Aquel tiempo espléndido, que alegraba las almas y rejuvenecía los cuerpos, hizo que toda la gente que estaba en Londres se sintiera optimista. Toda la gente, con una sola excepción: el Ministro del Exterior soviético, que se mostró frío y poco dispuesto a ceder frente a sus colegas occidentales.

Las primeras sesiones no condujeron a ningún resultado práctico. La actitud del ruso exasperó al representante norteamericano, y el alto nivel de la reunión bajó en varias ocasiones al intercambiarse entre ellos frases duras y ofensivas. Gracias a sir Robert, sin embargo, que interpuso su tacto extraordinario para limar asperezas, la conferencia no se había suspendido violentamente el día anterior. Pero los ánimos estaban muy excitados, y la amenaza de ruptura seguía flotando en el ánimo de los reunidos.

La sesión de aquella tarde iba a ser decisiva, y su resultado dependía en gran parte del ministro inglés. Porque él era el único amortiguador capaz de atenuar el choque yanqui-soviético que iba a producirse, y cuyas consecuencias podían ser funestas para la paz mundial.

—¿Te falta mucho, *darling*? —preguntó Robert, que había renunciado a buscar el calcetín en las tinieblas.

—No. Ya estoy casi vestida. Puedes encender la luz.

—Tenemos que darnos prisa —dijo él accionando el interruptor—. La sesión empieza a las seis.

A la luz de la pequeña lámpara con pantalla roja, encontró el calcetín sin dificultad. Miró de reojo a Gladys para no herir su pudor, y vio que estaba poniéndose el vestido.

—Preferiría que no fueras un hombre tan importante —dijo ella—, y que tuvieses más tiempo para mí.

Era un cumplido simpático, aunque incierto. Porque a Gladys le agradaba la alta posición de su nuevo amante. Una mujer tan refinada como ella no podía enamorarse de un desconocido. Cuando le presentaron a Robert quedó impresionada, tanto por su aspecto como por su cargo.

Se conocieron en casa de lady Dorchester, una de las elegantes vejanconas que llevan la batuta de la vida social londinense, y en cuyos salones se reúnen verdaderos bosques de árboles genealógicos. Durante la cena, a Gladys le correspondió sentarse a la derecha de Robert.

Y comenzaron a congeniar desde los entremeses.

La primera afinidad que descubrieron fue su afición a las aceitunas. Esas esferillas resbaladizas y brillantes sirvieron de aperitivo a otras afinidades posteriores de más importancia. Robert era un conversador excelente y cada manjar le servía de pretexto para una amena disertación sobre algún país de los muchos que había visitado en el curso de su carrera.

En los entremeses, basándose en las aceitunas y las sardinas, habló de España. En el caviar, de Rusia. En el arroz, de China. Y cuando sirvieron la carne, que era de cerdo, Gladys le preguntó:

—¿De qué país me hablará ahora, basándose en el cerdo?

—Prefiero cambiar de conversación —dijo él, riendo—. Tenga en cuenta que, además de viajero, soy diplomático.

Pero durante la sobremesa reanudó sus viajes hablando del Brasil en el café, de Francia y Portugal en el coñac y oporto...

Luego no pudieron hablar más, porque el marido de Gladys vino a sentarse junto a ellos en el salón, y se empeñó en contarles una historia de caza protagonizada por un ciervo. Y como el cazador había sido él, dijo que la historia de aquel ciervo era «autobiográfica». Lo cual hizo sonreír a Gladys imperceptiblemente.

Ella y Robert volvieron a encontrarse dos días después, en un almuerzo ofrecido por una embajada sudamericana. Esta vez hablaron más tiempo y con mayor libertad, porque lord Fulton no pudo asistir por hallarse enfermo de gripe.

A partir de entonces, se citaron algunas tardes para tomar el té en sitios discretos. Nunca podían estar mucho tiempo juntos, porque ambos tenían infinidad de obligaciones. A él le absorbía su vida pública, y a ella su vida social. Y los dos cuidaban de no exhibirse en lugares frecuentados, para evitar el escándalo. Pero estas citas, breves y espaciadas al principio, fueron haciéndose más largas y frecuentes. Hasta que llegó la primavera, coincidiendo con la conferencia de alto nivel, y al calor del sol se derritieron sus últimas frialdades.

—Mañana —había dicho ella la tarde anterior, cediendo por fin a las insinuaciones de Robert.

—¿Mañana? —repitió él, pensando que al día siguiente iba a celebrarse la sesión decisiva de la conferencia internacional—. ¿Y no sería mejor pasado?

—Pasado vuelve Peter de una cacería. Mañana, en cambio, tengo toda la tarde libre.

—Entonces mañana, *darling* —se apresuró a decir el ministro, temiendo que su vacilación la hiciera arrepentirse—. ¿A qué hora?

—¿Te parece bien a las cuatro?

—Perfecto —dijo él, al mismo tiempo que pensaba—: «La sesión empieza a las seis. Tengo tiempo de sobra...»

Y se citaron en aquel hotelito que Burberry utilizaba para sus aventuras, por ser discretísimo. Se entraba con el coche hasta el interior de un garaje lateral, y desde el mismo garaje se subía por una escalerilla a las habitaciones sin ver a nadie. Era cómodo, seguro e íntimo, y mucho menos comprometido que tener un pisito a su nombre para tales ocasiones.

Ahora, ya vestido y listo para salir, se sentía satisfecho. Lo único que enturbiaba su felicidad era cierto nerviosismo, porque el «Big-Ben» acababa de cantar las cinco y media con su voz de trueno.

—¿Te falta mucho, gatita? —preguntó, encendiendo un cigarrillo.

—No, ya estoy —dijo ella, entrando arreglada del cuarto de baño—. Sólo me falta cerrar la cremallera del traje. ¿Quieres ayudarme?

Y se puso de espaldas ante él, sujetando con ambas manos las dos partes del vestido abierto por el centro. La abertura recorría toda su columna vertebral, desde el cuello hasta bastante más abajo de la cintura.

—Ten cuidado, no me cojas un pellizco.

—Descuida —la tranquilizó él—. Acércate un poco a la luz... Así.

Y sir Robert Burberry agarró la pequeña lengüeta metálica, situada en el extremo inferior, para emprender la ascensión por la larga cremallera. A los pocos centímetros de viaje, tropezó con una dificultad: entre la zona carnosa del arranque y el resto de la espalda, se producía una depresión en la cintura difícil de salvar. Los dientes del camino, en aquella curva tan brusca, no entraban con facilidad por los carriles del cierre.

—¿Puedes? —preguntó ella.

—Sí. Pero tienes que estirar todo lo posible los dos pliegues laterales.

—Espera. Tira ahora...

—Ya —informó él al salvar de un tirón el tramo difícil.

Pero un palmo más arriba, le detuvo un nuevo obstáculo. Forcejeó un poco sin ningún éxito, porque el chismecito se negaba obstinadamente a avanzar.

—¿Qué pasa? —dijo Gladys.

—No lo sé. Parece que se ha atascado.

—Retrocede un poco para tomar carrerilla.

Robert intentó el retroceso, pero la lengüeta se negaba a moverse de la posición que había alcanzado.

—¿No puedes?

—No. Ni hacia arriba ni hacia abajo.

—Habrás pillado la combinación, y por eso no corre.

—Eso debe de ser —admitió él—. ¿Y qué puedo hacer?

—Tirar con fuerza hacia abajo, para que suelte el pellizco.

—¿No se romperá?

—No, hombre. Tira sin miedo.

Y sin miedo tiró Robert. Tanta energía puso en la maniobra, que el chismecito bajó velozmente hasta su punto de partida.

—¿Ya está? —preguntó ella.

—Sí. Pero hay que volver a empezar.

—Hazlo despacio, y verás qué fácil es.

—Ya sé que es fácil —rezongó él, que se iba poniendo nervioso—. Pero como el traje te está tan ceñido...

—Está como tiene que estar. Te advierto que es de Dior.

—Ya me parecía a mí que esta cremallera no era inglesa.

Y tomando la lengüeta con cierta furia, Robert se dispuso a iniciar la escalada por segunda vez.

—Mete el estómago todo lo que puedas —ordenó a Gladys.

—Yo no tengo estómago.

—Perdona, gatita. Quise decir que contraigas los músculos abdominales, con el fin de oponer la menor resistencia posible a la subida del cierre.

—Eso es distinto.

—¿Estás preparada?

—Sí.

—Pues en marcha.

Y Robert empujó con fuerza hacia arriba. Con tanta fuerza, que la piececita de metal recorrió en un segundo la mitad del trayecto. Robert se detuvo, porque le había sorprendido no encontrar ni la menor resistencia en aquel ascenso tan rápido. Y comprobó con estupor que el cierre sólo estaba unido a uno de los bordes dentales de la cremallera.

—¡Vaya por Dios! —gruñó.

—¿Qué ocurre?

—Ha descarrilado.

—¿Qué quieres decir?

—Que el chisme se ha salido, y sólo corre por uno de los lados.

—No te preocupes. A mi doncella también le pasó una vez con este mismo traje. Lo único que tienes que hacer es bajar hasta el tope, y meter la punta del otro lado por el agujerito del chisme.

«¡Qué estúpida complicación! —pensó él—. Con lo tarde que es...»

Pero sólo dijo:

—Acércate más a la luz.

Y trató de seguir al pie de la letra las instrucciones de Gladys. Pero ya se sabe que de la teoría a la práctica suele haber bastante diferencia, y los dientes del otro lado se negaban a entrar en la boca que les correspondía. Lo intentó primero con suavidad, luego con firmeza, y al fin tuvo que decir con rabia:

—No hay manera.

—Pues mi doncella lo hizo en un momento —le explicó Gladys.

—Puede que tu doncella sea más inteligente que yo.

—No es cuestión de inteligencia, sino de habilidad.

—¿Quieres decir que soy torpe?

—No te pongas nervioso. Si lo intentas otra vez con calma, lo conseguirás.

Con calma volvió a intentarlo, y el resultado fue el mismo.

—¿Ya?

—No.

Robert conseguía introducir el primer diente en el orificio, pero luego el cierre se negaba a correr. Sus dedos apretaban con tanta fuerza, que acabaron por torcer la pequeña dentadura metálica. Y como por otra parte la presión excesiva había deformado el mecanismo de cierre, llegó un momento en que sir Robert vio claramente que la cremallera no tenía arreglo.

Este momento llegó a las seis menos cinco minutos, y fue el principio de una escena bastante dramática.

—No hay nada que hacer —comunicó él, abandonando la lucha con las manos doloridas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se ha estropeado definitivamente.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. No vuelvas a usar cremalleras francesas.

—Funcionaba muy bien —se irritó Gladys—. La has estropeado tú, que eres un manazas.

—Te aseguro que la culpa es de la cremallera —insistió él, enfadado también por el tiempo que había perdido luchando con aquella tontería.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Tendrás que salir así.

—¿Estás loco? ¿Cómo quieres que salga con el traje abierto hasta abajo?

—Pero yo tengo que marcharme.

—Y yo.

—Tú no tienes tanta prisa, *darling*.

—No pensarás que voy a quedarme sola en un sitio tan equívoco como éste.

—Claro que no, mujer. Puede que sea un manazas, como tú dices, pero soy también un *gentleman*.

—Eso he creído siempre.

—Pero tenemos que salir de aquí. ¿No podrías sujetarte el vestido de algún modo?

—¿Cómo?

—¡Qué sé yo! Cosiéndolo, o con unos botones...

—En primer lugar no tengo aguja ni hilo ni botones. Y en segundo, una reforma así no se hace en un momento.

—¿Y con unos alfileres?

—Imposible. El traje es tan ceñido, que no podría juntar los dos lados para prenderlos. Además, tampoco tengo alfileres.

—¡Qué fastidio! —gruñó Robert—. Y la conferencia empieza a las seis.

—Todos los hombres sois unos egoístas —se lamentó ella—. Lo único que te preocupa de este percance tan desagradable, es tu dichosa conferencia.

—Si la conferencia fuera mía, como tú dices, no me preocuparía en absoluto —explicó él, recurriendo a sus reservas de flema británica para contener sus nervios—. Pero se trata de una reunión internacional importantísima.

—Y en cambio mi reputación no te importa nada, ¿verdad?

—No saques las cosas de quicio, por favor. ¿Qué tiene que ver en esto tu reputación?

—Si pretendes que dé el escándalo de salir a la calle desnuda, como lady Godiva...

—Yo no pretendo nada. Lo único que quiero es encontrar una solución para salir de esta ratonera.

—¿No podrías pedir un traje prestado o un abrigo?

—¿A quién?

—En estos sitios suele haber una encargada o alguna camarera.

—Aquí no hay más que un encargado muy viejo, que viste a la antigua. Y sólo podría prestarte una levita.

—No, eso no. Hay que pensar algo mejor...

Pensando dieron las seis, sin que ninguno de los dos encontrara el procedimiento para escapar de aquel encierro. Mientras Robert se estrujaba el

cerebro ideando todas las combinaciones diplomáticas posibles para resolver el conflicto, Gladys se quitó el vestido a fin de intentar la reparación de la cremallera.

«¡Mira que es mala suerte! —pensaba él—. ¡Que por una estupidez no pueda llegar a tiempo a la sesión!...»

Luego propuso que ella telefoneara a su casa pidiendo que le mandasen otro vestido.

—No digas disparates —rechazó Gladys, enervada de luchar inútilmente con el cierre averiado—. ¿Cómo voy a explicar a mi doncella que necesito un traje porque estoy desnuda en una casa de citas?

—No es necesario que lo expliques con tanta crudeza.

—Ni siquiera tú, con toda tu diplomacia, podrías explicar mi situación evitando el escándalo.

—Admito que la servidumbre es indiscreta y que es peligroso contar con su complicidad. Pero puedes decírselo a una amiga tuya.

—¡No, por Dios!

—¿No tienes alguna que sea de toda confianza?

—Sí. Pero ¿crees que hay alguna amiga en el mundo capaz de callarse un chisme como éste? Mañana lo sabría todo Londres, y los dos lo pasaríamos muy mal.

—¿Los dos?

—Claro. Sería espantoso.

—¿Por qué?

—Yo perdería mi posición de mujer intachable. Y tú, en el mejor de los casos, tu carrera.

—Tanto como eso... —dijo el ministro, empezando a alarmarse.

—Tendrías un duelo con Peter. Como está loco por mí, haría cualquier locura. Y todos los cazadores dicen que tiene una puntería excelente.

—No seas pesimista, mujer... Nadie sabrá nada, no te preocupes. Todo en este mundo puede arreglarse con diplomacia.

—¡Todo, menos esta maldita cremallera! —dijo Gladys con exasperación, arrojando el vestido al suelo. Luego, dando rienda suelta a sus nervios, mandó al diablo su flema de ladi británica y se puso a llorar como una mujer cualquiera del Continente.

—Vamos, gatita. Cálmate.

—¡Dios mío!... ¿Por qué me dejaría convencer?... No debí venir esta tarde...

—Ya te dije yo que era mal día —remachó sir Robert, consultando su reloj con desesperación—. Pero tú te empeñaste...

—¿Qué quieres decir? No pretenderás que yo te traje aquí a la fuerza.

—No, cariño. Perdóname. Los dos estamos excitados y decimos tonterías.

—Sobre todo, tú.

—Sobre todo, yo; es cierto —reconoció él, haciendo de tripas corrección.

—Pero ¿qué va a pasar?

—Nada. No pasará nada. Esperaremos hasta que sea de noche, y entonces podrás salir sin que nadie vea que llevas el vestido abierto.

—Es la única solución —admitió Gladys, tranquilizada.

Y sir Robert Burberry, con un suspiro de resignación, se sentó a esperar la llegada del crepúsculo.

La ausencia del ministro inglés en la reunión decisiva de aquella tarde, tuvo consecuencias funestas para la paz mundial.

Todos los delegados interpretaron esta ausencia como señal inequívoca de que Inglaterra, que había convocado la reunión de alto nivel, consideraba insolubles los problemas planteados en ella y se abstenía de continuar buscando soluciones.

Los representantes de Rusia y Norteamérica, sin el freno de sir Robert, se dijeron cosas irreparables. Y antes de que terminara la sesión, la tirantez inicial se había convertido en ruptura definitiva.

El ministro soviético abandonó la sala dando un terrible portazo. Y una hora después salía para Moscú en su avión especial.

La guerra estaba a punto de estallar.

Y la Historia nunca sabría que la pequeña causa de aquel gran acontecimiento había sido la rotura de una simple cremallera en un traje de mujer.

Gloria humana

LA CONOCÍ UNA NOCHE en el *cabaret* más lujoso de París. Un local que sólo pueden frecuentar los millonarios internacionales, porque cada media botella de *champagne* cuesta quince mil francos. (Todo incluido, eso sí: el casco, el líquido y el corcho. El servicio y la propina son aparte.)

Yo estaba allí no en calidad de millonario, como el lector habrá supuesto, sino como invitado de un amigo norteamericano. Es también escritor, pero con la única diferencia de que él escribe en inglés y sus libros se venden en dólares. Lo cual le permite escribir menos y peor que yo, pero vivir muchísimo mejor.

La conocí cuando entre los dos habíamos logrado elevar la cuenta a más de cien mil francos. No tuve inconveniente en ayudarle a elevarla, puesto que la pagaría él. Tampoco me opuse a que colaborasen en la tarea varias empleadas del establecimiento, muy guapas y bastante simpáticas, que sacrifican patrióticamente sus hígados para incrementar el consumo de vinos espumosos y licores franceses.

(Es incomprensible que el gobierno de Francia no haya creado todavía la roseta de una Legión del Licor para premiar a estas abnegadas muchachas. Porque sin ellas no habría forma de dar salida a la producción anual de todas las bodegas y destilerías.)

La conocí, como ya he dicho dos veces, aquella noche de juerga. Era delgada y pálida. Vestía de negro con gran sencillez, y lo único que destacaba en ella eran sus ojos. Los tenía grises, de un gris plomizo, y se le humedecían con facilidad. Varias veces tuvo que secárselos en el curso del relato que me hizo. Yo la escuché sin interrumpirla porque el *champagne* tiene la virtud de ablandar el corazón más duro; y no hay hombre, por cínico que sea, que no se enternezca un poco después de la quinta botella. Comprendí, además, que ella necesitaba aquella noche un interlocutor dispuesto a escuchar su historia, porque se sentía sola y triste. Y la dejé hablar.

—Me llamo Ludmila Georgescu —empezó—. ¿No le dice nada eso?

—Sí —contesté—. Me dice que se llama usted Ludmila Georgescu.

—¿Nada más? —dijo, sorprendida—. Es imposible que no haya oído hablar de mí. Soy la hija del gran bailarín rumano Petre Georgescu y de la princesa rusa Ludmila Vodianoff. Nací en París, procedente de una gira de mi padre que coincidió con unas vacaciones de mi madre. La coincidencia se

produjo en Venecia, durante una época del año en que las noches de luna eran particularmente largas y templadas.

»Me eduqué en colegios suizos que, además de ser los mejores de Europa, son también los más sanos. A los quince años poseía una educación exquisita y una belleza excepcional. A los diecisiete, un profesor de canto austríaco descubrió mi voz y yo descubrí sus ojos. Poco a poco, sin embargo, fuimos descubriéndonos mutuamente muchas cosas más. Hasta que llegamos a la conclusión de que no podíamos vivir el uno sin el otro. En vista de lo cual, me fugué con él a Viena.

»Esta fuga disgustó mucho a mi madre. A mi padre no, porque ya se había muerto.

»Fui muy feliz con Franz, el profesor, y además saqué provecho a mi felicidad; porque al año de estar con él mi voz, que antes sólo utilizaba para hablar y decir tonterías, me servía también para cantar óperas completas. Y las cantaba tan bien, que me contrataron en la ópera de Viena.

»Debuté con *Carmen*; nadie recuerda ovaciones tan prolongadas como las que el público me tributó la noche de mi presentación. A la salida me esperaba un grupo de admiradores para llevarme en hombros a casa, y un millonario suizo con un coche estupendo. Elegí el coche como medio de transporte, porque tenía mejor suspensión que los admiradores.

»Tuve la suerte de que el millonario, además de ser muy simpático, se llamaba también Franz. Lo cual tranquilizó mi conciencia, porque en el fondo no engañé del todo al profesor de canto: lo único que hice fue cambiar de Franz.

»Del mismo modo que al morírsenos un perro compramos otro parecido y le ponemos el nombre del anterior, sustituimos más fácilmente un amor muerto por otro que se llame igual. ¿No le parece?

Ludmila me lanzó esta pregunta para sondear la atención que yo prestaba a su relato.

—Sí, claro —me apresuré a responder, aunque ya empezaba a aburrirme su monólogo.

—El cambio de *Franzes* que hice fue muy ventajoso, pues aunque el segundo era algo viejo y estaba más gastado que el primero, tenía en cambio mucho más dinero que gastar. De Franz II obtuve como recuerdo una villa entre Ginebra y Lausanne, junto al lago, y un espléndido collar de esmeraldas junto al cuello.

»Paralelamente a estas bagatelas, mi voz iba alcanzando cotizaciones fabulosas. Recorrí Europa de triunfo en triunfo, acompañada de Verdi,

Puccini, Wagner y algunos maestros más. Pero como Franz nunca podía venir conmigo y los maestros acompañan bastante poco, tuve algunos acompañantes circunstanciales que me colmaron de atenciones.

»El más astuto de todos fue un venezolano propietario de pozos petrolíferos, que pidió mi mano. Pero no para casarse conmigo, sino para ponerme en el dedo anular un solitario como una castaña. Esta idea tan brillante le valió el nombramiento de sustituto de Franz en mi corazón.

»También en este caso mi conciencia encontró un pretexto para no remorderme, pues aunque el nombre del venezolano no era Franz, como sus antecesores, se llamaba Francisco, que suena casi igual. Con él continué mi gira por los países escandinavos, pues Francisco nunca tenía nada que hacer. Eso de poseer un par de pozos llenos de petróleo, que parece una bobada, proporciona una renta diaria increíble. Tan rico era aquel hombre, que daba siempre billetes de propina, sin pedir el cambio ni mirar de cuánto eran.

»Aquel año —continuó Ludmila con un suspiro, secándose los ojos, que empezaban a lagrimear— alcancé la cumbre de mi vida en todos los aspectos: en el físico, en el artístico y en el económico.

»Bella, famosa y rica, el porvenir me sonreía. Pero lo que yo tomé por una sonrisa alentadora era en realidad una risita irónica. Porque el porvenir estaba a punto de hacerme una tremenda jugarreta.

»Aclamada por el público y consagrada por la crítica como la mejor cantante de Europa, América quiso escucharme. Y firmé un contrato fabuloso para debutar en el Metropolitan de Nueva York. Embarqué en El Havre con Francisco y todo mi séquito (representante, secretaria, jefe de publicidad y doncella).

»Tuvimos durante la travesía muy buen tiempo, aunque con el frío propio de la estación. A mí me gustaba pasear hasta la proa del gran transatlántico y quedarme allí, acodada en la borda, recibiendo en el rostro la brisa del mar. Pero, algunos días, aquella brisa húmeda era demasiado fresca. Y pesqué en el Atlántico un catarro descomunal, que me dejó sin voz.

»El médico de a bordo dijo que aquella afonía era una laringitis pasajera, y me despachó de su consulta mandándome a hacer gárgaras. Yo también le mandé a él a que hiciera lo mismo, pero en sentido figurado. Porque estábamos a punto de llegar a Nueva York, y no me dio ningún remedio eficaz para curarme. Intenté todos los remedios que se me ocurrieron a mí y a cuantos me rodeaban, pero lo único que conseguí fue desembarcar más afónica que un cuervo.

»Aquel mismo día me puse en manos del mejor otorrinolaringólogo americano, que me hizo en su fastuosa clínica un reconocimiento de doscientos dólares. Por ese precio, como es lógico, tenía que descubrirme algo. Y me descubrió un pequeño nódulo en una cuerda vocal. Dijo que no podría cantar hasta extirpármelo, y le contesté que me lo extirpara inmediatamente. Entonces me anestesió la garganta con unos algodoncitos apestosos, y me introdujo después por la boca una especie de tijera curvada.

»Yo no sé si la introducción de aquel artilugio me hizo dar un respingo, o si el doctor estaba demasiado nervioso pensando que tenía en sus manos la laringe más cara de Europa. El caso es que aquella tijera diabólica, al cerrarse, me cortó una cuerda vocal.

Este recuerdo hizo brotar nuevas y abundantes lágrimas en los ojos de la narradora.

—Para no cansarle, porque usted habrá venido aquí esta noche a divertirse, le diré que ya no pude volver a cantar. El mundo entero lamentó mi desgracia y la gran pérdida que suponía para el arte lírico contemporáneo. Por suerte, yo estaba en la plenitud de mi belleza, y aunque había perdido la voz conservaba todo lo demás. Por eso cuando Francisco me abandonó, porque él amaba en mí a la cantante célebre, no me faltaron recursos para encontrar sucesores sucesivos. No tan ricos como él, naturalmente, porque mi cotización bajó al perder mi celebridad y continuó bajando a medida que fueron transcurriendo los años; pero con fortunas suficientes para darme casi todos mis caprichos.

»Después de dar bastantes tumbos por América, se enamoró de mí un representante, en Estados Unidos, de perfumes franceses. Y en uno de sus múltiples viajes me trajo a París. Aquí me presenté en un *cabaret* de Pigalle cantando trozos de las óperas que me hicieron famosa. Pero yo sólo movía los labios ante el micrófono, mientras un disco grabado por mí en mis tiempos de esplendor hacía todo lo demás. Mi actuación no tuvo demasiado éxito, porque el público de Pigalle prefiere una conga cubana a una ópera italiana. Y no me prorrogaron el contrato.

»Continué encontrando protectores cada vez más modestos, hasta alcanzar la edad en que ya nadie quiso protegerme. Y aquí me tiene usted, colocada desde hace cuatro años para ganarme el pan de cada día.

Dije a Ludmila Georgescu una frase vulgar y le di una moneda de cincuenta francos.

—Gracias, caballero —murmuró conmovida, mientras yo empezaba a subir la escalera para volver a la sala del *cabaret*.

Porque Ludmila Georgescu era la vieja encargada de los lavabos, y yo había bajado un momento a hacer pipí.

El único crimen perfecto

SEÑOR JUEZ:

Hago esta confesión en mi lecho de muerte.

Hace una hora escasa, este lecho en el que estoy y desde el cual le escribo, no tenía un nombre tan impresionante. Era, sencillamente, mi cama. Un mueble de madera con cuatro patas, con un colchón muy confortable y una almohada muy blandita. Pero hace una hora escasa vino a verme el médico. Como todos los días, desde que caí enfermo hace tres meses. Y después de auscultarme detenidamente, se puso muy serio y me preguntó si podía hablar con alguien de mi familia. Yo le contesté que lamentaba no poder complacerle porque mi único pariente vivo, con el que podría dialogar, es un tío carnal que reside en una plantación de caucho a orillas del Amazonas. En vista de lo cual, el doctor no tuvo más remedio que contarme la verdad sin ningún intermediario.

Y la verdad ya puede figurársela: que no tengo salvación. Añadió para consolarme que no hay que descartar la posibilidad de un milagro. Pero yo la descarto por completo, porque con una conciencia tan sucia como la mía no habrá ni un solo santo en el cielo que malgaste su cupo milagroso en ayudarme. Lo que harán en todo caso, conociendo mis antecedentes, es precipitar el cumplimiento de la última pena a la que estoy condenado.

Ésa es la razón de que mi cama, la simpática compañera de todas mis noches, se haya convertido de pronto en trágico lecho de muerte.

Y no quiero marcharme al otro mundo con el peso de una tremenda barbaridad que cometí en éste. Dicen que a los arrepentidos se les trata mejor en el más allá; y como ya estoy a punto de abandonar el más acá, me parece que lo más prudente será arrepentirse.

Pero no hago esta confesión sólo por arrepentimiento, sino también por vanidad. Me daría mucha lástima que no se supiera nunca quién fue el autor del único crimen realmente perfecto cometido en este siglo. Hay muchas maneras de pasar a la Historia, y ésta es una de ellas. Si pasan los guerreros por haber matado en las batallas a miles de señores, también debe pasar el asesino que mató a un solo señor sin dejar rastro. Aunque su nombre, como es natural, se escriba en las páginas históricas con letras mucho más pequeñas.

Pues sí, señor Juez: yo maté a Faustino Valverde. Estoy seguro de que usted recordará a Faustino Valverde, aquel gran hombre de negocios que

murió asesinado hace veinte años. Fue un suceso sensacional que alimentó los periódicos durante mucho tiempo, y hasta los hizo engordar con suplementos extraordinarios. Toda la policía del país se movilizó como un solo hombre contra un solo hombre, que era yo. Pero no fue capaz de encontrarme, a pesar de que nunca me escondí.

Después de cometer el crimen continué haciendo mi vida normal, porque estaba seguro de que jamás recaería sobre mí ninguna sospecha. Y si hojea usted la prensa de entonces, comprobará que se sospechó de casi todo el mundo. Pero todas las pistas resultaron falsas, y al cabo de varios meses la policía tuvo que darse por vencida.

Sacrificando un poco nuestro orgullo nacional y procurando que no se enterara el público, se importó del extranjero al mejor detective de Europa. Era inglés, naturalmente, y no se apellidaba Holmes por verdadera chiripa. Seguía también el método deductivo del personaje creado por Conan Doyle, con resultados asombrosos. Le bastaba una colilla, unos granos de polvo, una ramita partida..., cualquier insignificante porquería, para deducir la identidad de un delincuente.

Por el botón de una camisa hallada en un hotel de Estocolmo, descubrió una banda de traficantes en drogas. Y por una hueva de esturión que la autopsia había encontrado en el estómago de una mujer estrangulada, dedujo que el asesino era danés y no ruso, pues el caviar que se produce en Dinamarca está formado por huevas más pequeñas y duras que el producido en Rusia.

Este monstruo de la deducción, cuyo poderoso cerebro fue contratado para resolver el misterioso «caso Valverde», fracasó también. Lo cual me llenó de satisfacción porque uno, dentro de su criminalidad, es un buen patriota. Y me hubiera molestado mucho ser descubierto por un detective inglés, en detrimento del prestigio de los detectives nacionales.

¿Y sabe usted el motivo de su fracaso? Muy sencillo: que yo no dejé nada que sirviera de base a una deducción. Ni un alfiler. Ni un pelo. Ni un hilo en el que pudiera subirse el míster como en una cuerda floja para hacer sus equilibrios intelectuales. Cuando le explicaron los pormenores del caso y le dijeron que en el lugar del crimen sólo habían encontrado al muerto, mondo y lirondo, el detective inglés hizo un gesto de desaliento y comentó:

—Sin una pista, no puedo ir a ninguna parte. Confieso que éste es el crimen más perfecto que he visto en mi vida.

Y encasquetándose su gorra a cuadros, se volvió a Londres en el primer tren.

Mi crimen, efectivamente y modestia aparte, había sido perfecto. Pero no crea usted, señor Juez, que fue coser y cantar. Las obras maestras requieren un esfuerzo considerable del genio creador, y yo tuve que esforzarme de lo lindo para lograr la mía. Los cinco minutos que tardé en ejecutarla, me costaron cinco años de desvelos para planearla.

Durante ese tiempo, estudié atentamente las costumbres de mi futura víctima para evitar cualquier error. Supe con precisión a qué hora se dormía, a cuál se despertaba y los itinerarios que seguía, tanto en días laborables como festivos.

Averigüé con exactitud todos los detalles referentes a su alimentación, desde el desayuno a la cena, pasando por el almuerzo y la merienda.

Me informé también, a fondo, de sus aficiones y sus aversiones.

Hice una investigación de todos sus proveedores habituales, sin descuidar ni una sola rama de la industria y el comercio. Tuve así un informe minucioso de quién era su tendero de comestibles, su sastre, su verdulera, su camisero, su perfumista, su estanquero, su estraperlista... Todos los individuos, en fin, que abastecen a un hombre moderno y rico.

Le seguí muchas veces durante todo el día para controlar dónde aparcaba su coche, a qué oficinas iba, en qué bares se detenía a tomar el aperitivo y con qué mujerzuelas se entendía.

Para no cansarle, señor Juez, le diré que llegué a saber tanto de Faustino Valverde como él mismo. Incluso más; porque aparte de conocer todos los pormenores de su vida, yo sabía algo que él no podía sospechar: la fecha y hora de su muerte. El cerdo de don Faustino, dicho sea con toda falta de respeto a su memoria, no sospechaba ni remotamente que yo había decidido asesinarle. Yo era uno de los muchos infelices que él había arruinado en su brillante carrera de hombre de negocios. Mi fortuna personal, mezclada con otras hasta redondear la cifra de varios millones, se la tragó en una maniobra financiera que los expertos llaman especulación y los profanos estafa. Y los tipos de esta especie, habituados a pisotear montañas de seres humanos para encumbrarse, nunca sospechan que alguno de los pisoteados, con peores pulgas que los demás, puede sentir el deseo de vengarse del pisotón. (Si deseaba usted saber el móvil de mi hermoso asesinato, que supongo que sí, pues la ley es muy chismosa y le gusta curiosear en todos los detalles, ahí lo tiene.)

Paralelamente al estudio concienzudo de mi víctima, fui planeando el modo de eliminarla sin dejar huella. Con los datos obtenidos sobre su

personalidad y costumbres, analicé las posibilidades de aplicación de todos los métodos ideados por el hombre para eliminar a su prójimo.

La gama de estos métodos, como usted sabrá casi tan bien como yo, es muy extensa. Podría escribirse con ella una voluminosa enciclopedia que empezara en la «A» (Armas de todas clases), continuara en la «B» (Balas de todos los calibres) y concluyera en la «Z» (Zambombazos por diversos explosivos).

Yo empecé por las armas, pero las fui rechazando una por una. La que no era demasiado ruidosa para mis fines, resultaba muy comprometida. Las de fuego, por ejemplo, para ser utilizadas con cierta discreción, necesitan ir provistas de un silenciador. Y muy estúpido hay que ser para entrar en una armería a adquirir un chisme de éstos. El armero sospecha en seguida de las intenciones del comprador, porque sabe de sobra que los silenciadores no se adquieren precisamente para cazar conejos. Y da el chivatazo a la policía.

Aparte de este peligro, las pistolas y rifles dejan la bala dentro del cadáver que producen, proporcionando una pista espléndida para las deducciones detectivescas.

Las armas blancas, que por ser baratas y silenciosas tienen tanta aceptación dentro del criminalato, no son tampoco seguras. Más de un asesino fue capturado porque su cuchillo, al no hincarse lo suficiente para provocar la muerte, permitió a la persona pinchada ponerse a dar gritos pidiendo socorro. Otros, en cambio, fracasaron porque la hoja de acero se hincó demasiado, o se enredó en un tendón, y no pudieron recuperarla. A estos inconvenientes hay que añadir el copioso derramamiento de sangre que la cuchillada produce, origen de manchas delatoras tanto en la ropa del muerto como en la del matador.

Desechados los instrumentos cortantes y disparantes, continué mi examen eliminatorio hasta llegar a los venenos. Allí tuve que detenerme bastante tiempo, porque es increíble la cantidad de substancias tóxicas que existen en el mundo para paralizar definitivamente la marcha del corazón. El tratado de Toxicología que consulté en una biblioteca pública —adquirirlo en una librería lo consideré comprometedor— constaba de dos volúmenes. Y cada volumen tenía la friolera de ochocientas páginas. Allí aprendí todas las variedades de envenenamiento conocidos hasta la fecha, desde la vulgar sosa cáustica doméstica para desinfectar retretes al exótico curare para emponzoñar flechas.

Me gustó el cianuro por su rapidez, y me repugnó el cianhídrico por su pestilencia. Supe que el agua pesada aguanta bien el examen de la autopsia, y

que en cambio la lejía deja unas manchas atroces en los tejidos celulares.

Descubrí el modo de preparar comidas y bebidas mortales de sabor delicioso, con recetas muy sencillas al alcance de cualquier ama de casa. Y yo mismo preparé, para practicar, unos exquisitos bombones rellenos de ácido prúsico que por poco me cuestan la vida; porque tenían un aspecto tan apetitoso cuando los terminé, que estuve a punto de comérmelos yo mismo.

Varias semanas tardé en aprender todo lo referente al arte de envenenar. Incluso inventé algunas fórmulas nuevas que tendrían mucha aceptación entre los consumidores si llego a divulgarlas. Porque con los venenos pasa lo mismo que con las bebidas: las mezclas posibles son infinitas, y pueden encontrarse infinidad de cócteles inéditos que sorprendan el paladar de los bebedores más expertos.

Pero pese a las grandes posibilidades que los venenos ofrecen al aspirante a asesino, llegué por fin a la conclusión de que no me servían para cometer el crimen perfecto que yo planeaba. Porque aparte de que los médicos forenses averiguan siempre la substancia que el criminal empleó, dato que proporciona un rastro seguro a la justicia, existe la dificultad de conseguir que la víctima ingiera la substancia envenenadora. Nadie, por muy goloso que sea, se come confiadamente unos bombones recibidos por correo en un paquete anónimo. Y mucho menos un hombre tan astuto como Faustino Valverde, que se definía a sí mismo como una isla rodeada de enemigos por todas partes. Lograr que un individuo así comiera o bebiese algo de procedencia dudosa era prácticamente imposible. También resultaba inútil pretender introducir cualquier clase de ponzoña en su alimentación cotidiana, pues vivía rodeado de una nutrida servidumbre que velaba día y noche por su seguridad personal. Todas sus comidas, desde la sopa al postre, eran catadas por la cocinera y dos pinchas antes de llegar a sus labios. Hasta el agua que bebía pasaba por un filtro de materias químicas, que daban la alarma cambiando de color en cuanto tropezaban con algún elemento impotable.

Eliminado el envenenamiento en cualquiera de sus múltiples formas, eché también un vistazo a las posibilidades criminales de los explosivos y líquidos inflamables. Estos últimos los rechacé de plano a la primera ojeada, por su absoluta ineficacia. Pretender asar a un hombre como a un pollo, convirtiendo su domicilio en un horno a base de gasolina, es, además de difícil, muy poco seguro. Las llamas son lentas, y es bastante sencillo huir de ellas con ayuda de los bomberos.

Para que el sistema del fuego no falle, es necesario rociar a la víctima de combustible y aplicarle después una cerilla. Pero no hay víctimas tan mansas

ni tan tontas que soporten una ducha así sin escamarse. Y la que no huye como alma que lleva el diablo, se lía a tortazos con el que maneja el bidón.

Los explosivos, en cambio, son de acción más rápida, aunque peligrosos de manipular. Un primo mío, que compró a unos mineros dos litros de nitroglicerina para activar la decrepitud de un anciano pariente millonario, se convirtió en virutas por haber estornudado cerca del recipiente.

Las bombas de relojería tampoco son de fiar, porque pueden adelantarse o retrasarse y estallar en un momento inoportuno, sin hacer pupa a nadie.

El artefacto infalible, seguro y manejable, es el clásico cartucho de dinamita; pero tiene el inconveniente de que, para hacer explosión, necesita ir unido a una mecha encendida. Y por mucho que se adorne el paquete que contenga un cartucho de éstos, con lacitos y papel celofán, al destinatario siempre le chocará que sobresalga del envío un largo cordel ardiendo por la punta.

Después de analizar y rechazar todos los medios destructivos que enumero, y muchos más que omito para no cansarle, planeé un centenar de asesinatos rigurosamente científicos. En cada plan desmenuzaba escrupulosamente todos los detalles, para resolverlos con precisión matemática. Y en cuanto surgía un obstáculo, por nimio que fuese, abandonaba aquella idea y me ponía a discurrir otra.

No es por presumir, pero le aseguro que muchos de aquellos planes que tracé servirían para consagrar a cualquier autor de novelas policíacas. Lo malo es que yo no podía utilizarlos, porque no se ajustaban exactamente a las características del fulano que deseaba cargarme. Faustino Valverde era una víctima difícil de pelar, pues todos los intentos de eliminarle, por diabólicos y bien urdidos que estuviesen, chocarían contra la barrera de precauciones que había adoptado para conservar su asquerosa vida.

Pero al fin, después de tantas y tan infructuosas cavilaciones, encontré la solución. El sistema ideal para cometer un crimen verdaderamente perfecto. El único medio de no dejar ni la más leve pista a la justicia. Y lo puse en práctica inmediatamente.

Lea a continuación el relato de mi asombrosa proeza, y estoy seguro de que quedará tan boquiabierto como todos los que la lean después.

La mañana del día que elegí para cometer el crimen me encaminé dando un paseo al domicilio de Faustino Valverde. Era temprano y llovía copiosamente. Los obreros ya habían entrado en sus fábricas, y los empleados se desayunaban en sus casas preparándose para entrar en sus oficinas. Las

calles, por lo tanto, estaban tranquilas. Había poco tráfico en las calzadas y en las aceras.

Llegué frente a la casa de mi víctima a las nueve menos veinte, cinco minutos antes de la hora en que salía todas las mañanas para dirigirse a sus repugnantes ocupaciones. Junto a la casa había un solar en el que acababa de iniciarse la construcción de un nuevo edificio. Me acerqué a las obras y cogí un ladrillo de los muchos que se veían apilados por todas partes.

Y en cuanto Faustino Valverde salió de su portal, me acerqué a él rápidamente y, ¡zas!, le rompí el cráneo de un ladrillazo. Luego eché a correr, y aquí me tiene usted.

Nadie fue capaz de esclarecer este crimen absolutamente perfecto, por una razón muy fácil de entender: porque el cerebro humano busca siempre las soluciones más complicadas, olvidando que la perfección está en la sencillez.

Lamento, señor Juez, privarle del placer de detenerme y juzgarme, porque cuando reciba esta carta mi alcoba de moribundo ya se habrá transformado en cámara mortuoria. Pero siempre le quedará la satisfacción de haber sido el primero en saber que el asesino de Faustino Valverde fue su seguro servidor, que en paz descanse,

PABLO ANSÚREZ DEL RÍO.

Manifiesto contra los madrugadores

MIS AMADOS SÚBDITOS:

Desde que mis reales nalgas se posaron en el trono de Mosconia, mi única preocupación ha sido aumentar nuestro nivel de felicidad. Esto me lo reconocen hasta los republicanos que aún quedan en el reino. Una larga serie de decretos que están en la memoria de todos lo demuestran sin lugar a dudas.

Y por si hay algún desmemoriado entre los lectores de este manifiesto, le recordaré media docena de estas disposiciones dictadas con el loable fin de hacer feliz a mi pueblo:

I) Tapizado e instalación de muelles en todos los bancos públicos, para que las calles y los parques resulten más confortables.

II) Real Orden Terminante prohibiendo a los cobradores de facturas presentarse en el domicilio de los acreedores a las horas de comer, pues tales visitas originan graves trastornos digestivos que van desde la pérdida del apetito hasta el corte de la digestión. Los infractores serán condenados a la anulación definitiva de la factura presentada, sin percibir ni un solo céntimo de su importe, por atentar contra la salud pública.

III) Traslado de un cero a la derecha de las etiquetas de todos los precios, que deberá colocarse en lo sucesivo a la izquierda seguido de una coma. Esta modificación no reducirá el valor actual de los artículos, porque el orden de los ceros no alterará su valoración aritmética. Pero leer que una camisa cuesta «0,90» en lugar de «900» es un consuelo psicológico que hará más llevadera la carestía.

IV) Adquisición y montaje en todas las oficinas, por cuenta de las empresas, de máquinas laminadoras especiales para estirar los sueldos y conseguir que lleguen a fin de mes.

V) Presupuesto extraordinario destinado a introducir mecanismos de relojería en todas las estatuas de los monumentos nacionales, para dotarlas de movimiento. La gente está harta de contemplar esas figuras siempre inmóviles, durante años y siglos, y ya ni se molesta en echarles un vistazo. Pero se extasiará de nuevo ante nuestra riqueza monumental cuando los oradores de mármol accionen con los brazos en su perpetuo discurso, y los caballos de bronce muevan las patas como si fueran al trote.

VI) Supresión absoluta de todos los ritos dolorosos que desencadenaba el fallecimiento de cualquier persona. Nada de cortejos fúnebres. Nada de

pésames. Nada de lutos. Nada de esquelas. Nada de amargarle la vida al vivo recordándole a cada momento que algún día estará muerto, porque ya lo sabe. Los hombres deberían seguir el ejemplo de los elefantes, que al sentirse moribundos se van al cementerio por su propia pezuña para no entristecer al resto de la manada. Pero, ya que no lo hacen, dispongo que en lo sucesivo los finados, momentos después de finarse, hagan la mudanza desde su casa en la ciudad a su tumba campestre sin que nadie se entere, saliendo por la puerta trasera y entrando en un coche frigorífico. Y cuando sus amistades pregunten «¿Cómo sigue Pepe?», sus deudos deben limitarse a responder: «¿Qué Pepe?» Lo cual bastará para que sus amistades comprendan que Pepe ya no existe. Y al haber dejado de existir, no vale la pena seguir preocupándose de una persona inexistente. Y la viuda de Pepe vestirá un alegre traje estampado, librando al país de ese luto riguroso que sólo servía para ennegrecer las calles y ensombrecer las almas.

Como ya os advertí al principio, queridísimos súbditos, cito sólo unas muestras de mi extensa colección para refrescar memorias debiluchas. Pero bien sabéis que la legislación promulgada por mí en beneficio vuestro, ocuparía toda la fachada de un rascacielos si pretendiera incluirla en este manifiesto mural. Mientras muchos de mis decretos mejoraron vuestras condiciones de vida, otros introdujeron ventajosas variaciones en vuestras costumbres. He acabado con infinidad de tradiciones pesadísimas, que arrastrábamos desde el pasado como bloques de piedra para hacer pirámides, sustituyéndolas por un nuevo modo de ver la vida.

Y hoy trato de acabar con un refrán que ejerce una influencia nefasta sobre todos los pueblos civilizados: «A QUIEN MADRUGA, DIOS LE AYUDA».

He aquí la mentira más grande que puede encerrarse en una frase tan pequeña. El mundo entero se ha tragado esta píldora venenosa, porque viene disfrazada de sabiduría popular.

¡Cuán necia es a veces la Humanidad, amados mosconios! Yo os aseguro que mientras no se borre este embuste de todos los refraneros, será imposible conseguir una vida feliz. Porque el hombre, engañado por tan maligno refrancito, seguirá madrugando y creyendo que así va a lograr la ayuda divina.

Y vivirá triste, ojeroso y amargado, con la perpetua desesperación que produce la falta de sueño. Y no conseguirá ningún resultado positivo, porque Dios no se atiene a ningún horario para otorgar sus favores. Él está siempre despierto y no considera una virtud el hecho físico de madrugar. En las listas

de los favorecidos por Su bondad no se logra el primer puesto por llegar a la cola más temprano que los demás.

A quien madruga, Dios sólo le ayuda a ser lechero, panadero o barrendero. Y conste que no cito estos oficios en tono despectivo, pues los considero tan estimables como todos los demás. Pero creo que para repartir botellas de leche, amasar harina o mover una escoba no es necesario molestar al cielo pidiéndole recomendaciones.

Aparte de este trío de madrugadores, que podríamos llamar «naturales» por ser imprescindibles para el desenvolvimiento de la vida ciudadana, los restantes son un producto artificial de la propaganda hecha por el refrán mentiroso. Porque no hay ningún motivo para suponer que las actividades humanas se desarrollan con más brillantez en las horas inmediatas al amanecer que en las precedentes al centro del día. Lo lógico, como demuestro a continuación, es precisamente lo contrario.

El abogado que madruga tiene el cerebro entumecido, y confunde los artículos del código. Lo mismo puede pedir cadena perpetua para un ratero que sustrajo un bolso en un tranvía, que la absolución para un parricida convicto y confeso.

El matemático, por la misma razón, tiene que hacer un gran esfuerzo mental para multiplicar cuatro por cuatro.

Es imposible también que los pintores pinten a esas horas, porque aparte de que apenas hay luz, la somnolencia pone ante sus ojos una densa neblina que les impide ver el lienzo.

Está demostrado también que el rendimiento de los obreros y oficinistas es mucho menor en el arranque de la jornada matinal que en la vespertina.

Hasta en los colegios, donde se obliga a madrugar al niño con la pretensión de convertirle en un hombre de provecho, se observa el mismo fenómeno: el porcentaje de suspensos es más elevado en las asignaturas que los alumnos estudiaron durante el curso en el tiempo lindante con el madrugón.

Es evidente, por lo tanto, que desde el fin del sueño a la cima de la lucidez mental, el cerebro necesita varias horas para realizar la escalada. Y puesto que sólo al llegar a esta cima el hombre está en condiciones de rendir sus ideas más brillantes, la sociedad se ahorraría muchísimas torpezas permitiéndole hacer esta ascensión mental desde la cama.

El error en el cálculo, el accidente porque el chófer se durmió sobre el volante, el mal humor de los funcionarios públicos, el agotamiento físico prematuro... Todos estos males y muchos más bastante peores se evitarán en

este país cuando yo, vuestro rey y vuestro amigo, decrete la prohibición de madrugar.

Ordenaré a la policía que persiga y detenga a los madrugadores. Pero no para meterlos en la cárcel, sino para meterlos en la cama.

Estoy seguro de que, con esta medida, los mosconios serán más optimistas. Porque nada deprime tanto a un hombre como el espectáculo desolado de una ciudad en esas horas en que la noche empieza a fundirse con el día, cuando la sombra es una salsa espesa que se va aclarando con la luz. Una claridad lechosa hace palidecer los rostros y acentúa las sombras de sus pliegues, dándoles un aire enfermizo. Los charcos, fríos y quietos, reflejan un cielo de color dudoso, manchado por las primeras claridades. Los cubos de basura hieden impúdicamente en los portales, y las ventanas de todas las fachadas tienen grandes ojeras violáceas.

Es una hora dramática, tremendamente realista, en la que no es posible disimular ningún defecto. Se ve la trampa de todo como en un escenario después de la función, cuando los tramoyistas encienden una bombilla única para barrer las tablas... Y una ciudad es un teatro gigantesco que debe verse con todas sus luces encendidas para que ilusione.

Dejemos, pues, la madrugada a los encargados de preparar la escena para la función del día siguiente, y salgamos a la calle cuando el sol embellezca el decorado con su fabulosa luminotecnia.

Por si alguien vacila en obedecer esta Real Orden, disiparé sus dudas relatando un hecho rigurosamente histórico. En él se convencerá hasta el más escéptico de que madrugar no sirve para nada. Y que, en cambio, permanecer en la cama hasta altas horas del día puede reportar al holgazán cuantiosos beneficios.

Hace treinta años, como todos recordaréis perfectamente, la monarquía en Mosconia estuvo a punto de sucumbir. Tres malas cosechas consecutivas pusieron en grave aprieto a nuestra economía, creando problemas de paro y hambre. Y como a falta de pan buenas son tortas, los descontentos empezaron a zurrarse en todas las esquinas.

Fue entonces cuando se pronunció por vez primera en este país la palabra «república», que yo escribo ahora con verdadera repugnancia. Y a su alrededor, como ocurre siempre, se agruparon todos los que culpaban al trono de nuestros reveses económicos. Mi augusto antecesor intentó explicar en conmovedores discursos que él no tenía la culpa de que las nubes pasaran de largo sobre nuestras zonas agrícolas negándose a beneficiarlas con su cargamento de lluvia. Nadie le hizo caso.

Vosotros, mis queridos súbditos, sois adorables casi siempre; pero cuando os da por poneros cerriles, no hay quien os aguante. Y con la testarudez que os caracteriza, seguisteis pidiendo que se fuera el rey para que vinieran las lluvias.

La semilla democrática creció con rapidez en el terreno abonado por el malestar nacional. Y aunque las cosechas de cereales eran muy escasas, la de republicanos fue abundantísima. Tan abundante, que llegó a formar un partido de oposición de igual potencia que el monárquico.

Al equilibrarse ambos bandos, el gobierno de Su Majestad tropezaba con dificultades insuperables para actuar. Si el Primer Ministro decía blanco, los republicanos le ponían verde. Cada proyecto de ley siempre se discutía en la Cámara con tanto encono, que casi siempre se quedaba en proyecto. La lucha política se traducía en huelgas, manifestaciones y disturbios.

A tal extremo llegaron las cosas, que el rey se vio obligado a decretar la celebración de un plebiscito para que el pueblo decidiera si Mosconia debía continuar siendo un reino o convertirse en república. Mi augusto antecesor prometía acatar el veredicto que saliera de las urnas, porque sólo deseaba que vosotros vivierais en paz y concordia. Y pedía que votara la totalidad del censo, con el fin de tener la certeza de que el resultado del plebiscito reflejaría fiel y exactamente la opinión popular.

El día veinte de mayo, fecha fijada por el monarca para verificar aquel acto público trascendental, el censo en masa acudió a los colegios electorales.

Desde las ocho de la mañana largas colas de votantes fueron depositando sus papeletas en las urnas. Y como no necesito deciros que Mosconia es un país bastante pequeño, porque muy brutos tendríais que ser para no saberlo, a la una de la tarde todos los mosconios habían emitido su voto. (El censo total de entonces, a efectos electorales, se componía de 64.827 individuos.) En vista de lo cual, y aunque los colegios debían seguir abiertos todo el día como mandaba la ley, se fueron haciendo los escrutinios parciales para ganar tiempo.

La lucha entre ambos bandos fue muy reñida. Tan reñida, que la suma de los resultados parciales arrojó el siguiente total:

MONARQUÍA ... 32.413 votos REPÚBLICA ... 32.413» ¡El equilibrio de partidarios había producido un empate, único en la Historia de todas las elecciones! ¡Las dos tendencias rivales, de idéntica fuerza, quedaban enfrentadas sin solución posible!

El país quedó perplejo. ¿Qué hacer en semejantes circunstancias? ¿Cómo salir de aquel callejón sin salida?

Se recontaron las papeletas una y otra vez, mojando el dedo incluso por si había dos pegadas, pero el resultado era siempre el mismo: empatados a 32.413 sufragios.

Cuando toda la nación pensaba que la única forma de resolver el asunto era lanzarse a una guerra civil, el jefe del Registro del Censo lanzó por radio este mensaje:

«¡Atención, mosconios! En el magno referéndum de hoy han participado 64.826 electores. Pero en las listas del Censo Nacional figuran inscriptos 64.827. ¡Falta, por lo tanto, un votante, que aún no ha acudido a depositar su papeleta!»

¡El voto que faltaba decidiría el futuro político del país!

Podéis imaginaron, estimadísimos súbditos, con cuánta ansiedad esperó Mosconia entera la aparición del elector decisivo.

Y apareció mediada la tarde, en un colegio electoral de un barrio céntrico.

—Soy Sandor Borlán —dijo al presidente de la mesa—, y vengo a votar.

La noticia corrió como la pólvora. Unos minutos después, y antes de que introdujera su papeleta por la ranura de la urna, el colegio se llenaba de periodistas y fotógrafos.

—¿Cómo no vino a votar por la mañana, como todo el mundo? —le preguntaron los reporteros.

—Porque yo me levanto tardísimo —contestó él encendiendo un cigarrillo —. Tengo la costumbre de desayunarme en la cama al mediodía, y nunca empiezo a vestirme hasta la hora de comer. Como salgo todas las noches a divertirme, detesto madrugar.

—¿No sabe usted que la pereza es la madre de todos los vicios? —le preguntó el amojamado representante de un diario conservador.

—No —respondió Borlán—. Siempre he creído que los vicios eran huérfanos. Pero ahora que me entero, permítame que les diga: ¡viva su madre!

—¿Qué profesión tiene usted? —insistió el periodista conservador.

—Soy lo que llama su periódico un parásito —replicó Sandor sonriendo —. Vivo de lo que caiga, y me divierto lo que puedo.

—¿Y por quién va a votar? —preguntaron todos ansiosamente.

—¡Un momento! —gritaron unos señores irrumpiendo en la sala como una tromba—. ¡Antes de decidirse, hable con nosotros!

Era una comisión de dirigentes republicanos.

—¡Y con nosotros! —aullaron otros señores, entrando también a toda velocidad.

Era una comisión de dirigentes monárquicos.

Ambas iban a disputarse por todos los medios el voto decisivo. Y comenzó la puja.

—Si vota a la monarquía, Su Majestad le nombrará embajador en París.

—Pues si vota a la república, el Presidente le nombrará ministro.

—No sé, no sé... —dudaba Borlán conteniendo un bostezo, porque la noche anterior estuvo de juerga y sólo había podido permanecer en la cama once horas.

Las ofertas por ambas partes eran cada vez más altas y tentadoras. Si los monárquicos ofrecían a Sandor una casa con jardín, los republicanos se apresuraban a brindarle un palacete con parque. Si los primeros añadían a la casa una piscina, los segundos le prometían un lago.

Hasta que llegó un emisario de palacio para comunicar a Sandor Borlón que si él daba su voto al rey, el rey le daría la mano de su hija.

Y Sandor Borlán, el perezoso, el que desperdiciaba la mañana entre las sábanas, aceptó. Su voto decisivo salvó la monarquía, y él se casó con la hija única del rey.

Unos años después, cuando falleció mi augusto suegro, ocupé el trono de Mosconia como marido de la legítima heredera.

Gracias a no haber creído en el odioso refrán «A quien madruga, Dios le ayuda», hoy puedo firmar así este manifiesto:

YO, EL REY.

FIN

Invierno, 1958-59.



ÁLVARO DE LAIGLESIA (Sebastián, 1922 - Manchester, 1981). Escritor español. Prolífico autor de narraciones humorísticas, fue director del semanario satírico *La Codorniz*. Partiendo precisamente de una idea suya, M. Mihura fundó *La Codorniz* (1944-1977), cuyo lema fue «el humor más audaz para el lector más inteligente». En esta publicación colaboraron autores como W. Fernández Flórez, R. Gómez de la Serna y J. Poncela. Álvaro de Laiglesia destacó como novelista gracias a grandes éxitos populares como *Una mosca en la sopa* (1944), *Todos los ombligos son redondos* (1956), *Yo soy Fulana de Tal* (1963), *Fulanita y sus menganos* (1965), y *Una larga y cálida meada* (1975). En sus libros logró extraer los rasgos humorísticos de los puntos débiles de la actualidad social de la época, incluidos los más serios o escabrosos. En el ámbito teatral escribió varias comedias y colaboró con Miguel Mihura en *El caso de la mujer asesinadita* (1946).